



Universidad de Concepción
Dirección de Postgrado
Facultad de Humanidades y Arte
Doctorado en Literatura Latinoamericana

La configuración del mal en *La novela de Perón*

Tesis para optar al grado de Doctor en Literatura Latinoamericana

CARLOS EDUARDO BASSO PRIETO

CONCEPCIÓN, 2018

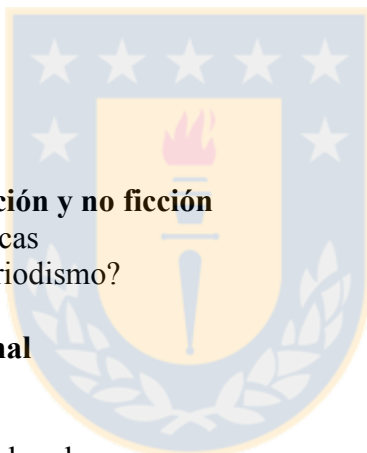
Profesor Guía: Edson Faúndez Valenzuela

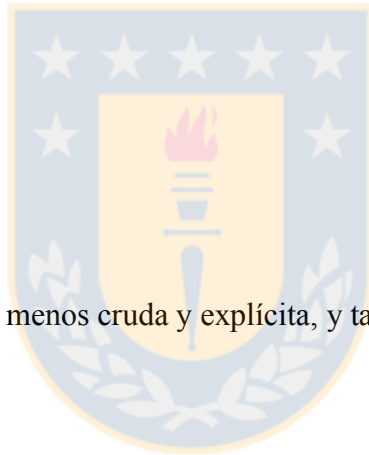
Departamento de Español, Facultad de Humanidades y Arte

Universidad de Concepción

Tabla de contenidos

Agradecimientos	iv
Resumen	v
Introducción	1
Capítulo 1: La Novela de Perón: gestación, escritura y publicación	6
La primera entrevista a Perón	12
La tesis de Peucer	13
El sistema de la pirámide invertida	17
Russell y la guerra de Crimea	19
El estallido del periodismo amarillo	21
La guerra de Hearst	28
El efecto péndulo	32
El periodismo en libros	34
El nuevo periodismo	39
El origen latinoamericano	41
Los hechos de Trelew	52
El hermetismo banal	56
Martínez y López Rega	65
Capítulo 2: El problema de ficción y no ficción	82
Procedimientos y características	91
¿Una inversión del nuevo periodismo?	100
Ficciones verdaderas	107
Capítulo 3: La banalidad del mal	112
El descubrimiento del horror	120
El mal radical	126
Los inicios de la banalidad del mal	130
El juicio en Jerusalén	134
La terrible normalidad humana	146
Los nazis y la conciencia	157
Las críticas	169
Características de la banalidad del mal	174
La banalidad del mal en La novela de Perón	180
La falta de pensamiento	182
La falta de empatía	184
La falta de remordimiento	188
La visión distorsionada de sí mismo	192
Conclusiones	196
Referencias	202





“De una manera más o menos cruda y explícita, y también menos consciente, todas las novelas rehacen la realidad”

Mario Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras*

Agradecimientos

Lejos de la traumática experiencia que para muchas personas significa abordar una tesis de doctorado, la investigación y redacción de este trabajo ha resultado un viaje muy entretenido, provechoso y estimulante, pues me ha permitido aunar en un solo texto académico varias temáticas que me interesan sobremanera, como son el problema de la ficción y no ficción, el periodismo, el nazismo y, sobre todo, el mal.

Por lo anterior, debo agradecer infinitamente a las personas que me permitieron emprender el estudio de este doctorado, entre ellos el ex Rector Sergio Lavanchy y el ex Vicerrector de Asuntos Económicos Alberto Larrain, quienes me apoyaron irrestrictamente, así como mis colegas de la Dirección de Comunicaciones y del Departamento de Comunicación Social de la Universidad de Concepción. Del mismo modo, dejo constancias de mis agradecimientos a la Fundación Tomás Eloy Martínez, de Buenos Aires, por la gentileza con que me atendieron personal y virtualmente, así como a Consuelo Arévalo, quien desde esa capital me ayudó con material de la fundación que, de otro modo, no habría llegado a mis manos.

Asimismo, extiendo mi reconocimiento hacia mis compañeras de generación en el doctorado y a los grandes profesores que tuve en distintas instancias del programa, en especial a mi profesor guía, el Dr. Edson Faúndez, de quien estoy especialmente agradecido.

Y claro, a Claudia.

Resumen

Esta tesis aborda, como objeto de estudio, una de las obras más relevantes del periodista y escritor argentino Tomás Eloy Martínez, *La Novela de Perón*, desde una perspectiva distinta a la que habitualmente ha utilizado la crítica al respecto, pues en este caso el foco está centrado en el personaje de José López Rega, el que es analizado desde la teoría de la banalidad del mal, postulada en forma muy somera por Hannah Arendt en su informe sobre el juicio en contra de Adolf Eichmann.

Lo anterior obliga a internarse en los meandros de la ficción y la no ficción entre los cuales transita la construcción de la novela, así como en la propia vida del autor y en su relación con Juan Domingo Perón y José López Rega, con el fin de determinar las motivaciones debido a las cuales decidió utilizar un registro ficcional.

De este modo, se concluye que Tomás Eloy Martínez usó dicha estrategia con el fin de cobrarse una revancha frente a diversos hechos y también para fijar una imagen perenne respecto de los personajes, una imagen que, pese a que emana de la ficción, es más cercana a la realidad que aquella que el propio Perón quiso dejar de sí mismo por medio de sus memorias.

Asimismo, este trabajo abarca también la vida y obra de Hannah Arendt, con el fin de determinar con mayor exactitud en qué consiste el fenómeno de la banalidad del mal.

Ante ello, se concluye que la banalidad del mal es un fenómeno muy habitual y que se distingue del mal “común”, para lo cual se propone un breve modelo que permite identificarlo en obras literarias, de acuerdo con la presencia o ausencia de determinados factores, los que aplicados al caso López Rega, permiten demostrar que actuaba en función de este tipo de mal.

Introducción

El objeto de estudio de esta tesis es la escritura de Tomás Eloy Martínez, en una de sus novelas más relevantes, *La Novela de Perón*, la que será analizada desde la perspectiva de la banalidad del mal, concepto teórico propuesto por Hanna Arendt en *Eichmann en Jerusalem, un estudio sobre la banalidad del mal*.

La hipótesis de trabajo plantea que la estructura del libro, a través del constante juego entre ficción y no ficción, es lo que le permite al autor poner de manifiesto el mal que opera en diversos personajes, particularmente en José López Rega.

En cuanto al objetivo general de esta tesis, es el estudio de la problemática de la banalidad del mal en esta novela, a partir, fundamentalmente, del personaje ya indicado, en función de dos objetivos específicos.

El primero es explicar las relaciones entre ficción y no ficción, a partir de la conceptualización de la “novela de no ficción” que acuñó Tom Wolfe en *El Nuevo Periodismo*, entendiendo que el juego entre ficción y realidad que Tomás Eloy Martínez emprende en *La Novela de Perón* es un artilugio técnico, un mecanismo puesto al servicio de una narrativa que busca demostrar cómo el mal fue un eje vital en la vida de Perón y de López Rega, lo que lo hace entrar también en el campo de la historia y la política.

Respecto de *La Novela de Perón* (uno de los libros más vendidos en la historia de Argentina), existe una importante cantidad de estudios críticos y la mayoría de ellos gira en torno a la problemática de la ficción y la no ficción, al mestizaje e imbricación de ambos campos dentro de la novela, así como al proceso por medio del cual Martínez decidió pasar del registro periodístico al literario en cuanto a la figura de Perón, el hombre más importante (para bien o para mal) en la Argentina moderna, así como el más controvertido.

Adorado como un líder mesiánico por parte del Justicialismo (actualmente identificado con la izquierda) y odiado por los sectores de derecha que antaño lo apoyaban, el legado de sus gobiernos (especialmente del primero y del segundo, entre 1946 y 1955) sigue siendo el eje ineludible de la política argentina.

De hecho, los peronistas gobernaron Argentina hasta 2015, con las presidencias sucesivas de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández. Ante dicho contexto, no es raro entonces que los estudios acerca de *La Novela de Perón* versen sobre una suerte de monotema, que busca discriminar aquellos hechos que son realidad de aquellos que son una creación fictiva del autor.

Por cierto, lo anterior es algo ineludible de abordar, sobre todo porque justamente estudiaremos la falsedad de la historia oficial en torno a Perón y López Rega y cómo estas mentiras se utilizan para mostrar una verdad acerca de ellos, por paradójico que parezca.

No obstante, a partir de allí, esta tesis se asienta sobre un centro de gravedad distinto, que es la manifestación del mal en dicha novela y la forma en que opera respecto de un personaje en particular (López Rega), lo que obliga a aplicar el corpus teórico ya enunciado.

Amén de que los estudios sobre la manifestación del mal en la novela en general son escasos, el marco teórico elegido en este caso también ha sido poco estudiado y, en general, cuando se lo

aborda académicamente, se lo hace siempre dentro del contexto histórico en el cual fue enunciado, como ya se lo señaló.

Así, el segundo objetivo específico es analizar la teoría de la banalidad del mal y aplicarla a un contexto distinto de aquel en el cual fue observada por primera vez; es decir, dentro del contexto de la intrincada política argentina, 30 años después del fin de los campos de concentración.

Evidentemente, lo que Arendt llama “las circunstancias en el Tercer Reich” (2014, p. 47) es distinto de lo que vivía la Argentina de los años '70, aunque habría sido muy difícil que (al menos en esta parte del mundo), para esas fechas, se produjera un holocausto de las mismas dimensiones, sobre todo después de que se revelara todo el horror de los campos de concentración nazis, lo que obligó a que los centros de detención y exterminio creados por las dictaduras latinoamericanas (especialmente la chilena y la argentina) fueran mucho más secretos y de dimensiones más reducidas que los del nazismo.

Por cierto, más de alguien podría argumentar que no existe similitud alguna entre los crímenes perpetrados por la Triple A, el organismo paramilitar que creara López Rega, o por la DINA chilena, con aquellos cometidos por las SS. Numéricamente no hay comparación y, cuantitativamente, parecería que tampoco hay parangón en cuanto a la “calidad” del horror.

No obstante, a estas alturas sabemos que las dictaduras latinoamericanas incluso superaron el horror del nazismo en algunos aspectos. Basta leer algunas de las excelentes investigaciones periodísticas realizadas al respecto, en los últimos 40 años, para enterarse de la forma en que se amaestraba perros para violar a detenidas y detenidos, del modo en que se hacía desaparecer personas en minas de cal o lanzándolas vivas al mar, etc.

Desde esa perspectiva, entonces, es factible preguntarse cómo fue que personas en apariencia normales (tal como Eichmann), que no eran unos sádicos por naturaleza, que no gozaban matando ni tampoco lo habrían hecho en circunstancias distintas, llegaron a convertirse en sujetos que cometieron delitos de lesa humanidad. Ante ello, la respuesta pareciera ser la misma que encontró Arendt en el juicio de Eichmann: la presencia de un mal banal, que se manifiesta en personas incapaces de sentir empatía por sus semejantes.

Sin embargo, para entender a cabalidad la banalidad del mal es necesario asumir que Arendt ni siquiera la enunció con la intención de crear una teoría que de algún modo superara al mal radical, como ella había llamado (utilizando para ello la expresión *kantiana*) a esa forma de mal absoluto que había emergido desde el interior de las SS hitlerianas y que, por medio de los campos de concentración, había convertido a los seres humanos en elementos desechables e incluso desprovistos de existencia jurídica.

En efecto, como se explica en el capítulo 3, la sola observación de la conducta de Eichmann durante el juicio, condensada en dicha frase, generó y sigue generando una enorme controversia, que se podría sintetizar en dos aspectos fundamentales (hay varios más, por supuesto).

El primero de ellos fue el disgusto de muchas personas y organizaciones al constatar que Arendt no había *monstrificado* a Eichmann sino que, por el contrario, lo había mostrado como un simple ser humano, lleno de defectos, pero muy lejano al estereotipo del nazi cruel que gozaba torturando personas.

Como se relata más adelante, otros observadores del juicio, igualmente judíos como Arendt (entre los cuales destacan los periodistas Harry Mulisch y Martha Gellhorn), apreciaron lo mismo, y dicha visión se confirma con algunas de las apreciaciones formuladas por el capitán de la policía

israelí que tuvo a su cargo los interrogatorios del criminal nazi, Avner Less, aunque los testimonios escritos que todos ellos dejaron tuvieron una repercusión mucho menor que la que obtuvo Arendt al publicar su reporte sobre el proceso judicial en una de las revistas periodísticas más importantes de todo el mundo, *The New Yorker*, y ello explica por qué la crítica se centró en la filósofa y no en los demás corresponsales que tuvieron una percepción semejante durante el desarrollo del juicio.

La segunda crítica, que es mucho más contemporánea, es la que dice relación con el engaño a que Arendt y los demás habrían sido sometidos por parte de Eichmnan, a quien Stangneth (2014) acusa de haber interpretado un papel a su conveniencia, con el fin de ocultar su real participación en el holocausto y sus tendencias criminógenas. A este respecto, es necesario decir que, en función de lo que hoy se sabe acerca de Eichmann, uno de los estudiosos más relevantes de la obra de Arendt, Richard Bernstein, acepta en su último trabajo, *Why read Hanna Arendt now?* (2017), que el oficial de la Gestapo encarnó un personaje durante el juicio, pero de todos modos asevera que la teoría esbozada por Arendt respecto de la banalidad del mal sigue en completa vigencia, temática que se discute en el capítulo final.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, esta tesis debería constituirse en un aporte significativo en el campo de los estudios de la literatura y el mal, pues será la primera vez que se aplicará la que quizá sea la teoría más importante del siglo pasado en términos del mal, la enunciada por Hanna Arendt, a un contexto histórico y temporal distinto de aquel en que se formuló, el nazismo, extrapolándola al universo de los últimos años del peronismo real, de acuerdo a lo expuesto en *La Novela de Perón*, para lo cual se esboza un breve modelo que enumera las características de la banalidad del mal, el cual perfectamente puede ser un punto de partida para otros estudios al respecto.

Capítulo 1

La Novela de Perón: gestación, escritura y publicación

Mezcla de ficción con realidad, *La novela de Perón* es el resultado de varios años de ejercicio periodístico y literario por parte de Tomás Eloy Martínez y de una serie de antecedentes sociopolíticos, que explican su interés por el fenómeno de masas en torno a la figura de Juan Domingo Perón y la de quienes lo rodearon en vida, así como de la forma en que la historia se ocupó de él y de cómo Perón y sus adláteres, especialmente José López Rega, se “preocuparon” a su vez del autor, durante los turbulentos años '70 en Argentina.

El primer acercamiento frontal a la convulsa política de ese país que vivió Tomás Eloy Martínez sucedió a los 19 años, cuando estudiaba Literatura española y latinoamericana en la Universidad de Tucumán, con un norte muy claro: ser periodista, carrera que ya había comenzado a acariciar cuando, tres años antes, empezara a publicar críticas de libros y relatos en *La Gaceta literaria de Tucumán*.

Sin embargo, en 1955 sus estudios se vieron interrumpidos, dado que no pudo eludir el Servicio Militar Obligatorio, y así fue como se convirtió en un soldado conscripto o “colimba”, acrónimo que se formaba de “las tres misiones esenciales de los soldados forzosos: corre, limpia, barre” (Martínez, 2016).

Hacia junio de ese año el ya entonces segundo gobierno de Perón se precipitaba hacia una crisis sin par, lo que redundó en una serie de intentos de golpes de Estado y acuartelamientos, siendo el más serio de todos aquellos hechos el famoso bombardeo de la Plaza de Mayo, que se produjo

cuando la Aviación Naval, participando de una asonada cuyo fin último era asesinar al mandatario, atacó con municiones de alto calibre todo el perímetro que rodea a la Casa Rosada y la Plaza de Mayo, causando 308 muertos (364, según otras fuentes) y cerca de 800 heridos (Rivas, 2017).

De acuerdo al relato del “colimba” Martínez, durante septiembre hubo dos días en que a su compañía le ordenaron defender a Perón, instrucción que cambió al tercero, hasta que el 16 de septiembre finalmente triunfó el golpe que encabezara el general Eduardo Lonardi, llamado eufemísticamente “La revolución libertadora”.

Lonardi era un hombre que albergaba un viejo y oscuro resentimiento en contra de Perón. En 1938, cuando Perón era agregado militar de Argentina en Santiago de Chile, le pidió a Lonardi, quien también se desempeñaba en la legación diplomática y era de menor antigüedad que él, que lo ayudara con una información secreta que recibirían de parte de un oficial de Ejército chileno. Como resultado de ello Lonardi terminó preso, acusado de espionaje, sin jamás recibir alguna ayuda de parte de Perón, quien logró huir a su país antes de los arrestos que ejecutó la Policía de Investigaciones chilena.

Diecisiete años más tarde, y luego de que Lonardi lo derrocaria y consiguiera que su némesis partiera el exilio, en Tucumán las cosas seguían muy confusas, pero tendieron a ordenarse un poco cuando un teniente se hizo cargo de la compañía de Tomás Eloy Martínez y la llevó hasta la localidad de Graneros, con la orden de defender al derrotado gobierno constitucional, aunque nadie se veía muy convencido de aquello. De hecho, Martínez lo ilustra con la siguiente anécdota: “Antes de seguir viaje, uno de los sargentos gritó ‘Viva Perón’ y el teniente repitió ‘Viva’, pero en voz baja” (Martínez, 2016).

Para el 17 de septiembre, Martínez y sus compañeros ya estaban en Córdoba y recién al día siguiente supieron que Perón había abandonado Argentina, rumbo a Paraguay. En los días subsiguientes, el joven soldado vio gente que agradecía de rodillas por el fin del gobierno, así como a personas llorando por el mismo motivo, una representación muy gráfica de la división que imperaba en ese momento a todo nivel, al punto que él mismo recuerda que “yo no entendía muy bien por qué mi familia odiaba a Perón ni por qué otros lo querían tanto” (Martínez, 2016).

En medio de esa confusión, una semana después de la caída de “El conductor”, como Perón gustaba ser motejado, el grupo de Martínez recibió la instrucción de reprimir una manifestación de dos mil obreros peronistas. Como operador de ametralladoras, al futuro novelista le correspondía disparar en contra de la multitud, pero llegado el momento apuntó su arma hacia el cielo y lo mismo hicieron los demás conscriptos.

Sin mayores retoques épicos, Martínez indica que después de ello el oficial a cargo decidió ir a negociar con la columna peronista y todo quedó en nada, sin gestos estoicos, sin heroicidad ni nada semejante. Por algún motivo, la turba simplemente se disolvió.

Pese a que a partir de ese momento Juan Domingo Perón no volvería a pisar suelo argentino hasta el 20 de junio de 1973, jornada en la que transcurre la línea temporal principal de *La Novela de Perón*, la vida política argentina quedó irremisiblemente permeada por la figura del general, así como por la memoria de su segunda esposa, Eva Duarte, y por la de su tercera esposa, la bailarina de cabaret argentina María Estela Martínez Cartas, más conocida como Isabel Perón, a quien conoció en Panamá, a fines de 1955, y con la cual terminó viviendo su exilio en Madrid.

En Buenos Aires, en tanto, a Lonardi lo sucedió unos meses más tarde el general Pedro Aramburu, luego del cual vendrían dos gobiernos civiles (los de Frondizi e Illia), interrumpidos por

el golpe de 1966, tras el cual gobernaron los generales Juan Carlos Onganía, Pedro Gnavi, Roberto Levingston y Alejandro Lanusse, quien estuvo en el poder hasta mayo de 1973.

Fue en ese ambiente, marcado por la inestabilidad institucional, la sombra de Perón y la ambivalencia respecto de su figura, el contexto en el cual Martínez culminó su formación profesional e inició formalmente su carrera de periodista. En 1957, ya egresado de la universidad, se fue a vivir a Buenos Aires, donde se incorporó al diario *La Nación*, en el cual comenzó a escribir sobre cine, lo que también hacía para la revista *Tiempo de cine*.

Sin embargo, el trabajo en el tradicional matutino, propiedad de la familia Mitre, no le duró mucho tiempo. Mochkovsky (2012) relata que las críticas del periodista, enfocadas básicamente en el cine europeo y japonés, molestaron a los distribuidores de películas estadounidenses. Ello llevó a que el presidente del directorio, Enrique Drago Mitre, le pidiera que escribiera lo que el diario quería, ante lo cual Martínez le reclamó en forma airada, diciéndole que "mi firma no está a la venta". Al día siguiente fue cambiado a otra sección y tres días más tarde renunció al trabajo.

En 1960, Martínez empezó a redactar guiones de cine (el primero de ellos fue el de la película *El amor elige*) y en 1962 ingresó a la planta de la revista semanal *Primera Plana*, fundada por Jacobo Timerman, que seguía los esquemas del periodismo de interpretación, impuestos en los años '20 por la revista *Time*. Allí, estuvo inicialmente en la sección de cultura, debido a su ligazón con el tema cinematográfico, pero pronto su carrera tomaría otros rumbos, debido a una peculiar idea de Timerman:

Cuando hice *Primera Plana* (me) dije, ¿cómo puedo inventar o imaginar quién va a ser el cronista político? Yo tenía una columna política en *Clarín* y nadie me dirigía la palabra en el diario. Mis colegas no hablaban delante mío... He sido el más grande hijo de puta que hubo en

la profesión. Entonces, en *Primera Plana* digo, ¿Y ahora qué hago? ¿Sabés que se me ocurrió? Buscar gente culta. ¿Y dónde está la gente culta en un diario? En cine. El tipo que es cronista de cine es culto, porque se interesa en un arte rápido, dinámico, diversificado. Ve muchas cosas, lee muchas cosas. ¿A quién tomé para la sección política de *Primera Plana*? A dos cronistas de cine, Tomás Eloy Martínez y Ramiro de Casasbellas. (Mochkovsky, 2012)

Dos años más tarde, Martínez ya era uno de los editores de la revista, la que logró entusiasmar a miles de lectores en función de lo que Mochkovsky (2012) llama "un nuevo lenguaje para el reporte periodístico", el cual define en función de los siguientes atributos: "inteligente, irónico, irreverente, cargado de adjetivos, lleno de guiños".

No cabe duda que fue allí cuando Tomás Eloy Martínez comenzó a experimentar con el hibridaje entre periodismo y literatura, pues aparte de lo ya indicado, él mismo recordaría después que la revista "apoyaba la transgresión. En el lenguaje de la transgresión encontró una sintonía con el Buenos Aires de los sesenta" (Mochkovsky, 2012) y ello ciertamente implicaba también la violación de las normas del periodismo imperante en ese momento, a lo cual obedece el que muchas de las notas que allí se publicaban comenzaran "como una narración literaria" (Visuara, 2012).

Pagando los mejores sueldos del mercado, la revista se hizo además muy apetecida porque no escatimaba en gastos para sus reporteros, a quienes enviaba a distintas partes del mundo a cubrir eventos de todo tipo. Uno de esos viajes fue el que hizo Martínez a Israel durante la visita del Juan Paulo VI, en enero de 1964. En dicha ocasión, distintos periodistas, incluyendo al representante del *New York Times*, intentaron entrevistar sin éxito al famoso filósofo sionista Martin Buber, quien residía en Jerusalén.

No obstante, fiel al medio trasgresor en el cual trabajaba, Martínez rompió una de las normas del periodismo y, encubriendo su profesión, se hizo pasar por un estudiante fanático de la obra de Buber, con lo cual consiguió que este lo dejara entrar a su casa. Solo en ese momento le confesó quien era realmente, ante lo cual el filósofo lo invitó a tomar té al día siguiente (Mochkovsky, 2012).

Ese mismo año, en julio, Martínez quedaría como secretario de redacción de *Primera Plana*, luego que Timerman se fuera de ella para abrir otra revista (*Confirmado*). Pese a la salida del fundador, *Primera Plana* siguió prosperando, a tal punto que el principal accionista de ella, Victorio Dalle Nogare, regaló a Martínez y otros dos editores un Mercedes Benz nuevo. Martínez, asimismo, tuvo mayor libertad para publicar notas sobre escritores como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Gabriel García Márquez (Mochkovsky, 2012).

La revista comenzaría a meterse en problemas bastante complejos, sin embargo, en agosto de 1965, cuando Martínez coordinó un reportaje acerca de Silvia Elvira Martorell, esposa del entonces presidente Umberto Illia. El texto, titulado "la señora presidente", la mostraba como una persona de escasa educación.

Aunque Mochkovsky señala que dicho texto fue un golpe muy dañino hacia la imagen de Illia, al punto que se considera el inicio de una escalada que culminó al año siguiente con un golpe de Estado en su contra, para Martínez la connotación era muy distinta y, de algún modo, esboza claramente la forma en que a su juicio debía abordarse a los poderosos, como sucedería después con Perón: "Teníamos un poder enfrente que, como todo poder, era para nosotros ominoso, digno de burla" (Mochkovsky, 2012).

El poder y su uso y abuso eran ciertamente temas que fascinaban a Martínez y hay dos hitos ocurridos durante su desempeño como periodista de *Primera Plana* que están vinculados a estos tópicos desde las perspectivas ficticia y no ficticia, y que además resultarían trascendentales para su futura carrera de escritor: el primero es la entrevista que realizó a Perón en 1966 y, el segundo, la reseña “América: la gran novela”, al año siguiente, en la cual se refería a la publicación en Argentina de *Cien años de soledad*, texto en el cual aparece por primera vez una idea que será reiterativa en toda la obra de Martínez: “La realidad —la cotidiana o la fantasmagórica— ha sido siempre la herramienta de la novela. Pero el único gesto capaz de dotar de grandeza a una novela es la falta de respeto por esa realidad” (Martínez, 1967).

La primera entrevista a Perón

Ilía fue derrocado el 26 de junio de 1966. Ese mismo día Martínez se encontraba en Madrid, capital en la cual Juan Domingo Perón vivía desde 1960. Ante el golpe militar en Argentina, los periodistas madrileños intentaron entrevistar al exmandatario, sin éxito. Reeditando de algún modo la "exclusiva" que había conseguido con Buber, Martínez logró que el líder en el exilio consiguiera que lo atendiera, concediéndole una breve entrevista, la cual apareció en la edición de *Primera Plana* del 30 de junio de ese año, texto extremadamente importante por dos motivos.

El primero lo cuenta el mismo Martínez y tiene que ver con el inicio de la relación entre él y Perón:

Conocí a Juan Perón la aciaga noche del derrocamiento de Arturo Ilía, a fines de junio de 1966. Hablé con él durante tres largas horas bajo un retrato al carbón del Che Guevara, en las

oficinas que Jorge Antonio tenía en el Paseo de la Castellana de Madrid. De ese diálogo se publicó solo una página, en la edición especial que el semanario Primera Plana dedicó al golpe militar acaudillado por Juan Carlos Onganía. (Martínez, 2009b)

El segundo motivo que le da un carácter de hito a esta entrevista es que, a pesar de ser un texto netamente periodístico, este primer artículo de Martínez, con la voz de Perón, no se restringe a la simple transcripción de lo grabado, a un esquema de pirámide invertida y ni siquiera a lo que se denomina “Periodismo interpretativo”, sino que presentaba una morfología muy literaria, la cual lo emparenta con el estilo que se estaba comenzando a denominar en esos años como “Nuevo Periodismo”, basado en la *non-fiction novel*, o novela de no ficción.

La tesis de Peucer

Para entender lo anterior, es necesario explicitar varios conceptos anteriormente mencionados y ello obliga a remitirse al que quizá sea el primer tratado que existe en el mundo acerca del periodismo: la tesis doctoral *Sobre las relationes Novellae*, del Dr. Tobías Peucer, la cual fue defendida con éxito el 8 de marzo de 1690, en la Universidad de Leipzig.

Dicha tesis, un trabajo que hoy estimaríamos muy breve, pues tiene 22 páginas, sentó las bases relativas a la misión de los periodistas (historiadores, como les llamaba Peucer), los contenidos que debían tener las *Novellae*, como denominaba a los periódicos; la relación de las noticias con la verdad y el poder y, también, la morfología que a su juicio debía regir sobre las estructuras redaccionales relativas a este tema.

Quizá lo primero que habría que apuntar respecto de las ideas de Peucer es el significado de *Novellae*. Sierra de Cózar explica, al respecto, que se trata de la traducción latina de la expresión *neue Zeitungen*, que en alemán equivalía a *Novelle* (es decir, “novela”), y cuyo sentido era el de “novedad (noticia), relato de sucesos notables” (1996, pp. 39-40).

Desde esta perspectiva, es sencillo entender entonces que la distinción entre una novela como un sistema de contenidos ficcional y el periodismo como un sistema de contenidos no ficcional es un constructo más bien moderno, lo mismo que la distinción entre historia, periodismo y literatura. Aunque hablara de periodismo, Peucer lo llamaba historia y lo contenía en las *Novellae*, estableciendo una diferenciación fundamental entre lo que denominaba historia universal (o historia particular o individual), la historia episódica y la historia compuesta o mixta.

La primera es aquella referida al concepto de historia que entendemos habitualmente, pues la definía como “la secuencia estricta de los hechos (que) se va tejiendo como un solo hilo ininterrumpido” (Sierra de Cózar, 1996, p. 41), mientras que la historia episódica la entendía como aquella que “de la narración continua de los acontecimientos entresaca hechos o dichos escogidos y memorables y los dispone y relata en un determinado orden, o según cada uno se va ofreciendo” (Sierra de Cózar, 1996, p. 41).

En la tercera, la historia mixta o compuesta, encontramos de la mano de Peucer la primera definición acerca de qué son las noticias o *relationes novellae*, como las llamaba en latín, las que explicaba eran “la noticia de hechos diversos ocurridos recientemente en uno u otro lugar del mundo” (Sierra de Cózar, 1996, p. 41).

El adverbio “recientemente” implica de inmediato una separación de las *relationes novellae* (las noticias como tal), de la historia universal del modo en que Peucer la concebía, pues

“recientemente” es algo que sucedió hace poco, algunas horas o quizá algunos días. Incluso, podrían ser meses en 1690, dada la dificultad de comunicarse de aquel entonces.

En todo caso, se trata de una línea muy fina y difusa también, pero que se especifica un poco más en el título X de la tesis de Peucer, en la cual señala que aquellos hechos sucedidos recientemente y que merecen ser conocidos por el público se saben por medio de testigos presenciales o, bien, por parte de terceros que cuentan lo que otros han presenciado, agregando que “como ocurre en los juicios con el testigo ocular y el que atestigua de oídas, suele creerse más al que cuenta una cosa como testigo presencial que al que la conoce por otro” (Sierra de Cózar, 1996, p. 43). Desde esa perspectiva, se entiende que esos testigos son personas vivas, que pueden entregar su testimonio al historiador-periodista, lo que, por ende, acotaba el rango temporal de qué entendía Peucer por las noticias.

Como señala De Aguinaga (1996, p. 82), la tesis de Peucer funda una suerte de protoperiodismo, al establecer además otros dos conceptos que posteriormente serían fundamentales en el periodismo actual, aunque hoy se conozcan con otros nombres: la axiommemoneuta y la memorabilia.

La primera se refiere a la idea de que, dado que hay una cantidad de hechos casi infinita, se debe dar cabida (en los diarios, se entiende) a aquellos “que sean dignos de ser conocidos y recordados” (Sierra de Cózar, 1996, p. 46), entre los cuales Peucer detallaba las rarezas y maravillas de la naturaleza, los hechos vinculados a las dinastías, las guerras, la muerte de personas ilustres, los asuntos eclesiásticos y la cultura. En el lenguaje del periodismo actual, diríamos que a juicio del Dr. alemán, los medios informativos debían dar espacio a lo que se conoce como “noticias duras”, en detrimento de otras más superficiales.

La memorabilia, en tanto, explicaba que es la forma en que dichos hechos memorables se van disponiendo y relatando en un determinado orden, estableciendo así una jerarquía noticiosa.

Al respecto, señalaba, citando a Luciano de Samosata, que cualquier autor de una *novellae* debía respetar y buscar la verdad “para evitar que, sometido tal vez a intereses partidistas, entremezcle irreflexivamente falsedades, o escriba cosas poco averiguadas sobre asuntos de importancia” (Sierra de Cózar, 1996, p. 44), planteamiento que complementa con los pensamientos de Cicerón al respecto, quien señalaba en *Sobre el orador*, libro Segundo, que “la primera ley de la historia es no atreverse a decir nada falso y, luego, atreverse a decir cuanto sea verdadero, y que no haya sospecha ni de favor ni de enemistad cuando se escribe” (Sierra de Cózar, 1996, p. 44).

Las anteriores son bellísimas manifestaciones de deontología periodística. Sin embargo, Peucer estaba también consciente de que “a cualquier historiador, incluso al más autorizado, le puede suceder que, sin culpa suya, lo falso se le mezcle con lo verdadero” (Sierra de Cózar, 1996, p. 45), denotando ya en ese entonces el problema del discernimiento entre aquello que es ficticio de lo que no.

Esa no era la única prevención que formulaba. Además de exhortar a los periodistas a no escribir sobre cosas intrascendentes, pedía “no propalar indiscriminadamente noticias de los soberanos que (ellos) no quieren que se divulguen” (Sierra de Cózar, 1996, p. 47), y la advertencia no la efectuaba por motivos de obediencia, sino por razones mucho más sencillas y bastante poco heroicas: “es peligroso escribir de quienes pueden proscribir” (Sierra de Cózar, 1996, p. 47), señalaba, al tiempo que efectuaba una alabanza a la censura que existía en distintas ciudades respecto de libros que dañaban las buenas costumbres y, especialmente, al cristianismo.

Además de los problemas —incluso de supervivencia— que Peucer atisbaba que implicaba el periodismo, también se preocupó de dejar sentada una idea que recién se retomaría unos 150 años más tarde, al enunciar la necesidad de que el periodismo utilizara un lenguaje llano y directo:

La “lexis” o elocución y estilo de las *novellae* no debe ser ni el de los oradores, ni el de los poetas: aquel retarda al lector ávido de noticias, este lo perturba y no expone las cosas con suficiente claridad. Ahora bien, el narrador, para agradar, precisa ser entendido de inmediato (Cf. Cicerón, Del Orador, lib. III). Y este fin se consigue utilizando un lenguaje, por un lado, puro, por otro, claro y conciso. (Sierra de Cózar, 1996, p. 49)

El sistema de la pirámide invertida

La idea de Peucer se vio refrendada y sistematizada a mediados del siglo XIX, cuando fue inventado el esquema redaccional de la pirámide invertida, el cual consiste básicamente en agrupar al principio de un texto informativo, en un párrafo inicial llamado “Lead”, los elementos esenciales de la noticia, definidos por las llamadas “5w”, (por su sigla en inglés); es decir, what, who, when, why and where.

Este esquema nació a consecuencia de la invención del telégrafo, en 1845¹, un sistema que en su momento fue tan sofisticado como es internet en la actualidad, como dice Scanlan (2003), y que revolucionó las comunicaciones, pues logró que por primera vez en la historia de la humanidad se pudieran conocer en forma inmediata hechos que ocurrían a gran distancia.

¹ Se considera, en general, que la prensa “moderna” surge a partir de la creación de la pirámide invertida.

No obstante, era una tecnología muy cara y apenas partió la Guerra Civil en Estados Unidos (1861) los diarios se vieron fuertemente afectados por el costo que les implicaba usar el telégrafo, del cual —a esas alturas— ya tampoco podían prescindir.

Fue en medio de ese clima que comenzó a imperar de a poco esta forma de escritura exenta de las florituras, reflexiones y detallismo que hasta ese momento se usaba en la prensa, donde los periodistas escribían sin una estructura predeterminada. Debido a los costos del telégrafo, los diarios se vieron obligados a racionalizar recursos y a exigir a sus corresponsales que se restringieran a enviar los hechos esenciales, para lo cual los periodistas comenzaron a escribir en función de tres características, como observa Scanlan: concisión, exención de opiniones y exención de detalles.

La agencia de noticias Associated Press (AP) fue la que institucionalizó esas ideas, estableciendo que sus noticias debían ser breves, pensadas para una audiencia nacional “and deliberately stripped of the partisanship that characterized american newspapers until that time” (Scanlan, 2003).

Dicha exigencia de imparcialidad u objetividad no tenía que ver con imperativos éticos ni con la lectura de la tesis del alemán Peucer, sino que básicamente obedecía a razones comerciales, pues AP era una agencia de carácter nacional, que vendía sus servicios informativos a medios de distinta orientación política. Por ello, requería que sus textos fueran lo más asépticos posible y también que, si se cortaba la transmisión telegráfica, al menos alcanzara a llegar la información esencial a los diarios a los cuales suministraba sus servicios.

En función de dichos imperativos nació el sistema redaccional de la pirámide invertida, que se utiliza hasta el día de hoy, y que sigue manteniendo su vigencia en todos los soportes tecnológicos

periodísticos de la actualidad. A partir de allí y de a poco, la idea de que la prensa debía ser imparcial (lo que siempre es objeto de debate) comenzó a instalarse en distintos diarios ya no solo por una estrategia comercial, sino también como un sistema ético, relacionado con las funciones del periodismo en las sociedades democráticas.

Sin embargo, para que ello sucediera debió pasar un largo tiempo y una serie de incidentes, incluyendo al menos un par de guerras.

Russell y la guerra de Crimea

Existe un segundo hecho en el periodismo de mediados del siglo XIX que influyó notoriamente en la idea de que el periodismo debería ser ejercido en forma imparcial y alejado de los partidismos, y es el brillante texto titulado “La carga de la brigada de caballería ligera”, escrito por el corresponsal del diario londinense *The Times* en la guerra de Crimea, sir William Howard Russell, en 1854.

Si bien dicho artículo no poseía las características morfológicas de la pirámide invertida y, por el contrario, es un relato mucho más cercano a la literatura, causó un gran impacto por su contenido, pues hasta ese momento los corresponsales de guerra eran siempre militares de uno u otro ejército, que enviaban textos inflamados de heroísmo y mentiras a los diarios que los contrataban.

No obstante, a la par de la imposición de la pirámide invertida en Estados Unidos, en Inglaterra ya venía trabajándose la idea de que los diarios debían decir la verdad, o al menos intentarlo. Eso fue lo que sucedió cuando el editor de *The Times*, J.T. Delane, encomendó a Russell la cobertura

de la guerra que los británicos libraban contra los rusos en la península de Crimea. Ya era una novedad que se decidiera enviar a un civil a cubrir dicho acontecimiento, pero más novedosa resultó la instrucción que el editor entregó a su reportero: “cuenta la verdad por sobre todo” (Legineche y Sánchez, 2017).

Russell era un empleado obediente y lo dejó en claro con su descripción acerca de la carga de la Brigada Ligera británica en la batalla de Balaclava, el 25 de octubre de 1854. Su crónica dejó en evidencia la descoordinación entre el mando de la brigada y los soldados, que fueron literalmente barridos por los rusos.

La pintura que Russell hace del ejército británico no puede ser más desoladora. La crítica era desconocida hasta entonces: estupidez, ignorancia, errores, desatinos, fallos, todo queda al descubierto. El enviado del Times describe los sufrimientos del soldado en la batalla. (Legineche y Sánchez, 2017)

Aquella fue la primera vez que algún diario del mundo contó con lujo de detalles una batalla, con todas sus miserias y violencia, lo que evidentemente no ayudó a fomentar la popularidad de Russell entre los militares, tras violar las advertencias de Peucer en orden a no contar aquellas cosas que los gobiernos no quieren que se cuenten.

Pese a que le enviaron una serie de mensajes intimidantes, Russell persistió en seguir cubriendo la guerra de acuerdo al estándar que le había impuesto su editor y, luego de la batalla de Sebastopol, reportó que los soldados no contaban con ropa adecuada para enfrentar el crudo frío de Rusia, ni con medicinas.

Ello ocasionó que en Londres se iniciara una investigación parlamentaria pero, también, como siempre sucede cuando se dice algo que no gusta a quien detenta el poder, el ejército británico

comenzó muy pronto a esparcir la especie de que Russell era, en realidad, un agente enemigo. Pese a ello, siguió cubriendo la guerra casi hasta su término, y luego cumplió una serie de destacadas misiones periodísticas, incluyendo el libro “Una visita a Chile y la pampa salitrera de Tarapacá”, publicado en 1890 en Londres y reeditado por primera vez en español en 2011².

El estallido del periodismo amarillo

Mientras empresas como la AP y el Times de Londres abogaban por la imparcialidad y la verdad, desarrollando un *ethos* periodístico que a su vez obedecía a una morfología redaccional muy específica, solo unos pocos años más tarde, también en Estados Unidos, comenzaba a desarrollarse una nueva vertiente de periodismo, que tendría nefastas consecuencias no solo en la historia del oficio, sino incluso en la historia del mundo: el periodismo amarillista o sensacionalista, el cual es fundamental de ser mencionado no solo por el problema entre ficción y no ficción, del cual son sin duda sus máximos exponentes, sino también porque sus excesos fueron determinantes en el nacimiento del periodismo “correcto” que imperaba en toda América hacia los años ‘50 y ‘60, con el cual rompieron no solo los cultores del nuevo periodismo en Estados Unidos, sino también periodistas latinoamericanos como Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh y, claro, Tomás Eloy Martínez.

² Russell, William Howard. (2011). *Una visita a Chile y la pampa salitrera de Tarapacá*. 2da. Edición (primera en español), Santiago de Chile, Editorial Ricaaventura, 260 p.

Los inicios del amarillismo en Estados Unidos se pueden encontrar en los textos llenos de mentiras que los diarios de uno y otro bando emitían durante la Guerra Civil que sacudió a ese país entre 1861 y 1864, en el cual:

Los periodistas sucumben a la tentación de ocultar la verdad para mantener la moral del ejército y la población civil. La derrota, como ha ocurrido luego de tantas guerras, se enmascara en “repliegue táctico”. Las mujeres de la confederación llevan collares con ojos de soldados unionistas y los yanquis (los del norte) juegan al fútbol con cabezas de soldados confederados. Ese es el tono de los despachos. En una guerra, como afirmó el senador Hiram Johnson, la primera baja es la verdad. “Transmite todas las noticias que puedas recoger y si no hay noticias envía rumores”, telegrafió el director del *Chicago Times* a uno de sus hombres en las trincheras. (Leguineche & Sánchez, 2017)

Casi 30 años después ya no había guerra en Estados Unidos, pero William Randolph Hearst, el joven millonario de San Francisco brillantemente retratado por Orson Welles en la película *Citizen Kane*, quien a los 24 años recibió de su padre la administración y dirección del diario *San Francisco Examiner*, tuvo más que en cuenta el éxito que habían tenido los periódicos sensacionalistas durante la época de la guerra.

Así, Hearst, quien había sido expulsado de Harvard y había trabajado como reportero en el diario *The New York World*, de Joseph Pulitzer, tenía claro qué debía hacer para subir la circulación del diario que recibió en 1887, el cual solo vendía 15 mil ejemplares diarios.

Hearst implementó una estrategia basada en dos aspectos: contratar a los mejores redactores que pudiera pagar y hacer un periodismo solamente dedicado “a satisfacer el apetito de sus lectores” (Bermeosolo, 1962a, p. 26), generando noticias “de interés humano” y policiales, que

ocupaban las primeras páginas del *Examiner*, mientras que las noticias “duras” quedaban relegadas al interior del diario, en columnas breves³. Es necesario señalar, en todo caso, que Bermeosolo olvida que en sus inicios bajo el mando de William Randolph Hearst, el *Examiner* efectuó una serie de investigaciones periodísticas de gran calidad.

El primer objetivo de los sabuesos investigadores de Hearst es un pez gordo, C.P. Huntington, que preside el todopoderoso Southern Pacific Railroad, el ferrocarril que controla casi todos los periódicos. Nada se mueve sin que él lo diga. Los reporteros de Hearst meten la nariz en legajos y cuentas, buscan datos, analizan negocios, levantan alfombras que ocultan basura. Con ello se van a enajenar no solo el apoyo o la neutralidad del ferrocarril sino la maquinaria de propaganda, los medios informativos que dependen de él. La primera victoria del *Examiner* llega cuando el ferrocarril se ve obligado a pagar al gobierno federal 120 millones de dólares en intereses por préstamos. La segunda la consigue al forzar a las compañías del agua y el gas a rebajar un 10% de los precios. (Leguineche & Sánchez, 2017)

Todo lo anterior, además, estaba supeditado a una disposición gráfica muy particular. Basta observar los diarios como el *Times* de Londres o el *New York Times* de aquella época, para ver que gráficamente no poseían atractivo alguno. No había grandes titulares y el texto cubría hasta el más ínfimo rincón de cada página. Hearst, sin embargo, entendió que las noticias que ahora entregaba no solo dependían de su contenido, sino también de su continente, y así fue como comenzó a usar “titulares descomunales e ilustraciones —generalmente de gusto deplorable— (que) marcaban el tono del periódico en su nueva época” (Bermeosolo, 1962b, p. 223).

³ La fórmula que ha usado el diario chileno *Las Últimas Noticias* desde 1998 es prácticamente la misma, con la diferencia de que las noticias policiales (que antes eran su fuerte) quedaron en un segundo plano también, remplazándose por las noticias relacionadas a farándula o hechos exóticos o insólitos.

Del mismo modo, introdujo la electricidad en los sistemas de impresión y comenzó a experimentar con el color.

Gracias a ello, en 1893 su diario vendía ya 72 mil ejemplares diarios y una vez que se convirtió en el medio de prensa más influyente de San Francisco, en 1895 se embarcó en una nueva aventura, al comprar un diario moribundo en Nueva York y dar vida al *New York Journal*, medio que estaba destinado a quitarle el mercado al *New York World*, que dirigía Joseph Pulitzer.

Igual como lo hizo en San Francisco, Hearst comenzó a contratar a los mejores periodistas del mercado, la mayoría de los cuales pertenecía en ese momento a su competencia, y ello le significó contar en su equipo con escritores como Ambrose Bierce, Mark Twain y Jack London, y con ilustradores como Walt Disney.

Además, se llevó al mejor caricaturista del World, Richard Outcault, quien todos los días dibujaba una tira cómica llamada *Hogan's Alley*, protagonizada por personajes marginales que vivían en el callejón Hogan, y cuyo personaje principal era un niño desdentado que vestía una camisa de dormir amarilla (en esos años ya se estaba imprimiendo a color en Nueva York, también), por lo cual era conocido como *The yellow kid*.

Más allá de la comicidad de las caricaturas, estas apelaban a varios sentimientos que Pulitzer supo explotar muy bien. En primer lugar, al ser una serie cómica protagonizada por adolescentes, llegaba a un público mucho más joven, que nunca había sido tomado en cuenta por los periódicos pero que, ahora, los leía, y además, apuntaba también a “the 40 percent of New York’s population that was foreign-born and struggling to learn english; the wordy captions and signs containing political and social references (somo even written on the Kid’s nightshirt) amused a semiliterate working class” (Canemaker, 1995).

En San Francisco, Hearst había intuido la importancia de las mujeres como consumidoras de noticias y por ello creó diversas secciones femeninas que ayudaron a aumentar las ventas del *Examiner*. En Nueva York, en tanto, se dio cuenta que esos grupos minoritarios, como los jóvenes o los migrantes, eran también un público que podía consumir su producto, y el gran éxito que tenía “El niño amarillo”, respecto del cual se vendía todo tipo de merchandising, lo llevó a conseguir que en 1897 Outcault se fuera al *World*. Ante ello Pulitzer, que no estaba dispuesto a perder al personaje, contrató a otro dibujante, George Luks, con el fin de mantener la tira cómica.

De ese modo, durante varios meses, “El niño amarillo” estuvo apareciendo en ambos periódicos y así fue como el editor del *The New York Press*, Erwin Wardman, bautizó a ambos diarios como “Yellow-kid journalism”, concepto que fue prontamente abreviado a “Yellow journalism” (Sandford, 2013).

Si bien “El niño amarillo” fue la máxima expresión de la disputa (incluso judicial) entre los dos diarios, la llegada de Hearst a Nueva York obligó a Pulitzer, que ya ejercía un incipiente sensacionalismo, a adoptar las mismas tácticas de su competidor. Hacia 1895, el *World* “se había convertido en el periódico de mayor difusión y más influyente en su tiempo” (Goodman, 2014) debido a una serie de innovaciones, entre ellas el inicio de lo que se conoce como “periodismo encubierto”, el cual consiste en esconder la identidad de un o una periodista (como fue en este caso) a fin de descubrir determinados hechos que de otro modo no podría conocer.

La periodista Nelly Bly, de hecho, se había hecho pasar por enferma mental, a fin de investigar el maltrato que se daba a las pacientes en un asilo, y también se internó con identidades falsas en el mundo del boxeo, el de las coristas e incluso en el de la trata de blancas.

Como dice Goodman (2014), “llegó a comprar un bebé”, para investigar el tráfico de recién nacidos. En noviembre de 1889 Pulitzer la envió alrededor del globo en una misión bastante peculiar: debía dar la vuelta al mundo en menos de 80 días, para así batir el record imaginario que Julio Verne había establecido para dicha travesía en su novela *La vuelta al mundo en ochenta días*.

El mismo día que Bly zarpó desde Nueva York con destino a Europa se le unió una competidora: Elizabeth Bisland, periodista de la revista *Cosmopolitan*, quien sin embargo emprendió el viaje en la dirección opuesta.

Durante los dos meses y medio que siguieron, ambas periodistas mantuvieron al mundo en vilo con sus sensacionales despachos telegráficos acerca de sus correrías por diversos países de Europa y Asia, elevando las ventas de ambos medios, hasta que finalmente hubo una vencedora: Nelly Bly, quien completó la travesía en 72 días, mientras que Bisland tardó 76.

Otra idea de Pulitzer, quien había llegado a Estados Unidos con lo puesto, luego de emigrar desde Hungría, fue la campaña destinada a recolectar una suma fabulosa para aquellos años: 100 mil dólares, que era lo que se estimaba costaría construir el pedestal sobre el cual se alza hasta hoy en día la estatua de la Libertad, en la isla que la alberga en el río Hudson, en medio de Nueva Jersey y Manhattan.

Producto de un convenio entre los gobiernos de Francia y Estados Unidos, el primero se comprometió a donar la estatua diseñada por Gustave Eiffel (cuyo costo fue cercano a los 400 mil dólares), y el segundo a proveer el pedestal donde debía asentarse. Para 1884 la monumental figura ya estaba terminada, pero el municipio de Nueva York aún no culminaba las obras y de hecho las tuvo que paralizar, ante la crisis económica que atravesaba. Otras grandes ciudades de Estados

Unidos, como San Francisco y Boston, vieron la oportunidad delante de sus ojos y no estuvieron dispuestas a dejarla pasar, ofreciéndose a recibir la estatua.

Pulitzer, sin embargo, tenía claro el efecto simbólico de esta y comenzó a reunir el dinero por medio de su periódico, pero no lo hizo apelando a las grandes fortunas de la Quinta Avenida, sino que, por el contrario, a quienes menos tenían, según editorializó: “El World, que es un diario del pueblo, llama al pueblo. La estatua no es un regalo de los millonarios de Francia a los millonarios de América, sino un regalo del pueblo francés al pueblo norteamericano. Atiende nuestra llamada” (Leguineche & Sánchez, 2017).

En menos de dos años la estatua estuvo instalada en el lugar donde hasta el día de hoy se yergue, delante de la isla Ellis, el lugar donde llegaron las enormes olas de inmigración europeas que convirtieron a Nueva York en la ciudad más cosmopolita del mundo.

En función de ello y otros hechos, el ingenio de Pulitzer para crear noticias y atraer la atención del público estaba más que claro y eso es lo que Hearst decidió enfrentar frontalmente.

De ese modo se desató una batalla en medio de la cual el recién llegado siempre estuvo adelante, creando un *Ethos* populista que se basaba en dos sentencias: “Mientras otros hablan, el Journal actúa”, lo que se expresaba en “proteger al débil y hacer resplandecer la justicia” (Bermeosolo, 1962a, p. 37).

No eran simples palabras.

Olvidando por completo las reglas de la AP y The Times, Hearst concibió un tipo de periodismo en el cual el diario y los periodistas no eran simples observadores imparciales de los hechos (como Russell) y ni siquiera protagonistas de noticias inventadas (como en el caso de Bly y Bisland), sino

que debían intervenir directamente en hechos de gran relevancia y torcer la dirección de los mismos.

La guerra de Hearst

Quizá el primer atisbo de ello es la frase más famosa atribuida a Hearst. Milton (2014) señala que en el invierno de 1897 estalló la rebelión cubana contra los españoles, que hasta esa fecha aún ocupaban la isla. Hearst mandó de inmediato al periodista Richard Harding Davids y a uno de sus mejores ilustradores, Frédéric Remington. Sin embargo, al llegar a La Habana encontraron muy poca acción, casi ninguna, en realidad. Remington envió entonces un telegrama a su jefe, el cual decía “Everything is quiet. There is no trouble here. There will be no war. I wish to return”, ante lo cual su jefe habría respondido “please remain. You furnish the pictures, and I’ll furnish the war” (Milton, 2014).

Aunque la frase apareció públicamente por primera vez en las memorias del corresponsal James Creelman, quien admiraba a Hearst, este siempre negaría la veracidad de ella. Independientemente de si era cierta, representaba muy bien el espíritu del empresario, quien a posteriori intervino directamente en la guerra entre España y Estados Unidos, sobre lo cual Creelman reflexiona que “if the war against Spain is justified in the eyes of history, then ‘yellow journalism’ deserves its place among the most usefull instrumentalities of civilization” (Milton, 2014).

Los corresponsales de Hearst se quedaron y de a poco los hechos comenzaron a subir de gravedad en Cuba, motivando el envío de otros periodistas, no solo del World y de otros diarios

estadounidenses, sino también británicos, entre ellos un joven Winston Churchill, corresponsal militar del *Daily Graphic* de Londres.

Todos ellos encontraron una serie de barreras ante el control de la prensa que ejercían las autoridades militares españolas, pese a lo cual los “yellow kids” llegados desde Nueva York se dieron licencias que hoy escandalizarían a cualquiera.

Uno de los periodistas de Hearst, Frederick Lawrence, inventó la especie de que los rebeldes tenían un regimiento compuesto por Amazonas. Otro corresponsal, del *New York Herald*, dio nombre a la jefa de las Amazonas: “Adele Alotro” y “para hacer más interesante el lance contó que estaba casada con un coronel español que combatía en el mismo distrito. ¿Qué ocurriría si llegaban a enfrentarse marido y mujer?” (Leguineche & Sánchez, 2017).

Para no quedarse atrás, el *World* describió en detalle a las Amazonas, señalando que “arremetían con fiereza contra los soldados españoles con sus machetes, sembraban el terror en sus filas y tan solo recuperaban la ternura y la piedad cuando habían acabado con sus enemigos” (Leguineche & Sánchez, 2017).

Gracias a ese tipo de historias y a los menores precios que tenía la telegrafía a esas alturas, las ventas de los diarios se dispararon. La guerra ya era un buen negocio y por ende Hearst se involucró a fondo en ella.

Públicamente, comenzó a recolectar dinero en Nueva York, a fin de ayudar a los rebeldes cubanos, y compró un yate para tener un sistema de comunicación que permitiera hacer llegar las noticias más rápidamente desde Cuba hacia Miami.

Si en San Francisco y Nueva York Hearst había deslumbrado con sus innovaciones en cuanto a contenidos y presentación, ahora derechamente mezclaba realidad con ficción, y ello generó

consecuencias de gran entidad: “En este sentido, la obra maestra del periodismo amarillo se puede decir que fue la guerra de los Estados Unidos contra España, que si para Norteamérica no representó más que un paseo militar, para España supuso el trágico y lamentable final del imperio”, dice Bermeosolo (1962b, p. 226).

El cómo lo logró Hearst es casi de manual: ya en 1896, cumpliendo con aquello de “yo pondré la guerra”, su diario comenzó a recabar entrevistas con políticos de todo sino, forzándolos a pronunciarse a favor de una intervención de EEUU en Cuba, mientras día a día se entregaban informaciones acerca de 400 mil “nativos” muertos por el hambre en la isla, de la mano del jefe militar español de la isla, el general Valeriano Weyler, a quien Hearst apodaba en sus diarios como “El carnicero”.

A inicios de 1898 Hearst ya pedía derechamente una intervención militar en Cuba (postura en la cual lo apoyaba el *World* de Pulitzer, mientras que los diarios serios de la ciudad eran contrarios a ella) y los hechos llegaron a su punto cúlmine el 15 de febrero de 1898, cuando el buque de guerra estadounidense *Maine*, anclado en la bahía de La Habana para una supuesta visita de cortesía, sufrió una explosión que costó la vida a unos 260 de sus tripulantes.

Como señala Bermeosolo, España era la potencia que menos interés tenía en provocar al gigante norteamericano. La primera editorial del *Journal* al respecto fue cautelosa y decía que se sospechaba de un accidente, lo que se vio refrendado por las informaciones oficiales.

No obstante, Hearst quería una guerra, su propia guerra, y el 17 de febrero, el *Journal* lo dijo claramente en su titular principal: “Destruction of the war ship Maine was the work of enemy” (Sin autor, 1898, p .1).

A ambos lados de la portada se ofrecían recompensas de 50 mil dólares por la identidad de quien había causado la explosión y al centro de la página, a todo lo ancho de esta, figuraba una ilustración del barco y la demostración de cómo una mina submarina o un torpedo lo habían atacado.

Cuando el presidente de Estados Unidos anunció que el accidente del Maine ocurrió debido a un recalentamiento del carbón, que ocasionó a su vez la explosión del pañol donde se guardaban los explosivos, Hearst reaccionó indignado por medio de sus diarios y siguió presionando, hasta que el mandatario cedió y efectuó una serie de demandas a España que, de no ser satisfechas, significarían la guerra. Por supuesto, las demandas no se cumplieron y así fue como a fines de abril de 1898 el congreso de E.E.U.U. aprobó la declaración de guerra.

Hearst, ansioso por ser parte de los acontecimientos, partió a Cuba en un yate que arrendó para ese efecto junto a otras embarcaciones, en las cuales llevó decenas de periodistas, ilustradores, una prensa, un cuarto oscuro e incluso a sus dos amantes.

Quería ser corresponsal de guerra y, con una pistola en una mano, dictó a sus secretarias párrafos como este: “huele en el valle a cuerpos en descomposición de los soldados españoles. Los primeros buitres han probado la carne de los españoles en la venenosa jungla de Santiago” (Leguineche & Sánchez, 2017). Asimismo, instó a sus periodistas, como Creelman, a batirse en combate y dejar de sere observadores imparciales, como había sucedido con Russell. Creelman, de hecho, resultó herido a bala en una batalla y cuando estaba siendo atendido, escuchó la voz de Hearst a su lado, exigiéndole la crónica correspondiente y diciéndole que quedaba una hora para la hora del cierre del diario.

La guerra culminó cuatro meses más tarde y, a consecuencias de ella, además de miles de muertes, España perdió las escasas colonias que le quedaban, entre ellas Filipinas, Puerto Rico, Guam y por cierto Cuba.

No sería la última actuación polémica de los medios de Hearst. En 1901, luego de la reelección del presidente William McKinley, Ambrose Bierce escribió una violenta editorial acerca del mandatario, en la cual decía que “si hace falta que las instituciones y los malos hombres desaparezcan aunque sea por asesinato, entonces habrá que matarlos” (Leguineche & Sánchez, 2017).

En septiembre de 1901, luego de que el anarquista León Czolgosz asesinara a McKinley, todas las miradas se volvieron en contra de Hearst, quien fue públicamente acusado de haber inducido el magnicidio.



El efecto péndulo

La guerra, los excesos periodísticos y las críticas de buena parte del público, los políticos y los demás medios, llevaron a Pulitzer a no seguir compitiendo con Hearst y, por el contrario, intentar enmendar su camino. De ese modo, y aunque siguió siendo dueño de diarios hasta la década de los '30, su principal preocupación después de la guerra fue la fundación de la escuela de periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York, la primera de su tipo en el mundo.

En su ensayo *Sobre el periodismo*, Pulitzer reflexionaba que “sin unos ideales éticos, un periódico podrá ser divertido y tener éxito, pero no solo perderá su espléndida oportunidad de ser

un servicio público, sino que correrá el riesgo de convertirse en un verdadero peligro para la comunidad” (2015).

Las esquirolas de la guerra mediática emprendida por Hearst alcanzaron a todo el mundo y generaron un efecto pendular, pues a inicios del siglo XX la mayoría de los diarios querían alejarse del amarillismo y ser considerados imparciales y serios. La mejor síntesis de aquello fue la escrita por Charles P. Scott, editor de uno de los diarios más prestigiosos y antiguos del mundo, el británico *The Guardian*, que en mayo de 1921, cuando dicho medio cumplió cien años, publicó un famoso ensayo titulado justamente *A hundred years*, que en su parte esencial dice: “Comment is free, but facts are sacred” (Scott, 2017).

Esa idea se vio perfeccionada algunos años más tarde, cuando dos estudiantes de la Universidad de Yale, Henry L. Luce y Briton Haden, lanzaron una revista originalmente llamada *Facts*, que luego mutó a *Time*, la que se basaba en una especie de recolección de noticias ya publicadas en otros medios, con el fin de “tamizar y organizar las noticias y agregarles antecedentes y perspectiva” (Santibáñez, 1974, p. 15).

A partir de esta iniciativa nació el llamado periodismo interpretativo, género periodístico que, como lo dice su nombre, intenta profundizar en las noticias, no solo relatando lo que pasó, sino también intentando explicar las razones de lo que aconteció por medio de tres mecanismos, que Santibáñez (1974, p. 33) detalla son la clarificación, la perspectiva y la significación.

Lo anterior obligó a quienes ejercían el periodismo interpretativo a abandonar la escritura aséptica impuesta por el esquema de la pirámide invertida y adoptar un punto de vista respecto de lo que estaban escribiendo, sobre la base de una tesis, para luego efectuar “una acumulación de hechos, afirmaciones, opiniones de entrevistados, y todo el producto de una labor de reporte e

investigación, ordenado en la misma secuencia que se planteó en el encabezamiento” (Santibáñez, 1974, p. 75).

Morfológicamente, el periodismo interpretativo implicó una desrigidización de la escritura, pero de todos modos esta siguió muy restringida, pues era muy raro el uso de figuras literarias o adjetivos.

Del mismo modo, a contar de inicios del siglo XX se fue imponiendo con mucha fuerza el uso de la tercera persona como la voz predominante en los textos periodísticos. El “yo” que usaban figuras como Nelly Bly o Ambrose Bierce comenzó a ser una *rara avis* en las redacciones, pues con la imposición de un periodismo más profesional y supuestamente desprovisto de compromisos ideológicos, se buscaba evitar los excesos cometidos por Hearst y sus huestes.

El periodismo en libros

Estas oleadas en que se fundieron el fin del periodismo amarillo al estilo Hearst y el inicio del periodismo interpretativo dieron lugar, además, a un nuevo género periodístico, que ya había dado sus primeros pasos en los periódicos de Hearst: el periodismo de investigación. Este tipo de periodismo tuvo su eclosión a fines del siglo XIX e inicios del XX, luego de que se consagrara como un fenómeno social la novela realista como un fenómeno social. Como sabemos, esta buscaba representar la realidad con la mayor verosimilitud posible, al tiempo que:

....estaba impregnada de consciencia histórica y sociológica; presentaba individuos concretos que actuaban en el ambiente social y que eran influidos por él, hasta el punto de que

la adecuación de las ficciones narrativas que tejían a la realidad social se convirtió en el eje principal de su valor artístico. (Chillón, 2014)

En ese contexto, el periodismo de investigación encontró que su vehículo natural, además de los diarios, eran los libros. Así, el primer libro de investigación periodística considerado como tal es *Standard Oil*, de Ida Tarbell. Inicialmente, fue una investigación entregada por capítulos (siguiendo el modelo de las novelas de folletín del siglo XIX) en la revista mensual McClure's.

El primer artículo de Tarbell sobre la todopoderosa compañía de petróleo perteneciente a David Rockefeller se publicó en el número de noviembre de 1902. En la editorial de enero de 1903, con la tercera entrega de la saga, el director del medio clamaba que:

La señorita Tarbell presenta a nuestros capitalistas conspirando intencionada y sibilinamente, con asesoramiento legal, para infringir la ley allá donde se les pone trabas y utilizándola torticeramente para mantener a raya a quienes osan interponerse en su camino. (Campos, 2015, p. 68)

Autora, entre otras, de biografías de Abraham Lincoln y Napoleón Bonaparte, la periodista pasó cerca de tres años investigando los negocios de Rockefeller y sus asociados (a quienes entrevistó extensamente), para publicar al final una serie de reportajes que se extendieron por dos años. “In november 1904, as the series finished, the history of the Standard Oil Company was published in two volumes –complete with 64 appendices of documentation, filling 241 pages” (Brady, 2016).

Claro, ese era el final lógico para dichas investigaciones, ante el resonante éxito que tuvieron las publicaciones acerca de los abusos cometidos por la empresa de Rockefeller.

La publicación del libro de Tarbell abrió el camino para que otros periodistas y medios hicieran lo mismo y quizá el experimento más interesante en dicho sentido fue *La jungla*, de Upton Sinclair,

publicado en 36 entregas (desde el 28 de febrero al 04 de noviembre de 1905) en el periódico de corte socialista *Appeal to reason*.

Para escribir el libro, el periodista pasó siete semanas indagando el mundo de los mataderos de Chicago, entre noviembre y diciembre de 1904, según relata Gottesman (Sinclair, 2006) y el resultado fue una novela llena de datos exactos acerca de la producción de la carne, las repugnantes condiciones en que esta se procesaba, la accidentabilidad de los mataderos y de la vida de quienes trabajaban allí, inmigrantes de Europa del Este, en su mayoría.

Sin embargo, no era un relato completamente “puro” desde la perspectiva periodística. El protagonista, el joven trabajador lituano Jurgis Rudnuk, así como los demás personajes que lo rodeaban, eran una ficción, una suerte de fusión de una serie de personas que Sinclair había conocido en Chicago, gracias a las cuales pudo construir una serie de caracteres bastante específicos, que daban cuenta de las penurias de la industria. El éxito fue inmediato y solo un año después, el 26 de febrero de 1906, *The jungle* se publicaba como libro, por parte de la editorial Doubleday.

Aunque recibió una serie de críticas de parte de sectores industriales sobre el sesgo de la novela (en cuyo final el protagonista encuentra la redención en el socialismo) y “no es un documento verídico, puesto que no rinde cuenta fiel de hechos auténticos” (Chillón, 2014), el mismo académico plantea que, sin embargo, “no hay duda de que se trata de una representación verdadera —urdida mediante los procedimientos de representación propios de la verosimilitud realista— de situaciones reales” (2014).

El éxito más perdurable del libro fue conseguir que el presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, un declarado enemigo del periodismo de investigación⁴, se comprometiera a investigar las denuncias contenidas en el libro, especialmente las relativas a la inexistente higiene en los procesos de producción de carne.

Gracias a ello, el Congreso de EE.UU. dictó (en junio de 1906) la Pure Food and Drugs Act y la Meat Inspection Act (Gottesman, citado en Sinclair, 2006), antecedente inmediato de lo que más tarde sería la Food and Drugs Administration (FDA), la entidad encargada de los controles y autorizaciones de los alimentos y las drogas en Estados Unidos, que hoy en día establece el estándar mundial en la materia.

Otro gran expositor de la tendencia de publicar periodismo en formato de libros fue Jack London, quien si bien trascendió a nivel histórico por su trabajo de ficción, escribió un gran libro de crónicas periodísticas, *Gente del abismo*, que fue publicado en 1903, y que narra la vida en los sectores marginales del East End de Londres.

Unos 30 años más tarde, otro periodista alcanzaría el estrellato con sus relatos de no ficción: Ernest Hemingway, uno de los más famosos corresponsales extranjeros de que se tenga memoria, autor de numerosos reportajes para todas las grandes revistas de Estados Unidos y otros medios. Sin embargo, decir “no ficción” en su caso es un tanto temerario, pues no dudaba en mezclar ficción con realidad y, desde ese punto de vista, no sorprende que Tomás Eloy Martínez haya decidido usar un párrafo suyo como primer epígrafe de *La Novela de Perón*.

⁴ En 1906, Roosevelt acusó a los periodistas de investigación de ser “muckrackers”, buscadores de basura, haciendo un paragon con uno de los personajes de la novela *The Pilgrim’s progress*. Hasta hoy en día, los periodistas de investigación norteamericanos se autodenominan, con mucho orgullo, como “muckrackers”.

Como explica White (citado por Chillón, 2014), durante su carrera Hemingway “tomó piezas que en principio había escrito para magazines y periódicos y las publicó casi sin ningún cambio como narraciones de ficción en sus propios libros”. Frente a ello, Chillón precisa que “hay una frágil, a veces imperceptible línea de demarcación entre los reportajes y las narraciones de ficción de Hemingway”, agregando que en su caso “lo ficticio y lo facticio son apenas discernibles” (2014).

Algo semejante sucedió también con John Dos Passos, quien aparte de escribir importantes reportajes novelados, como *Ante la Silla eléctrica, la verdadera historia de Sacco y Vanzetti*, creó clásicos de la literatura, como su trilogía USA, utilizando noticias reales que mezclaba con hechos ficticios.

Esa mixtura entre ficción y realidad perduró algunos años, mutando luego hacia lo que a juicio de Chillón son las “novelas-reportaje”, libros de no ficción indistinguibles de las novelas basadas en argumentos puramente ficticios. Según él, las “novelas-reportaje” eran básicamente:

Un derivado innovador del reportaje novelado⁵ basado en la conjugación del rigor documental con el uso de convenciones de representación características de la tradición novelística de signo realista perfilada en el siglo XIX por escritores como Stendhal, Flaubert, Maupassant, Tolstoi, Galdós, Dostoievski o Henry James (Chillón, 2015).

Probablemente la obra cumbre en este sentido es *Hiroshima*, del periodista estadounidense John Hersey, quien en 1946 escribió para la Revista *New Yorker*⁶ una extensa novela reportaje, que

⁵ El “reportaje novelado” es, a juicio de Chillón, un texto periodístico extenso que incluye en su estructura algunas características literarias. La “novela-reportaje”, en tanto, se refiere a un texto escrito del mismo modo que una novela, pero cuyos contenidos no son ficcionales.

⁶ Es necesario hacer notar que tres piezas maestras de la literatura mundial contemporánea nacieron como reportajes seriados en la revista *New Yorker*. Además de *Hiroshima*, lo mismo sucedió con el libro que sirve de sustento teórico a esta tesis, *Eichmann en Jerusalem*, y *A Sangre fría*, de Truman Capote.

mostraba lo que había sucedido con los habitantes de Hiroshima horas y días después de la explosión nuclear de 1945.

Dicho libro, que no contiene rastro alguno de ficcionalidad, tampoco era una pieza de periodismo clásico. Por el contrario. Así comienza:

Exactamente a las ocho y quince minutos de la mañana, hora japonesa, el 6 de agosto de 1945, en el momento en que la bomba atómica relampagueó sobre Hiroshima, la señorita Toshiko Sasaki, empleada del departamento de personal de la Fábrica Oriental de Estaño, acababa de ocupar su puesto en la oficina de la planta y estaba girando la cabeza para hablar con la chica del escritorio vecino. (Hersey, 2015, p. 25)

Como lo reconocerían Capote y Wolfe, entre otros, ese libro fue un antecedente inmediato de lo que se conoce indistintamente como “Periodismo de no ficción”, “novela de no ficción” o “Nuevo periodismo”.

El Nuevo periodismo

Al respecto, Weingarten (2013) entrega una versión un tanto romantizada respecto del origen de esta tendencia, que es fundamental en lo que será posteriormente el trabajo literario de Tomás Eloy Martínez, al señalar que:

Wolfe y muchos de sus contemporáneos reconocieron —algunos antes que la gran mayoría— un hecho destacado en el acontecer de los años sesenta: las herramientas tradicionales con que se realizaban los reportajes resultaban inadecuadas a la hora de cubrir los

tremendos cambios culturales y sociales de aquella época. La guerra, los asesinatos, el *rock*, las drogas, los *hippies*, los Yippies, Nixon: ¿cómo podía un reportero tradicional, que se ajustaba tan solo a los hechos, proporcionar un orden claro y simétrico a semejante caos? (Weingarten, 2013).

Hay que hacer notar que cuando Weingarten habla de “reportaje” está aludiendo básicamente a un texto de cierta extensión y desarrollado sobre la base de lo que ya hemos explicado se definía como “periodismo interpretativo”.

A diferencia de lo anterior, Wolfe sitúa los inicios de la novela de no ficción en razones bastante más pedestres y mucho más egóticas que las anteriores, al señalar que los periodistas que ejercían el periodismo interpretativo en realidad consideraban a los diarios como una suerte de peldaño necesario para reunir dinero y experiencia y luego, en algún momento, renunciar al oficio para encerrarse en una cabaña en la cual “trabajar día y noche durante seis meses, e iluminar el cielo con el triunfo final. El triunfo final se solía llamar La Novela” (Wolfe, 2012, p. 13)⁷.

Claro. Toda esa camada de grandes periodistas de mediados del siglo XX que se concentraba en los diarios y revistas de Nueva York (como el mismo Wolfe, además de otros como Gay Talese, Jimmy Breslin, Phillip Roth, Norman Mailer y Truman Capote, entre muchos), aspiraba a emular a los grandes escritores estadounidenses, como Hemingway, Fitzgerald o John Dos Passos.

En ese contexto, Wolfe explica que a inicios de los años '60 en lo que denomina “las esferas del reportaje”, surgió la idea de “hacer posible un periodismo que... se leyera igual que una novela.

⁷ En todo su libro, Wolfe usa las mayúsculas para referirse a “La Novela”, dando a entender de ese modo que lo que se estaba buscando era una suerte de novela canónica, única, irrepetible y aclamada.

Igual que una novela, a ver si ustedes me entienden. Era la más sincera fórmula de homenaje a La Novela y a esos gigantes, los novelistas, desde luego” (Wolfe, 2012, p. 18).

Estos temas se verán con detalle en los siguientes capítulos de esta tesis, pero de momento es necesario decir que el “Nuevo Periodismo”, practicado básicamente en revistas como *The New Yorker* o *Vanity Fair*, implicaba escribir sobre hechos no ficticios, utilizando para ellos herramientas literarias, las que Tom Wolfe (2012) denominaba “procedimientos” y que según explica son cuatro: la construcción escena por escena, el uso de diálogos, el punto de vista en tercera persona y la descripción de gestos, detalles y hábitos cotidianos (aunque, como veremos en el capítulo siguiente, son muchos más).

Con lo anterior y otras técnicas más, se buscaba crear el efecto de verosimilitud de las novelas del siglo XIX e inicios del XX, y su máximo éxito fue *A Sangre Fría*, el libro de Truman Capote (inicialmente publicado en una serie de cuatro capítulos en *The New Yorker*) que, según Chillón (2015), “demostró que la novela de no ficción o novela-reportaje podía conjugar el rigor documental con las exigencias artísticas de la novela realista”.

El origen latinoamericano

Ahora bien, hay un detalle que Wolfe probablemente ni siquiera sospechó alguna vez: que esa idea tan brillante (y simple) de escribir periodismo en forma literaria había surgido varios años antes de los sesenta en América Latina y que el primer periodista que tuvo la osadía de hacer algo semejante fue nada menos que Gabriel García Márquez, con *Relato de un naufrago*, publicada en

1955 como una serie de 14 capítulos en el diario *El Espectador* de Bogotá, hecho que para Tomás Eloy Martínez es el verdadero punto de inicio del Nuevo Periodismo⁸.

A ello se suma que la primera novela de no ficción propiamente tal publicada como libro, fue *Operación Masacre* (1957), escrita por el periodista argentino Rodolfo Walsh.

Basta leer algunos párrafos de la entrevista de Tomás Eloy Martínez a Perón para entender de inmediato que el periodista argentino ya estaba en esas fechas experimentado con la mixtura entre periodismo y literatura, influido, como hemos dicho, por la idea de trasgresión que reinaba en la sala de redacción de Primera Plana, lo que se vería reforzado después por el contacto con otros escritores que estaban forzando los límites del lenguaje, como el mismo García Márquez.

En efecto, y volviendo a la entrevista a Perón en 1966, es significativo que, a diferencia de cualquier texto periodístico clásico, esta comenzara sin un lead o sin el planteamiento de una tesis, como lo exigiría el periodismo interpretativo, sino que fuera más cercana al inicio de una novela o cuento de suspenso:

En la noche del domingo 26, Perón recibió en la Puerta de Hierro un cable que decía textualmente: “Llegaré a Madrid entre el veintiocho y el veintinueve, pero probablemente anticiparé viaje veinticuatro horas”. Era la comunicación oficial de que el alzamiento contra Illia iba a estallar. (Martínez, 1966)

El párrafo final, en tanto, se internaba en meandros que para muchos periodistas eran detalles insignificantes, incluyendo una descripción de la temperatura ambiental y el color del auto en que se iba Perón desde la oficina donde era entrevistado, datos que ciertamente no tienen relevancia

⁸ A favor de Wolfe debemos comentar que *Relato de un naufrago* recién se publicó como libro en 1970.

alguna frente a los hechos esenciales del relato. Además, aparecía un elemento que de algún modo desafiaba completamente la ortodoxia periodística: la inclusión del periodista en el relato.

Como ya está dicho, en la mayoría de periodismo imperante en los años '50 y '60 en todo el mundo, después de la desastrosa incursión de los periodistas como actores en la guerra entre Estados Unidos y España, se consideraba que el periodista debía ser un observador externo de los acontecimientos, cuya voz no debía siquiera aparecer en el texto. Por eso, era muy frecuente que la mayoría de los textos ni siquiera fueran firmados. Sin embargo, Martínez no dudó en mostrarse en el artículo que escribió, incorporando así un personaje adicional al texto:

Afuera, la noche de pesado calor había caído sobre Madrid, y Perón, acompañado por Jorge Antonio, hizo atisbar la entrada de la casa del Paseo de la Castellana, y sorteando la vigilancia del periodista se escabulló en un automóvil verde.

A pocos metros, en la Embajada Argentina, Gauna acababa de anunciar que si el Gobierno de Illia había cesado en su misión, la del representante argentino también llegaba a su fin. (Martínez, 1966)

Tras dicha entrevista Martínez siguió en contacto con Perón y “cada vez que yo pasaba por Madrid, lo llamaba por teléfono para preguntarle por su salud y sus planes políticos. Dejábamos caer un par de frases triviales y eso era todo” contaría años más tarde (Martínez, 2009b).

Aquello podría interpretarse como un gesto de amistad desde el escritor hacia el ex mandatario, pero cualquier periodista con alguna experiencia entenderá esos gestos en función de uno de los pilares del oficio: la consecución y mantención de fuentes informativas.

En efecto, sin fuentes que le provean de información ya sea en *on* o en *off*, un periodista no tiene material para escribir⁹. Las fuentes, como es obvio, son personas que por distintos motivos tienen acceso a información generalmente privilegiada y cualquier reportero con algo de sagacidad sabe que las fuentes deben ser cultivadas, que se debe invertir tiempo en ellas para, de ese modo, obtener información cuando sea necesario.

Ante ello, parece evidente que Martínez se dio cuenta que ese Perón exiliado, despreciado por Franco e incluso medio olvidado en la Argentina en los años '60, era una fuente excepcional y no dejó de trabajar en aquella relación.

Primera Plana dejó de existir en 1969, cuando fue clausurada por Onganía, pero Martínez rápidamente encontró trabajo en la revista *Panorama*, editada por la empresa Abril, la que dio cobijo a una buena cantidad de los periodistas que habían quedado cesantes tras el cierre de *Primera Plana*, pero no solo eso. Martínez obtuvo un empleo soñado: corresponsal en Europa. Gracias a ello, se instaló definitivamente en París y comenzó a efectuar despachos noticiosos hacia Buenos Aires, al tiempo que estudiaba una maestría en Literatura en la Universidad Paris VII.

Aprovechando su residencia en Francia y el contacto que había cultivado con Perón en los últimos cuatro años, el entonces director de *Panorama*, Norberto Firpo, sugirió entonces a Martínez que entrevistara al ex presidente en forma más extensa. De ese modo, en febrero de 1970, el periodista lo llamó desde París hasta su residencia de Puerta de Hierro, indicándole que “quisiera verlo y conversar dos o tres horas con usted” (Martínez, 2014b, p. 7).

⁹ La mención a hablar “en off” se refiere a datos que se cuentan “off the record”; es decir, que no quedan grabados y que por ende no pueden ser atribuidos a una fuente en particular, pero que pueden ser utilizados por el periodista, salvo que la fuente indique lo contrario.

El caudillo le respondió que no podría hasta fines de marzo, pues tenía que someterse a una operación de extracción de cálculos biliares. Tras sacar algunas cuentas, Perón lo citó para el 26 de marzo de 1970, a las 8.00 horas. Luego le preguntó sobre qué quería hablar con él. Martínez le respondió que “me gustaría que me cuente su vida, desde el principio” (Martínez, 2014b, p. 8).

Sin dudas, como un presagio de la trascendencia de esa entrevista y conociendo además al personaje, el periodista argentino viajó junto al poeta César Fernández Moreno, “que iba a officiar como testigo” (Martínez, 2009b).

De ese modo, permanecieron con Perón desde el 26 al 29 de marzo de 1970, grabando las memorias que éste había dictado en las semanas previas a su secretario, José López Rega. Cabe mencionar que durante el primer encuentro entre Martínez y Perón López Rega, conocido también como “El brujo”, “El secretario” o “Daniel” aún no estaba instalado al lado del caudillo¹⁰.

No obstante, para 1970 López Rega ya se había enquistado a la diestra de Perón y Martínez sabía a la perfección quien era ese extraño personaje, que desde que comenzara a hacerse notar en España, se había convertido en el blanco de la curiosidad del círculo de corresponsales extranjeros acreditados en Madrid, todo lo cual relataría años más tarde Martínez en el capítulo “Ascenso, triunfo, decadencia y derrota de José López Rega”, incluido en *Las memorias del general* (Martínez, 1996) y en *Las vidas del general* (Martínez, 2009b).

Allí, el autor cuenta que hacia 1968 los corresponsales extranjeros acreditados en Madrid “habían reconstruido su biografía completa, con tanta precisión en los detalles que todavía es para mí un misterio la forma cómo esos datos fueron alterados por cierta prensa habitualmente certera” (Martínez, 2009b), agregando que López aspiraba a fundar una nueva religión y que “no soy el

¹⁰ De hecho, en la entrevista de 1966 se explica que el secretario personal de Perón era un tal Giménez.

único ante quien se definió en Madrid como un hacedor de milagros, capaz de resucitar a los muertos y leer los pensamientos ajenos” (Martínez, 2009b).

Ese capítulo de no ficción que Martínez dedica a López Rega, de hecho, está repleto de antecedentes pintorescos sobre tan estrafalario personaje, como el de la supuesta fábrica de agua de la eterna juventud que se decía estaba montando en Brasil hacia los inicios de los años '70, su creencia en que los humanos eran manejados por claves musicales y “la costumbre de tutear a todos los visitantes, aún a los más encumbrados, y de inmiscuirse hasta en las conversaciones reservadas de Perón” (Martínez, 2009b).

De ese modo, y con “El Brujo” como mediador, Martínez comenzó a grabar las memorias que le dictaba el ex militar a través de la voz de López Rega, lo que ciertamente llenaba de peculiaridades el momento:

A veces, Perón incorporaba digresiones al relato e iba llenando los vacíos de lo que López leía. Otras veces, el mayordomo corregía los recuerdos de Perón o los aderezaba con comentarios insólitos. Cada tarde, cuando la atención del General declinaba y el cansancio iba apagándole las facciones, López Rega se apoderaba de la conversación y fingía ser Perón. No imitaba su voz cascada ni el énfasis de su discurso. Iba más allá: decía “yo” cuando ese yo era el de su jefe. (Martínez, 2009b)

Sin embargo, no se trata solo de ello. López Rega no dudaba en intervenir incluso en la historia íntima de su jefe, introduciéndose en ellas. La noche del 27 de marzo, leyendo las memorias que supuestamente le había dictado Perón, López leyó lo siguiente ante Martínez y Fernández:

Tan compenetrado estaba yo de mi papel, que cuando murió el general Bartolomé Mitre, a comienzos de 1906, llevé al velorio a toda la familia. Caminamos las dos cuabras que había

entre la casa de Mitre y la de mi abuela a paso de entierro: yo iba delante de todos. Detrás venían mi abuela y mis tías y, siguiéndolas, mis primos y López Rega. Nos detuvimos en la capilla ardiente para rendir homenaje al prócer, y yo firmé el libro de visitas. Mi firma de niño que aún no había cumplido nueve años ha de seguir estampada en ese libro histórico. (Martínez, 2009, p. 32)

El periodista y su acompañante quedaron paralizados al escuchar eso. Ambos sabían que López llevaba solo algunos años al servicio del caudillo, pero además “se describió a sí mismo acompañándolo al velorio de Bartolomé Mitre, en 1906, lo que era virtualmente imposible porque el mayordomo había nacido en 1916” (Martínez, 2009b).

Ante ello, Martínez interrumpió a López, y dirigiéndose a Perón señaló “no sé si entendí bien lo que López Rega acaba de leer. Entendí que él formaba parte de ese cortejo familiar” (Martínez, 2009b) acotó.

Para su sorpresa, López respondió que así era. Frente a una mentira tan flagrante, el periodista le hizo presente a Perón lo que estaba ocurriendo.

Tomas Eloy Martínez: —Debe tratarse de un error, general. Según mis apuntes, López Rega nació en 1916. Mitre murió diez años antes.

José López Rega: —*No es un error. Yo estaba allí. ¿Es así, general?*

Perón: —Así es, López, como usted dice, Siga nomás leyendo. (Martínez, 2009b)¹¹

Años más tarde, Martínez imaginó en *La Novela de Perón* la conversación que seguramente hubo antes de esta escena, cuando López Rega se introdujo en la biografía familiar de Perón,

¹¹ El uso de las itálicas corresponde al texto original, en el cual se utilizaron para distinguir las voces de López Rega y de Perón, según como aparecen en los audios de las grabaciones efectuadas en Madrid en 1970.

incluso desafiando la más simple lógica, aquella relativa al año de su nacimiento y el año en que murió Mitre, y convenciéndolo de que los hechos habían ocurrido de ese modo:

«Piense, mi General: remóntese. Enero de 1906. Nos vistieron de negro, y por si fuera poco, nos ensartaron en el brazo un moño de luto. Así, las tías Vicenta y Baldomera nos llevaron a rezar en la capilla ardiente del general Bartolomé Mitre: usted y yo caminábamos adelante; la prima María Amelia y el primo Julio nos seguían muy serios, tomados de la mano. Baldomera se atrevió a besar la frente del grande hombre. Los demás fuimos a firmar el libro de dolientes, recuérdelo...» Y el General respondía: «Ahora que usted lo ha dicho, lo recuerdo como en una bruma. Pero no veo sino a los primos. Yo iba solo adelante, abriéndome paso entre las muchedumbres que lloraban. Buenos Aires parecía un camposanto. Sudábamos a chorros y nos ahogaba el calor de tantas flores. Y usted, ¿qué hacía usted allí, López? ¿Cuántos años tenía?». El secretario nunca contestaba. (Martínez, 2015, pp. 68-69)

Tomás Eloy Martínez estuvo cerca de una semana trabajando en las memorias, pero al hacerlo se dio cuenta de que aparte de las curiosas intervenciones de López Rega existían numerosas tergiversaciones y omisiones de hechos que resultaban fundamentales para entender la figura de Perón.

Por lo mismo, al terminar la transcripción de lo que le habían dictado, le mandó un borrador que contenía una serie de notas al pie de página, en las cuales indicaba las correcciones que había que hacer, a su juicio. Perón nunca le respondió sobre aquello, salvo por una breve mención respecto del velorio de Mitre, y las memorias aparecieron tal como se las habían transmitido, en la edición del 14 de abril de 1970 de *Panorama*.

El 21 y el 28, en tanto, se publicaron en el mismo semanario algunos fragmentos de las conversaciones que en algunos momentos el autor logró mantener con Perón sin la presencia de López, especialmente acerca de Evita.

En mayo, como recordaría Martínez en *Las vidas del general*, llamó desde París a Perón para preguntarle si estaba de acuerdo con lo publicado. El general replicó que sí y que “ésas son mis memorias canónicas” (Martínez, 2009b).

Yo no estaba satisfecho, en cambio. Me parecía que el texto tenía demasiadas lagunas y que, como toda biografía autorizada, era demasiado servicial. Volví a la Argentina en los primeros meses de 1971, decidido a llenar los vacíos. (Martínez, 2009b)

Lo que Tomás Eloy Martínez comenzó a hallar era impresionante e incluía, por ejemplo, una copia del acta de matrimonio de los padres del caudillo, la cual dejaba en claro que este era —a diferencia de la especie propalada por él mismo— un hijo ilegítimo, lo que habría impedido su entrada al Ejército, de haberse sabido en su momento.

El problema mayúsculo es que muchas otras cosas no eran tan claras como en ese caso. Martínez se fue encontrando con detalles que no calzaban o respecto de los cuales había dos o más versiones.

Pero cuanto más investigaba, más se me confundían las verdades. Los documentos y, con frecuencia, también los recuerdos de los testigos, contradecían a tal punto lo que Perón o los investigadores de Perón habían sancionado como verdad que a veces yo creía estar ante dos personajes distintos. (Martínez, 2009b)

Uno de esos hechos tiene que ver, por ejemplo, con una supuesta destinación de Perón a un lugar cercano a Tucumán. Un capitán del Ejército aseguró que él había estado junto a Perón en un pueblo de dicha zona en 1918, pero no había rastros de eso en los archivos del Ejército. Ante ello,

Martínez viajó al lugar y encontró testigos que incluso le mostraron la casa donde el presidente habría vivido, mientras otros vecinos aseguraban que eso era falso y que Perón nunca había estado en ese sitio.

Del mismo modo, Martínez indagó en el papel de Perón como espía en Chile y en otros hechos controvertidos de su vida, y una vez que tuvo una serie de datos respecto del pasado del caudillo, que este no había incluido en la versión de su vida que le había contado por medio de López Rega, en septiembre de 1971 envió una carta a Perón, en la cual pedía autorización para realizar una versión “anotada” de las memorias, incorporando a ellas sus descubrimientos. Obviamente, no consiguió respuesta alguna. Insistió un par de veces, hasta que en marzo de 1972 un emisario del ex militar le dijo que “el general quería dejar las memorias tal como habían salido en Panorama” (Martínez, 2009b).

A esas alturas, Martínez ya tenía claro que las herramientas del periodismo no eran suficientes para lidiar con un personaje como Perón y por ende, luego de la renuencia del caudillo a incorporar elementos más objetivos en sus memorias, decidió escribir un libro sobre Perón que estaba lleno de elementos ficticios, buscando trabajar los datos que él manejaba, con el fin de que estos “construyeran un retrato de Perón que a mí me parecía el verdadero” (Neyret, 2002). Por cierto, no tuvo que esforzarse mucho para encontrar un modelo en dicho sentido:

The legendary Argentine writer Domingo Sarmiento, in his classic book *Facundo*, imposed an imaginary version of history through the idea that the real Facundo is the Facundo of his book, who is totally different from the historical Facundo. But the Facundo of his book is the one who prevails in the imagination of the nation now. I found this very interesting. Taking that idea from Sarmiento I wrote *The Peron Novel*, and I think I had some success because the Peron

that people are thinking of in my country today is the Peron of my novel, not the Peron of history. (Martínez, 2005, p. 26)

De este modo, la ficcionalización de muchos detalles, así como la inclusión de datos reales sobre Perón que este se negó a incorporar en las memorias, fueron los cimientos sobre los cuales construyó su libro, el cual innegablemente constituye, también, un “desquite” hacia el ex gobernante, un ajuste de cuentas por su falta de apego a la verdad y la historia, aunque, como veremos más adelante, no es lo único.

Mi idea inicial, al escribir el libro, es que Perón, a quien yo entrevisté, me hizo vehículo de la construcción de un monumento histórico que yo sé que es falso. Entonces, con las herramientas que he reunido para completar ese monumento histórico, voy a tratar de demostrarle a los argentinos, que durante más de cuarenta años en aquel momento, a la salida de la novela, vivieron a la sombra de Perón y de su ideología —y aún ahora, porque aunque su ideología esté transformada, el peronismo continúa—, como un acto de justicia, una imagen de Perón que correspondiese con la imagen verdadera. (Neyret, 2002)

Así, huyendo de las restricciones de la versión de Perón y López, *La novela de Perón* se centra en el vuelo que el antiguo mandatario emprende a mediados de 1973 desde Madrid a Buenos Aires, luego de que el justicialismo retomara el poder ese año de la mano del presidente Héctor Cámpora, quien acompañaría a Perón de regreso a Argentina, luego de un exilio de 18 años.

Ese viaje transoceánico es una amalgama que permitió al autor contar en forma simultánea, y con diversas voces, tres líneas narrativas que se van entrecruzando: la vida de Perón y la influencia de López Rega, el viaje en sí mismo, y los acontecimientos que a la misma hora están sucediendo en tierra, centrados en los grupos de militantes de las FAR y escuadrones paramilitares

de derecha, los cuales culminan con la matanza de Ezeiza, que dejó 13 muertos y más de 300 heridos.

Los hechos de Trelew

Antes de ello, en agosto de 1972, se produjo en Trelew, en el sur de Argentina, una de las peores matanzas de la historia de ese país, cuando 16 presos políticos fueron acribillados en el penal de ese poblado. Martínez, que a esas alturas ya era el director de *Panorama*, tenía lista una edición con los hechos esenciales, hasta que la madrugada del 21 de agosto tuvo datos concretos sobre la ejecución cometida por parte de militares. Ante ello, escribió un texto en el cual decía, entre otras cosas, que “un Estado que tiene fe en la eficacia de la justicia no puede responder al terror con el terror” (Martínez, 2009).

Tal como se estilaba en aquellos tiempos temerosos, todos los diarios reprodujeron solo la versión oficial distribuida por el comando de la zona 13 de emergencia, y mi texto desentonó como un solo de batería en un entierro de angelitos. El capitán de navío Emilio Eduardo Massera llamó al dueño de la editorial para sugerirle que me despidieran, y el 24 de agosto de 1974 quedé sin trabajo. (Martínez, 2009)

Sin embargo, el periodista no alcanzó a estar mucho tiempo cesante. Apenas supo lo sucedido, Jacobo Timerman, que ahora dirigía el diario *La Opinión*, lo llamó y le ofreció trabajo. Martínez aceptó y en octubre viajó a Trelew a reportear *in situ* lo que había sucedido, producto de lo cual nació su primer libro de no ficción: *La pasión según Trelew*, un texto cuyo inicio no revela desde

ningún punto de vista que se trata de algo real y que, por el contrario, debido a la forma en que está escrito, más bien parece el inicio de una excelente novela de acción y misterio¹²:

Era una de esas ciudades en las que nunca pasaba nada: solo el viento. Los únicos temas de conversación de los vecinos eran las escaleras reales en las mesas de póquer, las películas de la televisión y los nacimientos de elefantes marinos en la península Valdés durante la primavera. Por las tierras amarillas del sur de la ciudad se desperezaba el río Chubut; del otro lado, en el páramo, había colinas bajas y matorrales de molles y jarillas. Nadie hubiera dicho que Trelew, fundada en 1865 por una caravana de expedicionarios galeses, iba a vivir historias que calentarían a sangre de la gente. (Martínez, 2009)

Si ya en vida de Perón Martínez fue censurado, su nuevo medio, *La Opinión*, tuvo que enfrentarse con el extremismo del sino opuesto, pues hacia fines de 1972 dos bombas fueron instaladas por el peronismo de ultraizquierda en la redacción de *La Opinión* y en la casa de Timerman.

Luego de ello, en noviembre de ese año, el veterano periodista anunció que se retiraba del diario y, por la seguridad de su familia, se mudaba a Israel, dejando a cargo del periódico a su hermano Abrasha, según relata Mochkovsky (2012).

Sin embargo, Jacobo Timerman solo alcanzó a estar alejado del diario durante cuatro meses, regresando a hacerse cargo del mismo en marzo de 1973, poco antes de las elecciones presidenciales que se celebraron el 11 de ese mes, en las cuales se impondría el hombre de fachada de Perón, Héctor Cámpora, a quien *La Opinión* apoyó tibiamente, aunque en el fondo muchos de

¹² Martínez publicó *Sagrado*, su primera novela, en 1969.

los periodistas estaban convencidos de que el nuevo peronismo que se instalaría sería de corte socialista.

Con Cámpora, subían al gobierno la Juventud Peronista y Montoneros, que tuvieron su epopeya la noche de la asunción, el 25 de mayo, cuando decenas de miles de personas rodearon la cárcel de Devoto para exigir la liberación de los presos políticos de la “Revolución Argentina”. (Mochkosvky, 2012).

Sin embargo, la orientación peronista de Timerman comenzó a cambiar cuando se enteró de los planes de algunos periodistas (encabezados por Rodolfo Walsh) para expropiar *La Opinión*, luego de una huelga que terminó en mayo de 1973 y que significó varios despidos. Pese a ello, Timerman, siempre vacilando entre un lado y otro en materias políticas, dio una esmirriada cobertura a la masacre de Ezeiza, hecho que solo fue marginalmente reportado en su diario, el cual "solo mencionó la violencia en un recuadro" (Mochkovsky, 2012).

Martínez, por su parte, logró sobrevivir a los despidos, entre otras cosas porque había quedado a cargo del suplemento cultural (donde había reemplazado a Juan Gelman), pero ya era un sospechoso a ojos de toda la derecha argentina. *La pasión de Trelew* salió a la venta en 1973 y se convirtió en un éxito inmediato. Hubo cinco reediciones del texto, pero en noviembre fue prohibido.

Más de doscientos ejemplares fueron quemados tres años después en la plaza de Córdoba en compañía de volúmenes escritos por Freud, Marx y Althusser, que ardían mucho mejor. Pocas personas quisieron retener copias de este libro durante los años crueles de la dictadura militar. Su lectura fue declarada subversiva por el jefe de policía de la Provincia de Buenos Aires. (Martínez, 2009)

Martínez, repudiado por los militares, ahora era objeto de una censura por parte del régimen de ese hombre que tantas veces lo había atendido en Madrid, al punto de confiarle la redacción de sus memorias pues a esas alturas Cámpora ya no ejercía la presidencia, la cual alcanzó a ocupar 49 días, tras los cuales renunció, a fin de ceder el espacio formal a Perón, quien el 12 de octubre asumiría su tercer periodo como presidente. En el intertanto, el gobernante de facto fue Raúl Lastiri, el yerno de José López Rega.

Si el periodista ya albergaba un resentimiento bastante profundo hacia el caudillo, producto de la versión falaz que le entregó acerca de su vida y de las mentiras y omisiones que esta contenía, ahora, más encima, la afrenta era directa. Ya no se trataba solo de haber sido manipulado mañosamente por una fuente noticiosa, riesgo al que cualquier periodista está afecto, sino de que esa misma fuente ahora lo atacaba, censurando su trabajo.

Por supuesto, eso no sería todo. A fines de 1973 comenzó a aparecer por todas partes de Argentina, pero especialmente en la metrópolis bonaerense, la Triple A, la Alianza Argentina Anticomunista, el escuadrón de la muerte creado por López Rega, y la eclosión de sus actividades, junto con la de las guerrillas de extrema izquierda que venían actuando desde antes, comenzó a sumir a Argentina en una inestabilidad cada vez peor, lo que se acrecentó cuando el 1 de mayo de 1974 Perón pronunció un famoso discurso en Plaza de Mayo, en el cual llamó “imberbes, traidores, estúpidos y mercenarios” (Mochkovsky, 2012) a los montoneros, sus anteriores aliados, ubicados en el ala de la ultraizquierda del peronismo y de quienes marcaría distancia a partir de los hechos de Ezeiza, los cuales —según la tesis que Martínez presente en *La Novela de Perón*— fueron orquestados por el peronismo de extrema derecha, encabezado por el propio López Rega y ejecutado por los primeros integrantes de la Triple A, justamente con ese objetivo: lograr que Perón dejara las indefiniciones y se alineara de una vez por todas con la derecha.

Ante ello, “Timerman dio su apoyo explícito a Perón. Compartía, otra vez, el paulatino vuelco de su público, que estaba harto de la violencia y veía en Perón el equilibrio necesario”, dice Mochkovsky, quien agrega que, pese a ello, el fundador de La Opinión esperaba que el general “neutralizara la peligrosa presencia de su secretario privado, José López Rega” (2012).

El hermetismo banal

El 1 de julio de 1974 Juan Domingo Perón, el principal caudillo de la Argentina moderna, murió de un infarto agudo al miocardio. Tras ello, su viuda,

“Isabelita”, asumió como presidenta de la República, aunque solo ejercía el cargo nominalmente, pues sin más títulos que el de cabo de la Policía Federal y sus supuestos conocimientos esotéricos, José López Rega, nombrado como Ministro de Bienestar Social y secretario presidencial, logró tenerla bajo su total dominio, utilizando lo que De Santis llama “hermetismo banal” (2010).

En parte alguna existe una definición de lo que De Santis comprende por tal, pero este autor define a López como “el maestro de ceremonias de la pesadilla” que se narra en *La Novela de Perón*, relevando su papel a un nivel de importancia que pocos estudiosos le han asignado, concentrados casi siempre en la figura del general. De hecho, De Santis argumenta al respecto que “al fin y al cabo los oficiantes del ocultismo y los novelistas trabajan de manera similar, buscando en la casualidad conspiración, en los destinos y en la proliferación informe de la realidad un diseño secreto”.

Basta leer un poco sobre la vida de López Rega, o revisar sus escritos, a fin de entender que él ni siquiera practicaba alguna doctrina hermética que poseyera raigambre o al menos una estructura que pareciera lógica. Por el contrario, sus escritos son una suma de galimatías inconexas, agrupaciones de palabras absurdas y extraídas de diversas corrientes esotéricas (como la kábala, el hermetismo egipcio, la teosofía, la astrología, etc.).

Es por ello que De Santis usa el concepto de “hermetismo banal”, para referirse a un supuesto hermetismo que no pasaría el más mínimo examen de alguien que al menos hubiera leído algo al respecto, lo que no era el caso de “Isabelita”, como es evidente.

Quizá el libro más conocido escrito por López Rega es “Astrología esotérica” (1962), el cual lleva un novelesco subtítulo entre paréntesis: “(secretos develados)”.

Con un lenguaje semejante al de cualquier libro barato de autoayuda, en su prólogo dice, entre otras cosas:

¡Pero DIOS, el SUPREMO ARQUITECTO, es plenamente justo y fue obscureciendo paulatinamente las mentes de aquellos que creyeron ser DUEÑOS ABSOLUTOS DEL CONOCIMIENTO DIVINO y en su egolatría olvidaron lo más elemental, el conocer que la mayor SABIDURÍA no reside en archivar tesoros y enseñanzas bajo SIETE LLAVES SECRETAS, sino abrir los SIETE SELLOS DEL ALMA en servicio de la HUMANIDAD en nombre de AQUEL que realmente es SABIO! (López, 1962, p. 10)

Luego de eso, se lanza en enrevesadas y absurdas explicaciones acerca de las correspondencias entre los colores y los signos del zodiaco; entre estos y la música, la pintura, la magia, Jesús, Buda, los perfumes, las formas del cuerpo humano según los grados del zodiaco y los planetas regentes, etc.

Aquí hay otro ejemplo de las supuestas ideas herméticas de López, proveniente de una grabación que Tomás Eloy Martínez conservaba de una conversación con él, en 1970:

Si uno recibe poder de Dios, hay que usarlo. No importa cómo se usa, porque si viene de Dios tiene que estar bien. Lo malo es que no se use. Porque si no se lo usa, se lo pierde. El enemigo es el enemigo, y hay que tratarlo así, con rigor. Hay hombres que son elegidos por Dios y otros de los que Dios ni se entera que existen. ¿Usted con quien quiere estar? ¿Con la masa o con los que amasan? (Martínez, 2009b)

El mismo Martínez recordaba que para 1971 López Rega ya se había convertido en el filtro absoluto de los Perón en Madrid, al punto que todos los llamados, pedidos de audiencia y cartas para ellos pasaban a través suyo. Por supuesto, como ya había quedado claro en la grabación de las memorias, se inmiscuía en todas las conversaciones y opinaba absolutamente de todo, pero además decía cosas absurdas, como esta que le mencionó en 1972, en una ocasión en que este pasó a ver a Perón: “Yo soy el pararrayos que detiene todos los males enviados contra esta casa. Cada vez soy menos López Rega y cada vez más soy la salud del general” (Martínez, 2009b).

Las presunciones de los corresponsables extranjeros en Madrid iban más lejos en 1972. Uno de ellos —cuyo nombre no diré— estaba dispuesto a probar que López Rega había elaborado un plan para convertir a Argentina en un campo de cultivo mágico, encaramándose —en la primera fase— sobre el vasto peso político y el carisma de Perón para poder conseguir, luego, que el poder le fuera transferido. (Martínez, 2009b).

Y claro, lo anterior no es lo único. Cuando Perón se encontraba en sus últimos meses de vida y todo su círculo cercano sabía ya que no había recuperación posible, López dijo que “en realidad,

el general es un faraón que debió haberse convertido en momia hace diez años; en todo este tiempo fui yo quien lo mantuvo vivo, pero mis fuerzas están tocando a su fin” (Kahn, 1979, p. 32)

En otro diálogo que Martínez sostuvo con López, en Madrid, en 1970, advirtió al cronista que Perón había perdido el poder en 1955, debido a que antes de combatirla no había recurrido al poder de “las Fuerzas inmateriales”. Ante ello, vaticinó que:

No volverá a ocurrir, dijo: el espíritu del General está inflamado ahora de energía electromagnética, y solo espera la llegada del Gran Año Planetario¹³ para emplear a fondo esa energía contra los enemigos. Leyó la incompreensión en mi cara y vi que los ojos se le endurecían. Me preguntó si dudaba de él. Le respondí que no se trataba de eso: simplemente, nos movíamos en distintas longitudes de onda. (Martínez, 2014)

Pese a lo ridículo de sus planteamientos, gracias a ellos conquistó plenamente a la viuda, una mujer simple y con poca educación que era aficionada al esoterismo y la superchería debido a su cercanía de juventud con la familia Cresto, “un matrimonio correntino que había abierto en Buenos Aires una escuela espiritista” (Larraquy, 2011, pp. 158-159¹⁴).

Es más: la primera vez que López Rega pudo hablar con ella a solas, en 1965, le vaticinó que el regreso de Perón a Argentina sería “un triunfo espiritual” (Larraquy, 2011, pp. 158-159) y le explicó cómo había intentado absorber el mal del cuerpo moribundo de Evita¹⁵, prometiéndole que en algún momento le transferiría el espíritu de la difunta, promesa que, como ya está relatado, Tomás Eloy Martínez corporiza en la novela, en una escalofriante escena en la cual López Rega

¹³ Las mayúsculas son del original.

¹⁴ El libro de Larraquy es una investigación periodística.

¹⁵ Eva Duarte fue la segunda esposa de Juan Domingo Perón y la mujer más popular de toda la historia de Argentina. Falleció de cáncer los 33 años, en 1952. Perón se casaría posteriormente con María Estela Martínez en 1961, en Panamá.

intenta transfundir el espíritu de Evita al de Isabelita, usando para ello la sangre de dos colibríes que había sacrificado y tratando de convencerla de que, de ese modo, le estaba transfiriendo las cualidades de su antecesora.

A los pies del ataúd, en una palangana, yace degollado el picaflor que López sacrificó a la tarde, mientras el General leía las Memorias. Ha verificado ya que cuando a estos pajaritos se les clava un alfiler en el buche, la sangre brota rápido como el fósforo. Hay que estar muy atento, porque no se puede recoger sino medio dedal.

Otro picaflor, vivo, espera su turno en una jaula, con las patas amarradas. A medianoche, López convocó a Isabel en el santuario. (Martínez, 2015, pp. 226-337)

Luego de convencer a Isabelita de que debe tenderse al lado del cadáver embalsamado de Evita, diciéndole que debe dormir, pincha el cuello del otro colibrí y con su sangre pinta los labios de la tercera esposa de Perón y los labios de Evita. Luego de una hora, comienza a recitar una serie de invocaciones, puras incoherencias y palabras absurdas:

López de agua, va recitando en sumerio An-An, en arameo bájar, en bengalí Samsara, en chino dóngong, en persa fravasi, ángeles del cielo y de la tierra, penes sagrados del universo, Isabel Evita la patria es peronista / Evita Perón un solo corazón. (Martínez, 2015, p. 338).

Después de eso, cita palabras vinculadas a los rituales de la Umbanda y finalmente, cuando cree que está terminado el ritual y ambos cuerpos se han transfundido en uno solo, Isabel Perón despierta y López la llama por el nombre “Eva”.

Ella no entiende bien a qué se refiere el secretario y, llamándolo por su seudónimo de “Daniel”, le pide ayuda diciéndole “no puedo encontrar por ninguna parte las chinelas rosas” (Martínez, 2015, p. 339).

Es evidente que las intenciones de López de transfundir el alma de Eva a su sucesora han fracasado, pero nada de ello le importa a Isabelita, quien igual seguirá confiando en el secretario.

Más que el hermetismo, la clave de este concepto es la banalidad con la cual López Rega funcionaba en todos los aspectos de su vida. Es cierto: era un ocultista banal, un hombre iletrado que por algún motivo decía (o creía) que recibía mensajes desde alguna dimensión extracorpórea, pero quizá la característica más aguzada de su personalidad, y que veremos con detención en el capítulo final, era la forma banal con la cual operaba el mal en su ser y que, a modo preliminar, podemos observar cómo funcionó en las otras estrategias que utilizó para ganarse un espacio al lado de los Perón, según ficciona Tomás Eloy Martínez en *La Novela de Perón*.

Una de ellas fue eliminar a un potencial rival en el favoritismo de Isabelita, José Cresto. Para lograrlo, López Rega contaba con información esencial, pues sabía que la persona más odiada por Perón era Marcelino Canosa, el amante que la madre de Perón había tenido después de enviudar y en contra de quien Perón albergaba un enorme resentimiento, entre otras cosas, porque era un hombre muy joven: tanto, que tenían la misma edad.

En función de ello, López consiguió unas fotos en las cuales Canosa aparecía junto a la madre de Perón “y las hizo retocar con tal arte que la sonrisa ladeada del padrastro, la cara zorruna y los ojos encapotados coincidieron punto por punto con los rasgos de Cresto” (Martínez, 2015, p. 180).

La treta, cuenta *La Novela de Perón*, dio resultados. El caudillo asoció aquellas dos caras y al ver la foto solo observaba en ella a Canosa. Finalmente, pidió a Isabelita que sacara a Cresto de la casa, dejando así la vía libre a López Rega.

Este episodio refleja el nivel de conocimiento de la psique de Perón que poseía López, quien no solo comprendía los traumas que lo movían, sino también lo arribista y sensible que era a la adulación.

Justamente, ese es otro de los mecanismos que usó a fin de manipularlo a su antojo, como se demuestra en el momento en que explica a Perón lo que sucedía en Ezeiza, afirmándole que “estas tragedias pasan porque usted es demasiado bueno: porque no ha querido darles a los culpables su merecido” (Martínez, 2015, p. 25), línea argumental que se refuerza con la idea que le introduce en orden a que en el aeropuerto lo esperaba casi un millón de personas, una exageración destinada a adular a su jefe.

Esa misma capacidad de internarse en los meandros de la mente de Perón es la que utilizó al momento de redactar las memorias, en las cuales el secretario trató de crear una suerte de linaje noble para el caudillo. Algo semejante se observa en el momento en que el ex policía pregunta a Perón si ha interpretado bien “lo que usted pidió, mi General” (Martínez, 2015, p. 67), refiriéndose a la exaltación de los rasgos viriles de su padre y los femeninos de su madre. Perón asiente pero, claro, no ha pedido algo semejante. Es López Rega quien, conociendo sus puntos débiles, su senilidad y sus ambiciones y frustraciones, lo envuelve y confunde.

Pese a ser más escéptico, culto y pragmático que su esposa, Perón incluso llega a creerse “el hermetismo banal” de su secretario y hay dos momentos que muestran aquello de un modo prístino. El primero de ellos es un parlamento de Perón:

Aquí están los documentos, todos los que se me da la gana. Y si no están, López los inventa. Le basta con posar las manos sobre un papel para volverlo amarillo: así me ha dicho. Tanto me ha confundido que, cuando miro una foto de la infancia, no sé si de verdad estoy en ella o es

que López me ha llevado hasta ahí. (Martínez, 2015: 63)

El otro momento tiene que ver con los motivos que el padre de Perón tuvo para detenerse en Cabo Raso, mientras iba a Río Gallegos, según cuenta Perón. López Rega le pide al ex presidente que le explique por qué su padre habría de parar en un lugar ubicado mil kilómetros al norte, en circunstancias que iba hacia el sur, pero este no lo sabe. Ante ello, López le responde que “yo no recuerdo que la historia sea como usted la cuenta, mi General” (Martínez, 2015, p. 66), sin que el aludido chiste siquiera.

Todo lo anterior son pequeñas sutilezas, detalles que López Rega utiliza para controlar la mente superflua de “Isabelita” y la personalidad senil de Perón. Sin embargo, son una simple charada, una máscara destinada a encubrir lo que todos sabían: que López Rega era quien detentaba el verdadero poder, lo que él mismo deja en claro al menos en dos ocasiones en la novela.

La primera de ellas es cuando el avión que traslada a Perón y su comitiva está llegando a Buenos Aires y radialmente les avisan de los enfrentamientos que (orquestrados por López Rega) estallan en Ezeiza.

En ese instante el secretario ordena al piloto aterrizar en la base militar de Morón, pero Cámpora, el Presidente de la República en ejercicio, le dice al piloto que descienda en Ezeiza a como dé lugar, afirmando que “el comandante en jefe de las fuerzas armadas soy yo, carajo” (Martínez, 2015, p. 29).

Ante ello, López interviene en forma enérgica. Contraordena al comandante del Boeing que haga lo que él indica y luego deja caer una frase que nadie se atreve a contradecir, ni siquiera el presidente argentino: “¿O es que no sabe todavía quién manda aquí?” (Martínez, 2015, p. 68-69).

Lo anterior es algo que Cámpora ya sabía pues en las semanas previas, en Madrid, había visto cómo López Rega examinaba los télex que llegaban desde Buenos Aires, luego de lo cual comenzaba a efectuar llamados telefónicos en los que impartía órdenes, sin que el Presidente de la República supiera a quién o a dónde.

Es evidente que lo que el siniestro secretario hacía en esos llamados era entregar instrucciones al pequeño ejército patrimonial que ya tenía (el que después conformaría la Triple A), a fin de coordinar el estallido de los incidentes en el aeropuerto, los cuales tenían como único objetivo conseguir que Perón eliminara del peronismo a los sectores de izquierda y ultraizquierda, como Los Montoneros, a los cuales el secretario pretendía culpar de los hechos de violencia.

Una segunda y mucho más sutil muestra de su poder es la que se produce también en el avión (bautizado “Betelgeuse”, a sugerencia suya), cuando se aprecia claramente cómo era él quien manejaba a Perón hasta en asuntos domésticos:

Apenas advirtió que el General despegaba los ojos, el secretario lo hizo ponerse de pie y caminar por el pasillo. Dobló la frazada, enderezó la butaca y acercó uno de los sofás a la ventana.

—Quédese aquí sentado —dispuso—. Y aflójese los botones del pantalón.

—¿Qué hora es? —quiso saber el General.

El secretario meneó la cabeza, como si hubiera escuchado la pregunta de un niño. (Martínez, 2015, p. 17)

Martínez y López Rega

Así como unos años antes *La Opinión* se había convertido en un objetivo para Los Montoneros, con el ascenso de López Rega al poder se reanudaron los ataques en contra de dicho medio, los que comenzaron con un hecho casi inofensivo: un allanamiento a la redacción, en la cual dejaron rayados ofensivos.

En febrero de 1974, luego del homicidio de un fotógrafo, una periodista del diario *El Mundo*, Ana María Guzzetti, preguntó a Perón qué medidas tomaría en contra de las bandas terroristas de corte fascista. Perón reaccionó indignado. Tres días más tarde la reportera fue amenazada y el 29 de abril fue secuestrada. Estuvo nueve días en poder de sus captores (Mochkovsky, 2012).

En medio de todo esto estaba Tomás Eloy Martínez. El 03 de noviembre de 1974, en la avenida Santa Fe, entre Canning y Malabia, “un matón anónimo protegido por dos Falcon (de un color que no puedo recordar) apuntó con su pistola la inofensiva sien de mi hijo de tres años” (Martínez, 2009b).

Desde un poco antes de eso lo amenazaban por teléfono y “las primeras llamadas me instaban a salir del país en cuarenta y ocho horas; más tarde hubo otras que presentaron plazos menos generosos” (Martínez, 2009b).

Las cosas subieron de tono el 25 de abril, cuando una bomba estalló en las afueras de *Panorama*. Junto con ella, algunos panfletos firmados por la Triple A saltaron por los aires, condenando a muerte a 20 personas, si no abandonaban Argentina en menos de 48 horas. “Mi nombre figuraba honrosamente a la cabeza de la lista”, recordaría muchos años más tarde Martínez (2009b).

El periodista relata que, ayudado por Timerman, estuvo escondido por poco más de una semana, al cabo de la cual decidió, hacia el 5 de mayo, que esa situación no podía prolongarse, por lo cual resolvió salir de donde estaba y volver a su vida normal, pero claro, nada de aquello era posible.

Fui informado de que un par de censistas había pedido al portero de mi casa que reconstruyera algunos de mis movimientos y que, en el garaje de enfrente, otros censistas habían identificado con celo las señas particulares de mi automóvil. Decidí partir. Carlos Fuentes consiguió que me invitaran al Festival de Cannes y se preocupó de que yo llegara al aeropuerto de Ezeiza sin otros sobresaltos que los de la despedida. (Martínez, 2009b)

Es muy probable que si Martínez no hubiera tenido el buen tino de huir en ese momento su historia habría sido muy distinta, pues el 16 de mayo, el poeta, escritor y periodista de *La Opinión* Jorge Money fue secuestrado en Buenos Aires, luego de lo cual su cadáver fue lanzado a un sitio eriazoso cercano a Ezeiza, el 18 de mayo de 1975, en un crimen que se atribuyó a la Triple A. Esos mismos días, el 17 y 18 de mayo, el gobierno había emitido unas películas breves, en las cuales se advertía al público sobre la guerrilla de extrema izquierda.

Pero al exhibir al público los presuntos medios a través de los cuales actúa la guerrilla, aparecían en primeros planos notas y títulos de los diarios *El Cronista Comercial* y *La Opinión*. Se trataba, obviamente, de una nada sutil acusación de subversivos a los dos diarios opositores de centro izquierda que se publicaban entonces en Buenos Aires. Más aún, aquellos avisos parecían presagiar la clausura de ambos. (Kahn, 1979, p. 106)

Martínez estuvo por varias semanas en Europa, pero el dinero comenzó a escasear y pronto se acabó. Al pedir más, para mantenerse allá, el dueño del diario le dijo que se había terminado y,

ante ello, Tomás Eloy Martínez optó por irse algunos meses a Venezuela, donde le habían ofrecido un trabajo.

Mientras eso ocurría, en Argentina se afianzaba cada vez más el poder de López Rega, el cual había tambaleado un poco durante los primeros meses del gobierno de Isabel Perón. No obstante, maniobrando como un pez en el agua, había logrado ir afirmándose y se convertía día a día en una persona más y más venerada por los muchos medios de comunicación y por los asesores serviles con los cuales laboraba, como dejaba constancia el coordinador de prensa del Ministerio de Bienestar Social, Juan Carlos Rousselot, quien dijo el 02 de junio de 1975, a la Revista *Las Bases*, que “aquel que no conoce a José López Rega probablemente no entiende por qué quienes lo conocemos lo queremos tanto” y que “es importante que todos comprendan que en José López Rega hay un hombre desprendido completamente de todo interés que no sea realizar la misión que está cumpliendo en beneficio de su país” (Martínez, 2009b).

A fines de junio fue recibido por la presidenta, luego de un viaje al extranjero, con las fanfarrias que se ofrecen a un jefe de Estado, y “tres días más tarde, su imagen aparecía como la de un Amo nacional¹⁶”, como diría Martínez (2009b), quien recuerda además que como una muestra de su omnipotencia, ese mismo día el ex secretario de Perón dijo que “hemos retornado con ánimo y fuerza renovada para darles duro a quienes no quieren colaborar con la patria, y a los que tengan la cabeza dura les vamos a encontrar una maza adecuada a su dureza” (2009b). Nadie, escribirá años más tarde el autor de *La Novela de Perón*, “resultaba más culpable que él del terror y del desaliento de los argentinos” (2009b).

¹⁶ La “a” mayúscula en la palabra “Amo” figura tal cual en el texto escrito por Martínez, obviamente con la intención de resaltar dicha palabra.

López Rega se encontraba en el pleno de su apogeo, cuando *La Opinión* terminó con su reinado. El primer golpe en dicho sentido se dio a contrapelo de su autor. Según relata Mochkovsky (2012), el periodista Heriberto Kahn, que cubría política y defensa, se había enterado de una violenta discusión que varios meses antes habían sostenido López Rega y el almirante Luis Emilio Massera, por aquel entonces Comandante en Jefe de la Armada Argentina, a consecuencias de que el oficial llegó muy tarde a una cena donde había otros importantes personajes de la vida política argentina.

López había bebido mucho, “como para que se le soltara la lengua aún más de lo habitual” (Kahn, 1979, p. 61) y comenzó a insultar a los demás presentes, incluyendo a su yerno, Raúl Lastiri, un hombre que tenía la misma edad que él y al cual le dijo en forma bastante agresiva que no le agradaba para nada que su hija “se haya casado con un viejo como vos, que sin mí no hubiera llegado a nada” (Kahn, 1979, p. 62).

Unos días después, Massera fue a comer con su familia a un elegante restorán del barrio de Palermo, cuando fueron interceptados por dos hombres armados. A consecuencias de este incidente, “Massera hizo saber a Isabel que la investigación efectuada había permitido establecer que se había tratado de hombres vinculados a López Rega” (Kahn, 1979, p. 63), pese a lo cual la voluble presidenta nada hizo al respecto.

Kahn, que contaba con muy buenas fuentes en la Armada, había recibido la historia directamente de Massera, quien se la había contado “bajo la condición de que no lo publicara” (Mochkovsky, 2012).

Sin embargo, Heriberto Kahn cometió el error de contárselo a Timerman, y este lo urgió a que escribiera lo sucedido, pero el periodista, sabedor de lo valiosa que era una fuente como Massera (quien se convertiría en uno de los gobernantes de facto de Argentina a partir del golpe de Estado

de 1976, que derrocaría a la viuda de Perón), se negó, aduciendo la existencia de un compromiso con su fuente.

Timerman ofreció publicarlo sin su firma. Kahn respondió que su informante sabía que había sido él. Le ordenó, entonces, que escribiera “un informe para el director” con todos los detalles del episodio —Kahn no podía negarse— y lo publicó en la tapa con la firma de Kahn, sin avisarle. Cuando la edición salía a la calle, hizo que lo escondieran en una sinagoga durante una semana para protegerlo de las patotas lopezreguistas. (Mochkovsky, 2012)

El texto apareció publicado el 01 de julio en *La Opinión* y dos días más tarde una bomba explotaba en un edificio aledaño al del matutino.

Una semana después, *La Opinión* publicó otro artículo mucho más duro, en el cual se relataba sucintamente cómo la falla mecánica de un automóvil había confirmado un secreto a voces: que la Triple A era comandada por José López Rega.

Kahn, quien describe al entonces ministro como un hombre con una “ilimitada sed de poder” (1979, p. 88) y megalómano, relata en su libro que el 1 de abril de 1975¹⁷, los nuevos embajadores de Irak y Jordania presentaron sus credenciales ante la Casa Rosada, en el centro de Buenos Aires, ceremonia en la que es habitual que soldados del histórico Regimiento Granaderos a Caballo escolten a los nuevos embajadores en el ingreso y la salida del palacio presidencial argentino.

Después de dicho acto los jinetes regresaban a sus cuadras, ubicadas en Palermo, cuando el automóvil que los escoltaba, donde iban varios oficiales, sufrió un desperfecto y el teniente de los granaderos Juan Carlos Segura se acercó a los policías que custodiaban la antigua embajada de

¹⁷ El periodista Juan Gasparini dice en su libro “La fuga del brujo” que dicho incidente ocurrió el 15 de abril.

Chile, ubicada en ese tiempo en dicho sector¹⁸, preguntándoles dónde podía conseguir un teléfono para llamar a su unidad y pedir ayuda mecánica. Los policías le indicaron un inmueble de avenida Figueroa Alcorta, donde le dijeron que funcionaba una dependencia del Ministerio de Bienestar Social.

Apenas ingresó a aquel edificio, el teniente Segura fue recibido efusivamente por un hombre que se mostró especialmente complacido por la presencia de un oficial de Granaderos en el lugar y señaló que allí trabajaban hombres de la policía y las tres Fuerzas Armadas. Con indisimulado orgullo, la persona en cuestión relató a Kahn que en ese sitio funcionaba un cuartel de las denominadas Triple A y aludió al hecho de que, la semana anterior, “nos levantamos” más de una docena de víctimas. De inmediato, el hombre obsequió al oficial varios ejemplares de la revista *El Puntal* —la sucedánea de *El Caudillo*— que, según decía la publicación dirigida por Felipe Romeo, tenía su sede en aquel lugar. Por último, Segura fue presentado a una mujer que aseguró, ufana, ser secretaria de López Rega.

Una vez que regresó a sus oficinas, Segura denunció los hechos ante sus superiores y estos iniciaron una investigación sumaria y obviamente secreta.

Tras una indagatoria preliminar, el 25 de mayo, el jefe de los Granaderos, Jorge Sosa Molina, se presentó ante Isabel Perón, la que estaba acompañada por López Rega. Sin dudar, el alto oficial le explicó la denuncia que tenía en contra de su hombre fuerte.

De acuerdo a Kahn, el secretario personal de la presidenta comenzó a llorar, alegando inocencia, para culminar diciendo que “hace años que no me dedico a estas cosas —aseguró—; yo soy todo espíritu” (1979, p. 94), frase banal y carente de sentido que, sin embargo, sirve perfectamente bien

¹⁸ Hoy en día se encuentra en avenida Corrientes.

para ilustrar el rol que él asignaba a sus supuestas dotes esotéricas, el de ser una excusa para cualquier cosa.

Por cierto, nada de lo investigado y denunciado ante la mandataria sirvió para que ella tomara alguna decisión a su respecto. Sin embargo, la denuncia periodística, según la cual López Rega estaba vinculado a la banda criminal, fue suficiente como para que “El brujo” renunciara a sus puestos como ministro y secretario de la presidencia (un año más tarde le quitarían además el grado de Comisario General de la policía, el puesto máximo de la policía Argentina, que Perón le había impuesto saltándose los 15 grados que le faltaban) y terminara siendo enviado a Suiza como “embajador itinerante” en España, cargo que se le terminó luego del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, tras lo cual comenzó una persecución judicial implacable en su contra.

Debido a que se solicitó su extradición a España, López huyó a Suiza, donde su presencia se detectó en 1982. Luego de ello escapó a Estados Unidos. Finalmente fue detenido en 1986 en Miami.

Poco después fue extraditado a Argentina, ya en democracia, donde fue procesado y puesto en prisión preventiva por los delitos de asociación ilícita, secuestro y homicidio, pereciendo a los 72 años en la cárcel. El diario *Crónica* tituló al respecto: “Murió López Rega. Por el mal que hizo al país nunca debió haber nacido” (Comas, 1989).

Algunas semanas después de que López Rega dejara sus cargos y se fuera a Europa, Timerman se contactó con Martínez, que aún se encontraba en Venezuela, y le pidió que regresara a Buenos Aires, con el fin de escribir una crónica sobre el terror que López Rega había impuesto en el país. El periodista trabajó varios días en el texto, se lo entregó a su ex director y luego regresó a Caracas,

según dice, a terminar algunas cosas que tenía pendientes, con el fin de luego retornar a su patria. Sin embargo, se hallaba allá cuando *La Opinión* publicó el que supuestamente era su reportaje.

El artículo apareció el 13 de agosto, como un suplemento especial sobre “El miedo de los argentinos”. Lo precedía una aclaración: “Este material, que se despliega a continuación, quedó terminado el 9 de agosto: de ahí las menciones a ciertos funcionarios que ya no ocupan el lugar de entonces. Nada se ha corregido”.

Era mentira. El artículo contenía modificaciones sustanciales que cambiaban el sentido y que equiparaban la violencia de la guerrilla a la de la represión ilegal que ejercía el Estado. (Mochkovsky, 2012).

Martínez lo leyó y llamó a Timerman, quien no le contestó de inmediato. Antes conversó con uno de los editores, el cual en definitiva trató de explicarle que si no ponían una condena en contra de la guerrilla en el reportaje parecería como que él la avalaba. Finalmente, logró hablar con Timerman, quien le dijo que no entendía qué le molestaba tanto, “si decís que no sos montonero” (Mochkovsky, 2012).

Ante esa respuesta, que claramente buscaba que Martínez se definiera en contra del grupo de ultraizquierda peronista, el aludido le respondió algo mucho más pedestre:

Los cinco o seis párrafos que me agregaron están tan mal escritos que me cagan todo el artículo. “¿Y vos quién te creés que sos, Shakespeare?”. Le dije: “Jacobo, esta conversación la estoy pagando yo. He gastado mucha plata en nada, de modo que te voy a cortar”. Y le corté. (Mochkovsky, 2012)

Así terminó la relación de tantos años entre el talentoso periodista y director de diarios y el joven periodista de provincias, quien ya en el ocaso de su vida, en el libro de crónicas *Las vidas del general*, podría por fin publicar la versión original de ese texto.

Por supuesto, el fin de López Rega como una presencia ominosa en la vida cotidiana de Argentina no significó la desactivación de la Triple A ni, mucho menos, el fin de los problemas del país.

Sin embargo, como correctamente apunta Mochkovsky, para muchos su caída fue un hecho muy importante, al punto que en el caso que nos ocupa, “la derrota de López Rega daba a Martínez un placer especial, porque él había sido una de sus víctimas” (2012). Y claro, aunque la huida de “El brujo” resarcía de algún modo todo lo que el periodista había vivido, la deuda que él sentía con López Rega y con Perón era demasiado grande como para que se pagara por sí sola.

Ambos le habían mentido descaradamente y lo habían hecho partícipe de unas memorias falaces, de una pieza periodística e histórica fraudulenta. Luego, Perón había mandado censurar su libro y, como si eso no fuera suficiente, López Rega emprendería a posteriori, por medio de la Triple A, una denodada campaña que incluyó amenazas de muerte directas en su contra y la de su hijo.

Había cuentas que ajustar y qué duda cabe: *La Novela de Perón* fue el instrumento, fue el mecanismo por medio del cual Tomás Eloy Martínez pudo desquitarse de ese dúo y, sobre todo, de dejar explícito el mal que ese ex suboficial de la policía causó en Argentina. Como el mismo Martínez (2016a) lo diría, escribió una contramemoria de las memorias. Cabe hacer presente que el uso del concepto “contramemorias” no es casual, y de algún modo lo utiliza como una suerte de remplazo de “biografía”.

Al respecto, dice que las biografías, además de tener “cierto aroma de represión” (Martínez, 1988, p. 45), presentan un problema mucho más complejo e imposible de resolver, pues “muchas verdades que no pueden ser probadas se soslayan precisamente por eso, porque no hay acceso a las pruebas”, que es lo mismo que sucede en el caso del periodismo (Martínez, 1988, p. 45). Martínez sabía muy de lo que hablaba, pues *La Novela de Perón* tuvo dos primeras versiones. En la inicial, el periodista transcribió en forma textual los dichos de López Rega cuando leían las memorias, ficcionando detalles al pie de página, tratando así “de imponer cierta sensatez ficticia al delirio real que yo había vivido” (Martínez, 1988, p. 47).

La segunda versión era una biografía como tal, pero la profusión de versiones (como el ya relatado incidente respecto de la estadía de Perón en un pueblo de Tucumán) al respecto lo hizo cejar de aquello, entre otras cosas porque, según Martínez, si un biógrafo no consigue superar lo que él denominaba “las zanjas ciegas”, los lectores creerán que ello es responsabilidad del escritor, que fue flojo o incapaz, lo que no sucede en el caso de la novela. Relatando las enormes dificultades con que se encontró el investigar un hecho tan menor como el de Tucumán, se preguntaba:

¿Qué suplicios de Tántalo me reservarán los sorprendentes hechos que sucedieron cuando murió Perón, con los cuales debía cerrarse mi biografía? ¿Cómo contar de modo verosímil la ceremonia en la cual el secretario López Rega había intentado traspasar el alma de Evita Perón, cuya momia yacía en una bohardilla de la casa donde vivía su viudo, al cuerpo de la nueva esposa, Isabel Perón? ¿Cómo narrar los esfuerzos de López Rega por resucitar a Perón invocando sus númenes astrales? (Martínez, 1988, p. 48)

Como periodista, Martínez no tenía duda alguna acerca de la veracidad de aquellos hechos tan fabulosos como absurdos. No sólo conocía muy bien a los protagonistas y sabía que todo ello encajaba a la perfección con la opereta que protagonizaban, sino que además contaba con varias

fuentes serias y confiables que le corroboraban todo aquello. Sin embargo, “la lisa y llana transcripción de esos fenómenos amenazaba con invalidar el rigor histórico del trabajo. Eran verdades novelescas que se infiltraban dentro de las verdades históricas” (Martínez, 1988, p. 48).

A todo ello se suma lo que el autor denominaba “la extrema fragilidad” del testimonio directo (Martínez, 1988, p. 45), citando un experimento efectuado en 1945 por el antropólogo inglés Tom Harrison, quien pidió a una serie de ayudantes suyos, en distintas ciudades, que registraran las opiniones de diversos ciudadanos sobre una gran cantidad de temas para luego, en 1975, solicitar a esas mismas personas que recordaran lo que habían dicho. Muchos ni siquiera recordaban haber hablado sobre el tema que habían mencionado 30 años antes, mientras otros habían contado tantas veces las mismas historias que habían ido agregándoles datos provenientes de otras fuentes.

En efecto, como dice Eagleman, “el enemigo de un recuerdo no es el tiempo, son los otros recuerdos” (2017). Ejemplificando con una cena de cumpleaños que se ha ido olvidando, el científico explica que ello ocurre porque el cerebro posee una cantidad específica de neuronas, que funcionan dentro de una matriz de relaciones cambiantes, “de modo que su recuerdo de la cena de cumpleaños se ha enturbiado, pues las neuronas ‘del cumpleaños’ se han visto reclamadas para participar en otras redes de la memoria” (Eagleman, 2017).

Para Martínez, la fórmula en que todas esas confusiones, esas zanjas ciegas y esas mentiras cobraban un sentido unívoco, comparable al de una verdad, era paradójicamente la ficción, ese lugar donde el escritor es un dios omnipresente que todo lo sabe, que diseña a su antojo y al cual los lectores perdonan los datos inconexos y las falsedades.

En ese sentido, el autor argentino ensalzaba la libertad del novelista, que puede inventar pensamientos, frases y acciones y también omisiones, zanjas ciegas intencionadas que, por el

contrario, a diferencia de lo que ocurre con la no ficción, no son un problema para el lector, en función del pacto ficticio que este tiene con el escritor.

Así, Martínez diría en 1988 que, convencido de que había múltiples realidades, “se consigue un cierto efecto de verdad al yuxtponer las diversas verdades que hemos ido encontrando, de tal forma que todas jueguen entre sí, libremente, sus propias ceremonias dialécticas” (p. 49), en lo que llamó el juego de “los ojos de la mosca”, y que cita en tres ocasiones en *La Novela de Perón*.

La primera de ellas tiene lugar al inicio del capítulo 10 (justamente llamado “los ojos de la mosca”) cuando se introduce al personaje de Zamora. Justo antes de la línea en que este dice su nombre, mientras maneja un Renault por Buenos Aires, se produce la primera mención:

Una mosca se posa en el espejo del automóvil, afuera. ¿Una mosca volando en el frío? Tiene azul el lomo, las alas sucias de hollín y ávidos los ojos: compuestos ojos, de cuatro mil facetas cada uno. La realidad dividida en cuatro mil pedazos” (Martínez, 2015, pp. 251-252)

La segunda vez que aparece “el juego de los ojos de la mosca” ocurre cuando María Tizón, la hermana de la primera esposa de Perón, “Potota”, conversa sobre ella con Benita Escudero de Toledo, quien la conoció. Ambas reflexionan sobre lo que “Potota” sufrió con Perón y lo mucho que —según María— este la quería, al punto de llegar a decir que fue el amor de su vida. Justo en ese momento, pese a ser un frío día de invierno, una mosca pasa volando delante de ellas y la voz del narrador señala que “los ávidos ojos de la mosca pasan como una ráfaga: ojos compuestos de cuatro mil facetas cada uno. La verdad dividida en cuatro mil pedazos” (Martínez, 2015, p. 261).

El tercer momento en que Martínez menciona este juego es al cierre del capítulo, cuando el joven cadete Perón recuerda sus conversaciones con su abuela: “Juan, me decía: ¿qué ve una

mosca? ¿Ve cuatro mil verdades, o una verdad partida en cuatro mil pedazos? Y yo nunca sabía qué contestarle...” (Martínez, 2015, p. 279).

Desde ningún punto de vista resulta, entonces casual, que las tres menciones a que la realidad se fragmenta y se divide en miles de pedazos aparezcan al inicio, a la mitad y al final de un capítulo que está marcado por dos líneas temáticas que tienen que ver con el problema de la ficción y la no ficción, dado que los ejes argumentales de este capítulo son justamente la aparición de un alter ego de Martínez, que luego se encuentra con el propio Martínez; la infancia de Perón, que es una de las zonas más oscuras de su vida y respecto de la cual mintió en forma descarada en sus memorias, y el homicidio del general Aramburu, historia que según Neyret (2007) está casi con toda seguridad tomada de un relato llamado *Cómo murió Aramburu*, el que fue publicado en la revista *La Causa Peronista* (órgano de difusión oficial de los Montoneros) y que aparecía firmado por los líderes Mario Firmenich y Norma Arrostito.

Sin embargo, “queda abierta la posibilidad de que un tercero haya ‘literalizado’ el relato, en el que se verifica una notable administración de la tensión narrativa y recursos poéticos como construcciones anafóricas y metáforas” (Neyret, 2007, p. 244), ante lo cual propone que quien pudo haber efectuado dicho trabajo habría sido el periodista y escritor Montonero Rodolfo Walsh, quien es posteriormente nombrado en *La Novela de Perón* y que, luego, en *Santa Evita*, aparece ya como un personaje.

Ante ello, Neyret señala que “no escapa a nuestro conocimiento que el capítulo Diez postula la relatividad de toda verdad desde su mismo título, ‘Los ojos de la mosca’ (2007, p. 246). En efecto, la novela consta de 20 capítulos y es justo en su centro donde aparece esta construcción ideológica que no es otra cosa que una gran metáfora de cómo la realidad o la verdad no son más que

decisiones convencionales, que son fragmentarias e intercambiables. Junieles, en el mismo sentido, opina que:

La novela de Perón precisamente está creada con muchas verdades fragmentadas, porque utiliza los puntos de vista de diversos testigos de la historia. Y esto, que podría suponer un problema en sí, viene a convertirse en una verdad que toma diversos caminos y que, por tanto, permite una mirada más amplia de los acontecimientos, de los problemas y de las consecuencias. (Junieles, 2006).

Así las cosas, Martínez sabía que si bien había logrado recuperar una buena parte de la información del pasado de Perón que este había ocultado, seguían existiendo vacíos, pero —convencido, como estaba, de que la memoria tampoco era una fuente confiable— decidió rellenar esos espacios a su antojo, acicateado, además, por otra motivación.

Mientras escribía la novela me dije que, habiendo publicado yo unas memorias canónicas a las que Perón había sembrado de falsedades, ¿por qué no fabricar yo también otras memorias igualmente verosímiles pero novelescas, en las cuales yo, como narrador, podía entablar un duelo de versiones narrativas con el personaje Perón? La falsedad de una versión (la mía) tornaría más evidente aún la falsedad de la versión ofrecida por el personaje histórico. Ambas podían ser cotejadas, reexaminadas y corregidas por los historiadores o por los críticos. (Martínez, 1988, p. 44)

Martínez explica que durante un buen tiempo esperó que aquello ocurriera, pero nada pasó. Simplemente, su versión de Perón se impuso por sobre la versión que el general quiso hacer prevalecer, tal como lo relata de modo ficcional en *La Novela de Perón*, donde se introduce a sí mismo como un personaje que es entrevistado por el periodista Zamora, a quien le relata la forma

en que Perón le contó sus memorias, acomodándolas como quiso y agregando un hecho ficcional: que apenas fueron publicadas, Perón las desmintió, pese a que lo que él había enviado a su revista “fue la puntual, escrupulosa repetición de sus palabras” (Martínez, 2015, p. 343).

Solo después de reflexionar un poco al respecto, Martínez le dice a Zamora que entendió lo que había pasado: que ante ese desmentido, “por arrogancia profesional”, Martínez daría a conocer las cintas que había grabado en Madrid y así “sus declaraciones acabarían leyéndose en la Argentina como él quería” (Martínez, 2015, p. 344).

Como le confiesa Martínez a su imaginario colega Zamora, “poco a poco fui descubriendo que aquella noche de junio, hace siete años, yo había sido el pequeño instrumento de un gran juego” (Martínez, 2015, p. 344).

Sin embargo, sería una tamaña injusticia acusar a Tomás Eloy Martínez de resarcirse solo en términos personales respecto de ambas figuras. Es cierto que, como él mismo lo confiesa, hay motivos personales, que siente que Perón lo utilizó y lo dejó manchado, como le dice a Zamora en el libro: “Quiero contar lo no escrito, limpiarme de lo no contado, desarmarme de la historia para poder armarme al fin con la verdad” (Martínez, 2015, 341), señala en un párrafo clave que reafirma la idea de que, claro, la ficción puede ser un gran método que permite llegar a la verdad.

No obstante, la “venganza” que emprende contra López Rega y su jefe es mucho más amplia y tiene que ver con la situación en que ambos, partiendo por Perón, dejaron sumido al que alguna vez fuera uno de los países más ricos y pujantes del mundo.

Según el propio Martínez, hasta 1928 el suyo era la sexta economía del planeta y el recuerdo de esa grandeza que alguna vez tuvo, que se puede apreciar mirando los majestuosos edificios de

la Avenida de Mayo, de la 9 de julio o de Callao, es una memoria dolorosa que atormenta a los argentinos hasta el día de hoy.

La Argentina tardó veinte años en caer, y lleva ya cuarenta sin levantarse. En 1946, cuando Perón llegó al poder, pasó una mañana entera caminando entre lingotes de oro, en los pasillos de la Casa de la Moneda, sin que le alcanzara la mirada para abarcarlos a todos, porque los lingotes seguían entrando infatigablemente por una boca de mármol que copiaba la cabeza de una vaca. En 1948, el país aún tenía más teléfonos que Japón e Italia y más automóviles que Francia. Casi en seguida comenzó el declive. “Perón dilapidó aquellas riquezas”, dice el expresidente Raúl Alfonsín. “Las distribuyó con demagogia y ordenó mal las prioridades de inversión. Así desaprovechó la mayor oportunidad que tuvimos de lanzarnos en un proceso definitivo de desarrollo”. (Martínez, 1990)

Y claro, Martínez podría haber recurrido a la autoficción y haber dejado un libro como el de Kahn o el de Timerman, aunque quizá ficcionado, en que relatará todo lo que vivió, pero él mismo decía que “siempre desconfié del periodista que abusa de la escritura en primera persona, porque por lo general está creyendo que su aventura privada es más interesante que el curso de la historia” (Martínez, 2009b).

En *La novela de Perón*, de hecho, advierte que contó muchas veces la historia de cómo Perón le había mentado con las memorias, y que por primera vez la relataría en primera persona, “porque ya es hora de que las máscaras bajen la guardia, Zamora” (Martínez, 2015, p. 341).

También podría haber escrito este “desquite” utilizando las herramientas del periodismo clásico y contando en tercera persona, en una voz imparcial y templada, todo aquello que encontró cuando investigó las inconsistencias de la vida de Perón y las mentiras que a ella incorporaba López Rega.

Le había sido muy sencillo y no habría tenido que incurrir en la creación de una intrincada estructura multicoral, como la que posee *La Novela de Perón*, para relatar aquellas verdades irrefutables que se encuentran en los documentos y testimonios que logró encontrar.

No obstante, tenía claro que ello no era suficiente, que la realidad no bastaba para contar algo tan kafkiano como fue el mal de López Rega.



Capítulo 2

El problema de ficción y no ficción

Uno de los principales alegatos que Tomás Eloy Martínez realizó siempre respecto del carácter ficcional de *La novela de Perón* era que en su mismo título decía “novela”, lo que el escritor argentino consideraba como una “licencia para mentir, para imaginar, para inventar” (Neyret, 2002), aludiendo a la idea primigenia de Aristóteles en orden a que la literatura es antes que nada una mimesis de la realidad, premisa que Saganogo sintetiza diciendo que “la literatura es ficción” (2007, p.54) y, por ende, debería asumirse que cualquier contenido que se encuentra en una obra poética (entendiendo a la poética en su sentido más amplio) debería ser considerado, por ende, como un ejercicio de la imaginación del o los autores.

Es importante recordar que el filósofo griego planteó una línea taxativa entre historia y poética, señalando que “la tarea del poeta es describir no lo que ha acontecido, sino lo que podría haber ocurrido” (Aristóteles, sin fecha), por medio de un *mythos*, una trama que, ordenada en forma sintagmática, permite poner en funcionamiento un sistema de representación, dotado de sentido¹⁹.

Lo anterior plantea un problema fundamental, que es el referido a qué es lo real, aquello “acontecido”, que hoy en día entendemos es el objeto de estudio de disciplinas como la historia o

¹⁹ Vargas Llosa plantea en *La verdad de las mentiras* que debido al influjo maligno que la Inquisición Española apreciaba de parte de las novelas, por sus argumentos “disparatados y absurdos —es decir, mentirosos—, que podían ser perjudiciales para la salud espiritual de los indios” (2015), las prohibieron durante más de 300 años. Según el autor peruano, al hacer eso, los inquisidores reforzaron la idea de que las novelas (todas) mentían. “Ahora pienso que los inquisidores españoles fueron acaso los primeros en entender —antes que los críticos y que los propios novelistas— la naturaleza de la ficción y sus propensiones sediciosas” (2015).

el periodismo (las *novellae* a que aludía Peucer), respecto de lo que es ficticio, aquello que podría haber ocurrido; es decir, el objeto de estudio de la literatura en todas sus expresiones.

El problema, en el caso de *La novela de Perón*, podría parecer resuelto aplicando a dicha declaración de Martínez el viejo dicho de “a confesión de partes, relevo de pruebas”, pues, aparte de la frase anterior, el autor dijo en incontables ocasiones que dicha obra no era una novela histórica ni un trabajo periodístico, sino una simple invención, un producto de su imaginación.

Sin embargo, el problema no es tan simple, pues la línea entre aquello que separa lo ficticio de lo no ficticio no es muy clara y se vuelve mucho más ambigua y confusa en su novela.

Al respecto, la Real Academia señala que una ficción es “invención, cosa fingida” (Real Academia Española, sin fecha), y que también es un sustantivo que se aplica a cualquier “clase de obras literarias o cinematográficas, generalmente narrativas, que tratan de sucesos y personajes imaginarios” (Real Academia Española, sin fecha).

Desde esa perspectiva, entonces, no cabría duda alguna de que *El Quijote*, *Hamlet* y otras grandes obras de la literatura mundial son definitivamente obras ficticias, finos trabajos miméticos que por medio de figuras con estilo literario intentan decirnos algo acerca de determinadas realidades que, si fueran mostradas tal como son, no causarían el mismo efecto en los lectores.

Sin embargo, pareciera haber consenso respecto de la calidad literaria del trabajo no ficcional de escritores como Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh, Ernest Hemingway, Truman Capote, Gay Talese, Tom Wolfe o Svetlana Aleksievich, por citar a algunos que en distintos momentos de sus carreras han incursionado en la “no ficción”, aunque el asunto va mucho más lejos.

Eagleton, por ejemplo, critica la definición de literatura como un arte cuya esencia es la ficción, reseñando que la literatura inglesa del siglo XVII, la que incluye a autores como Shakespeare y

Milton, “también abarca los ensayos de Francis Bacon, los sermones de John Donne, la autobiografía espiritual de Bunyan y aquello —llámese como se llame— que escribió sir Thomas Browne” (Eagleton, 2016). Al mismo listado agrega el *Leviatán* de Hobbes y, en el caso de Francia, señala que junto con la escritura ficcional, hay que entender como parte de su literatura del siglo XVII los escritos filosóficos de Descartes y Pascal.

Del mismo modo, reseña lo que ocurre con el Génesis Bíblico, simple literatura ficcional para algunos y “hechos” para otros.

En dicho sentido, basta observar las crónicas españolas o criollas fundacionales de América y de Chile, en especial las de Alonso de Ercilla o Diego de Rosales, para entender que el límite entre ficción y no ficción es extremadamente sutil, pues no cabe duda de que dichas crónicas y otras son parte fundamental de la literatura chilena, a pesar de que se refieran a hechos que son dados por ciertos, que es lo mismo que sucede con otras crónicas relativas a la conquista de América, como la de Jerónimo de Bibar.

El problema, sin embargo, no termina allí. El solo hecho de que alguien proclame que su escritura es ficcional o no ficcional no implica que aquello sea cierto en forma estricta.

Saer dice al respecto que “una proposición, por no ser ficticia, no es automáticamente verdadera” (2006) y que, por ende, “la verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción” y que en el caso de la *non fiction*, como la llama, “su especificidad se basa en la exclusión de todo rastro ficticio, pero esa exclusión no es de por sí garantía de veracidad”.

Si quisiéramos complicar aún más las cosas, podemos recurrir a Cercas, quien recuerda en el prólogo de su novela de no ficción *El impostor* la frase que alguien le dijo una vez, en el sentido de que “para llegar a la verdad, hay que mentir” (Cercas, 2014).

La frase podría parecer un contrasentido, pero cobra absoluta relevancia ante la “confesión” que Martínez efectuó respecto de su intencionalidad al escribir *La Novela de Perón*. Como veíamos en el capítulo anterior, hay una suerte de revancha en ella, pero el periodismo no era suficientemente poderoso como para cobrarla. Usando la no ficción, Tomás Eloy Martínez lo logró. Como él mismo aceptaría después, “corregir la realidad, transfigurarla, disentir de la realidad, ha sido siempre uno de los deseos centrales del narrador” (Martínez, 2016). En el mismo orden de ideas, estaba convencido de que la literatura era un sistema de representación de la realidad que, sin estar dotado de la misma fuerza de esta, “engendra una ilusión igualmente verdadera” (Martínez, 2016).

Al respecto, no deja de ser paradójico lo que dice Martínez en la entrevista con Neyret: que su libro, que la imagen exacta de Perón que buscaba dejar en la memoria colectiva de sus compatriotas y que en efecto logró instalar, la construyera adobando los elementos reales que él conocía, con aquellos agregados que emergieron desde la ficción, como las cartas o archivos que él mismo dice que resultaban evidentemente imaginarios (Martínez, 1988, p. 41).

Pese a que él le parecía que todo ello era evidentemente falso, muchas personas creyeron que todo era cierto y lo llenaron de elogios, por ejemplo, ante la recreación de los diálogos sostenidos por Perón y Evita en su habitación. “No faltó quien escribiera que la CIA había ocultado un micrófono en la alcoba conyugal de Perón para grabar sus episodios de amor, y que una vez desclasificados esos testimonios sonoros, yo había tenido acceso a ellos”, diría después Martínez (1988, p. 41).

Por supuesto, él sabía muy bien lo que quería lograr y lo dejó de manifiesto al decir que “a Perón ahora se lo ve más como el Perón de *La novela de Perón* que como el Perón de las Memorias

dictadas por él mismo” (Neyret, 2002), aludiendo a la técnica que le copió a Sarmiento respecto de su *Facundo*:

Los documentos prueban que el Facundo Quiroga leonado y con el pelo como víboras enortijadas, según el propio Sarmiento dice, es un personaje inventado. El verdadero Facundo, si bien está mezclado en luchas salvajes, según los documentos era un caballero galante que vestía bien, de levita, sacaba a bailar a las damas, era enormemente educado. (Neyret, 2002)

A pesar de lo que señalan los documentos oficiales, el Facundo que pervive en la imaginaria popular argentina no es el que se corresponde a la realidad, sino el que Sarmiento retrató en su libro, utilizando para ello una base real, que aderezó con datos ficticios. Al respecto, no cabe duda de que Sarmiento, así como Martínez y muchos más, intuían a la perfección la idea de que “como sabe cualquier mentiroso, una mentira solo triunfa si está amasada con verdades” (Cercas, 2014).

Por supuesto, Cercas tiene razón y lo anterior lo complementa Vargas Llosa, quien explica que “toda novela es una mentira que se hace pasar por verdad, una creación cuyo poder de persuasión depende exclusivamente del empleo eficaz, por parte del novelista, de unas técnicas de prestidigitación semejantes a las de los magos de los circos o los teatros” (Vargas Llosa, 2017).

Este enunciado es quizá la mejor síntesis de lo que hizo Martínez con *La Novela de Perón*, un libro que usó una serie de técnicas como las mencionadas, con el fin de lograr que todo lo que en él se dice convenza a los lectores de ser cierto. De acuerdo al novelista y crítico literario, el poder de persuasión de una novela cumple una sola función: “acortar la distancia que separa la ficción de la realidad” (Vargas Llosa, 2017).

Si lo anterior no queda claro, recurramos nuevamente a Vargas Llosa: “muchas veces el periodismo se vale de técnicas literarias para imponer determinados hechos” (2017).

Profundizando en esa idea el Premio Nobel peruano agrega que:

En principio el periodismo no debe trasgredir la verdad. Debe buscarla y tratar de exponerla de la manera más atractiva e interesante posible, pero su razón de ser es presentar una realidad tal y como es, un hecho tal y como ocurrió, una persona tal y como es. Nada de eso es obligatorio en la ficción. Cuando uno escribe ficción, tiene la libertad de trasgredir la realidad, de alterarla profundamente. (Vargas Llosa, 2017)

A lo anterior hay que agregar un problema esencial del periodismo: aunque quien escribe un reportaje o una nota intente ser lo más fiel posible a los hechos, a los relatos, a los documentos, todas estas evidencias en sí mismas pueden ser falaces en forma intrínseca, dado que el periodista siempre está sujeto a la posibilidad de que le mientan, a que le den datos falseados o distorsionados, a que los documentos que consigue sean ideológicamente falsos o a que incluso, ya sea por omisión o por negligencia, él mismo falsee o tergiverse algunos datos.

En dicho sentido, Eagleton asevera que la dicotomía entre “hecho” y “ficción” es “un distinguo a menudo un tanto dudoso”, ante lo cual concede que el rasgo único y distintivo de la literatura respecto de otras formas de escritura no reside en la veracidad o ficcionalidad de sus contenidos, ni tampoco en su carácter mimético, sino en una cuestión meramente formal, aseverando que es posible “definir la literatura no con base en su carácter novelístico o ‘imaginario’ sino en su empleo característico de la lengua” (2016).

Citando a Jakobson, señala entonces que “la literatura consiste en una forma de escribir en la cual ‘se violenta organizadamente el lenguaje ordinario’. La literatura transforma e intensifica el lenguaje ordinario; se aleja sistemáticamente de la forma en que se habla en la vida diaria” (Eagleton, 2016).

Desde ese punto de vista, la literatura sería entonces un arte completamente antagónico al periodismo, pues como ya hemos visto, el sistema redaccional periodístico clásico, algo sobre lo cual profundizaremos un poco más, es todo lo contrario. En vez de alejarse de la forma de habla cotidiana, se acerca a ella y recurre a la sencillez como una norma irrenunciable, tal como lo decía Pulitzer (2015): “el periodista no debe ser aburrido, enrevesado ni difícil de entender. Debe saber qué quiere decir, cómo decirlo y cuándo terminar”.

En el mismo sentido, Vargas Llosa señala que:

El uso del lenguaje que hace un periodista y el que hace un escritor son completamente distintos. El periodismo más profesional es aquel que transmite una realidad anterior al oficio, y mientras más neutral y transparente sea su lenguaje, más eficaz resulta desde el punto de vista periodístico. El uso del lenguaje que hace un escritor es todo lo contrario: su deber es afirmar una visión personal, expresar su individualidad a través de las palabras y hacerlo con una cierta originalidad. (2017)

Complementando lo anterior, el manual de estilo del que es considerado el diario más prestigioso de habla hispana, *El País*, precisa, entre otras cosas, que “el propósito de redactar cualquier noticia es comunicar hechos e ideas a un público heterogéneo. Por tanto, el estilo de redacción debe ser claro, conciso, preciso, fluido y fácilmente comprensible, a fin de captar el interés del lector” (El País, 1996), lo que se deja más claro cuando se indica que “Sujeto, verbo y predicado es regla de oro” (El País, 1996).

En realidad, todo pareciera indicar que efectivamente la forma de escritura constituye el punto esencial de lo que hoy se podría definir un trabajo literario, como se puede desprender, por ejemplo, de lo que ocurre con Gabriel García Márquez y su extraordinario *Relato de un naufrago*.

García Márquez contaba que cuando el protagonista de la historia, el marino Luis Alejandro Velasco, apareció en la redacción del diario *El Espectador*, ya habían pasado varias semanas después de que el destructor colombiano “Caldas” hubiera perdido a ocho tripulantes en el mar Caribe (hecho ocurrido el 28 de febrero de 1955), pese a lo cual Velasco logró sobrevivir y, luego de diez días, llegar por sus propios medios hasta una playa del norte del país.

Su historia se convirtió en una sensación noticiosa. Lo entrevistaron en todas las radios, canales de televisión y diarios. Velasco fue condecorado y apareció en numerosos actos públicos relatando una y otra vez su hazaña de sobrevivencia en alta mar, al punto que la dictadura militar imperante en ese momento en Colombia lo había exhibido “como ejemplo de las generaciones futuras, y lo habían paseado entre flores y músicas por medio país para que firmara autógrafos y lo besaran las reinas de belleza” (García Márquez, 2014).

Era bastante poco lo que había que contar de nuevo al respecto, pero cuando el joven marino llegó al diario un impulso de Guillermo Cano, uno de los periodistas más destacados que ha conocido América Latina²⁰ y que por ese entonces era el jefe de García Márquez, los hizo escucharlo y darse cuenta de que había una historia nueva que relatar. Esta se resumía en que el buque no había naufragado a consecuencias de una tormenta, sino por motivos muy poco heroicos: como habían pasado varios meses en Estados Unidos, todos los marinos habían aprovechado para comprar muchísimos electrodomésticos muy caros y voluminosos, casi imposibles de conseguir en su país natal, entre los cuales se contaban pesadísimos refrigeradores, televisores y otros

²⁰ Guillermo Cano dirigió el diario *El Espectador*, propiedad de su familia, desde 1952 hasta 1986, cuando fue asesinado por el Cartel de Medellín, como venganza ante la revelación que dicho medio hiciera respecto de los primeros antecedentes penales de Pablo Escobar.

artefactos, versión que ningún medio se había atrevido a publicar, por temor a los censores de la dictadura del momento. Por supuesto, todo eso era contrabando.

A consecuencias de ello, el destructor emprendió su viaje de regreso a América Latina con la cubierta copada de cajas mal estibadas, hecho que incidió en que, en medio de un viento fuerte, el buque se ladeara y cayeran varios tripulantes al agua, luego de lo cual se creó la versión falsa que se difundió en forma oficial, según la cual el barco se había visto envuelto en una terrible tormenta, la cual nunca existió.

No obstante, eso no era todo. García Márquez se dio cuenta que Velasco “tenía un instinto excepcional del arte de narrar” y por ello lo entrevistó largamente, en 20 sesiones que duraban hasta seis horas al día, gracias a lo cual lograron reconstruir el relato completo de los hechos.

Con este material en las manos, García Márquez, Cano y los otros jefes del diario tomaron una decisión completamente herética para los estándares periodísticos imperantes en el momento (y hasta el día de hoy), según los cuales los hechos debían ser narrados en primera persona, en la voz del mismo Velásquez, incluso dejando fuera la firma del redactor (García Márquez, en este caso), lo que les permitió convertir a *Relato de un naufrago* en una historia periodística extraordinaria, que rompe con las normas formales del periodismo y ciertamente, si lo analizamos desde el prisma de Eagleton, forma parte también de la literatura, sobre todo porque prescinde por completo de una serie de normas escritas y no escritas respecto del periodismo moderno, partiendo por la idea de que el texto debe ser imparcial pues, al ser narrado desde la primera persona, ello es obviamente imposible²¹.

²¹ La segunda novela de no ficción de García Márquez está escrita utilizando la misma técnica; es decir, en primera persona. Se trata de *La aventura de Miguel Littin clandestino en Chile* (2013).

La segunda norma con la que esta historia rompía era el esquema mismo de la redacción. Ya no nos referimos solo a la voz del hablante, sino a la forma en que el libro está escrito, como si fuera una novela, cumpliendo con los cuatro “procedimientos literarios” que, según Wolfe, se incorporan a la novela de no ficción, dándoles el carácter de obra literaria a libros que, de otro modo, solo serían larguísimos reportajes. A continuación exploraremos dichos procedimientos, junto a las características que según otros autores (Fuentes y Chillón) convierten a un texto cualquiera en una obra literaria.

Procedimientos y características

El primero de los “procedimientos” que menciona Wolfe, el más importante, es la reconstrucción “escena-por-escena” de los hechos, que apunta a la descripción de los acontecimientos, incluyendo detalles que muchas veces son nimios frente a la estructura de las noticias.

En el caso de *Relato de un naufrago*, por ejemplo, la reconstrucción escena-por-escena del momento en que se hunde el destructor es un gran ejemplo de aquello. Son varias páginas en las cuales la voz del hablante relata con lujo de detalles las instrucciones que se dieron por altoparlantes apenas el barco comienza a escorar a estribor, el miedo que sintió Velasco, el mareo del marinero Miguel Ortega, el momento en que junto a él y otros más se reunieron en la popa seis, sus pensamientos, la forma en que las olas estallaban contra la cubierta repleta de electrodomésticos, etc.

Todo ello, en una nota periodística tradicional, al estilo de lo que recomendaba Pulitzer, no merecería más que un párrafo en el cual se indicaría que el buque se escoró a estribor, producto del sobrepeso que le producían los electrodomésticos contrabandeados y que, como consecuencia de ello, ocho tripulantes cayeron al agua, sobreviviendo solo uno.

El segundo de estos procedimientos era el registro completo de los diálogos, algo bastante complejo de lograr si el periodista no se encontraba presente cuando estos se produjeron, a lo cual hay que agregar que para conseguir un registro fiel se necesitan medios técnicos.

Desde ese punto de vista, salvo que consiguiera una reproducción exacta de un diálogo específico por medio de una grabación, por ejemplo, el periodista debería estar entonces en medio de las acciones que describe, y eso fue lo que hizo Gay Talese en varias de sus obras, como *Honrarás a tu padre* o *El Puente*. Por cierto, García Márquez no solo no estuvo presente cuando se produjeron los diálogos que se reproducen en *Relato de un naufrago*, sino que además estos proceden de la memoria del protagonista, por lo cual evidentemente están mediados por sus prejuicios, sus intenciones y sus recuerdos.

El tercer procedimiento, según Wolfe, consistía en el “punto de vista en tercera persona”, que explicaba del siguiente modo:

...(es) la técnica de presentar cada escena al lector a través de los ojos de un personaje particular, para dar al lector la sensación de estar metido en la piel del personaje y de experimentar la realidad emotiva de la escena tal como él la está experimentando. ¿Cómo se conseguía aquello? Entrevistando extensamente al personaje sobre sus sensaciones, sus pensamientos, etc. (Wolfe, 2012, p. 50)

Cabe hacer presente que es lo mismo que, muchos años después, el periodista estadounidense Michael Wulff denomina “Deep background”, técnica que él explica “permite mostrar una descripción incorpórea de los hechos proporcionada por un testigo anónimo” (Wulff, 2018).

El cuarto procedimiento, aseguraba Wolfe, era el “menos comprendido”:

Consiste en la relación de gestos cotidianos, hábitos, modales, costumbres, estilos de mobiliario, de vestir, de decoración, estilos de viajar, de comer, de llevar la casa, modos de comportamiento frente a niños, criados, superiores, inferiores, iguales, además de las diversas apariencias, miradas, pases, estilos de andar y otros detalles simbólicos que pueden existir en el interior de una escena. ¿Simbólicos de qué? Simbólicos, en términos generales, del status de la vida de las personas, empleando este término en el sentido amplio del esquema completo de comportamiento y bienes, a través del cual las personas expresan su posición en el mundo, o la que creen ocupar, o la que confían en alcanzar. (Wolfe, 2012, pp. 50-51)

Según Wolfe, “la relación de tales detalles no es meramente un modo de adornar la prosa” (2012, p. 52), sino que constituía parte esencial de la estrategia ficcional adaptada al texto no fictivo.

Además de aquello, hay otros dos recursos literarios que son muy frecuentes justamente en la escritura de Wolfe, pese a que este no lo enumera dentro de sus procedimientos: la onomatopeya, a lo que suma un recurso netamente estético, que tiene que ver con una alteración evidente del uso de las mayúsculas. Ambos casos se pueden ver, por ejemplo, en la introducción de su libro *El Coqueto, Aerodinámico Rocanrol Color Caramelo De Ron*: “Ahí viene (¡Vruuum! ¡Vruum”) Ese Embellecido Cohechito Aerodinámico (¡Rahghhhh!) Flurescente (Thphphphph!) Doblando la curva (Brummmmmmmmmmmmm)....” (Wolfe, 2012, pp. 25-26).

Por su parte, Capote incorporó en *A sangre fría* otros recursos netamente literarios, que Wolfe no menciona. Chillón (2015) detalla entre ellos el flashback, la elipsis y la analepsis, recursos todos que rompen con el esquema cartesiano de la narrativa periodística clásica, alterando los tiempos, las memorias y los recuerdos de los personajes.

A lo anterior, Chillón suma otras tres características²². Las dos primeras son “la caracterización minuciosa, poliédrica de los personajes principales; la compleja arquitectura compositiva del relato, en la que se insertan escenas, sumarios narrativos, diálogos, topografías, elipsis y digresiones informativas” (2015), mientras que la tercera es “la habilísima conducción del relato, que se apoya sobre todo en la voz de un narrador omnisciente de flaubertiana impersonalidad” (Chillón, 2015).

De algún modo, estos cuatro “procedimientos” de Wolfe, más los dos adicionales y las cuatro características detalladas por Chillón (sintetizando la primera como una alteración de los tiempos cronológicos), coinciden bastante con lo que Carlos Fuentes denominaba “cinco rasgos profundamente novelísticos” (aunque en realidad enumera seis) y que menciona en su análisis de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo.

El primero de ellos es “el amor por la caracterización” (Fuentes, 2011, p. 35); es decir, la construcción de personajes cuyas “figuras a veces son tan excéntricas como cualquiera de Shakespeare o Melville” (Fuentes, 2011, p. 35).

Ello es muy semejante a lo planteado también por Chillón respecto de la caracterización minuciosa y poliédrica de los personajes. Además de *A sangre fría*, basta leer cualquier libro de los producidos en medio de la oleada de literatura de no ficción para encontrarse con caracteres

²² En realidad, menciona cuatro, pero una de ellas, “el uso realista del detalle” ya está enunciada por parte de Wolfe.

lentos de exotismo y excentricidad, siendo quizá el ejemplo más reciente de aquello el personaje de Gerard Foos, el voyeurista que protagoniza *El motel del Voyeur*, libro de Gay Talese publicado en 2016. Por cierto, lo mismo es aplicable a los personajes de *A sangre fría*, o a aquellos que pueblan el libro sobre *Los ángeles del infierno*, de Hunter S. Thompson, por nombrar solo algunos.

El segundo aspecto es el mismo que Wolfe detalla en cuarto lugar, y que Fuentes denomina “amor por el detalle”, aunque este lo utiliza con el fin de desacralizar a figuras épicas, por ejemplo, contando cómo Hernán Cortés perdió una alpargata, detalle bastante semejante a la preocupación de Isabelita Perón respecto de las “chinelas” color rosa que no podía encontrar luego de que López Rega supuestamente le hubiera transferido el espíritu de Evita. Más que fijar un marco ambiental o psicológico, como lo señala Wolfe, Fuentes se refiere en este apartado a lo que podríamos entender como la humanización de los personajes por medio de asuntos cotidianos o menores.

El tercer rasgo literario que Fuentes observó en la crónica de Bernal Díaz del Castillo fue “el amor por la murmuración”, básicamente refiriéndose a los rumores sobre la vida amorosa y sexual de los protagonistas.

El cuarto aspecto es la descripción de grandes retratos sociales críticos, lo que innegablemente está presente en cualquiera de las grandes obras de la literatura universal, así como en toda la producción de libros periodísticos previos a la época de la *Non-fiction novel*, y por supuesto también en los autores de aquella oleada, cuyos libros trataron temas como el movimiento en contra de la Guerra en Vietnam, la pena de muerte, la penetración de la mafia italiana en Estados Unidos, la inmigración y otros más.

Del mismo modo, el quinto rasgo que Fuentes menciona es algo que es factible de observar ya en los primeros trabajos periodísticos de Tomás Eloy Martínez: la teatralidad y la intriga, que evidentemente es una de las características fundamentales del Nuevo periodismo, si entendemos por tal al movimiento cuya partida no se encuentra en Estados Unidos, sino en el escritorio de un joven Gabriel García Márquez, mientras escribe la historia de *Relato de un naufrago*.

A ello, Fuentes agrega un sexto elemento, lo que denomina “el drama de la voluntad contra el destino”, algo que también está presente en la literatura universal desde sus inicios de la mano de Homero y que se extiende a lo largo de todos los clásicos Shakespeareanos, hasta don Quijote, los realistas, los autores del *boom* latinoamericano y todos los grandes de la literatura, en realidad.

En función de todo lo anterior, es posible concluir entonces que la definición de una obra periodística como “literaria” no radica necesariamente en su grado de ficcionalidad, sino más bien en la intensificación del lenguaje, en la creación de constructos de significación dotados de estructuras y figuras lingüísticas ajenas a la cotidianeidad del lenguaje, lo que dice relación con la incorporación de una serie de técnicas (por agruparlas en un solo concepto) que son propias de la literatura universal de carácter ficcional, pero que se aplican por igual a obras que pretenden basarse en hechos reales.

Desde esta perspectiva, resulta evidente que *La Novela de Perón* cumple con prácticamente todas las técnicas antes descritas.

Quizá lo más relevante a este respecto es lo que tiene que ver con la caracterización de los personajes, que en este libro están trabajados en forma intensiva. Tomás Eloy Martínez se metió hasta la saciedad en sus mentes y descubrió cada uno de sus recovecos, delineándolos en forma magistral. Perón es un hombre senil y obsecuente, Isabelita es una mujer sin carácter y que alucina

con supercherías, mientras que López Rega (solo por nombrar a los más importantes) es el verdadero *master puppets* de la obra, el titiritero, el genio creador malvado que mueve las piezas a su antojo y cuya pulsión esencial es el poder.

Del mismo modo, la novela está plagada de detalles que otorgan verosimilitud al relato. Los personajes no solo están bien caracterizados porque sus descripciones psicológicas sean exactas y correspondientes con lo que hicieron en la realidad, sino porque, como está relatado antes, el libro descende hasta una cantidad increíble de detalles, especialmente los relacionados con la infancia de Perón.

También está presente la reconstrucción de los hechos escena-por-escena, como decía Wolfe, al igual que el registro de los diálogos, muchos de los cuales —en este caso— son verídicos, pues proceden de las grabaciones de las memorias, como de registros históricos, incluyendo entre estos el discurso de Perón al aterrizar su avión en Buenos Aires.

Al haber investigado todos los hechos, al contar con registros de audio, recortes de prensa y libros y al no estar constreñido por los límites de la no ficción, el punto de vista en tercera persona es también frecuente, y no solo incluye los pensamientos conscientes de los personajes, sino que incluso se inmiscuye en sus sueños, como acontece con Perón.

Citando las características enunciadas por Chillón y que este descubrió en *A sangre fría*, también es posible encontrar una compleja arquitectura compositiva del relato, la cual está muy ligada a la conducción del mismo y al uso de diferentes recursos temporales. En efecto, el diseño del relato es, como ya está dicho, multicoral. Son distintas voces (hasta siete, como ya mencionamos) las que van alternándose en medio de un arco temporal que abarca la vida completa de Perón, pero que se exhibe en medio del transcurrir de un solo día de su vida.

Para ello, el autor recurrió no sólo a distintos narradores, sino también a una gran multiplicidad de recursos de narratividad, incluyendo informes oficiales, notas de prensa, cartas, diarios de vida, periódicos, etc., todo lo cual va siendo cimentado por un narrador omnisciente que tiene la suficiente habilidad como para desaparecer y reaparecer sin que casi no se note.

Finalmente, y recurriendo a Fuentes, encontramos en forma inequívoca las últimas cuatro técnicas que él menciona y que convierten a una obra escrita en literaria. La murmuración es, de hecho, una de las herramientas que más usa Tomás Eloy Martínez. Gracias a ella nos enteramos del real origen familiar del caudillo, de las vidas pasadas de sus esposas, de los amoríos de su madre, etc.

A simple vista podría parecer que el objetivo de Martínez es desacralizar la versión casi monástica que Perón pintó de sí mismo en las memorias, pero el uso de la murmuración en este caso es mucho más profundo que ello, pues lo que busca es mostrar que Perón, esa leyenda que aún gobierna el inconsciente colectivo de millones de personas, era un simple ser humano lleno de debilidades y vergüenzas, como todos, y no el semidiós como el cual es recordado hasta hoy día en Argentina.

En cuanto a la construcción de grandes retratos sociales, es evidente que ese también es el objetivo de fondo de Martínez, quien buscaba mostrar cómo su país, que ya estaba en medio de una división ideológica violentísima, en el contexto de la Guerra Fría y de los gobiernos y dictaduras post-Perón había radicalizado sus posturas a tal punto que el que fuera algún día uno de los Estados más modernos y cultos del mundo, llegó —producto de todo lo anterior— a ser manejado de facto por un sujeto que creía en la Umbanda y que sacrificaba pajarillos en supuestos rituales mágicos, algo tan real y maravilloso al mismo tiempo que incluso excede al concepto creado por Carpentier.

La novela tampoco concede espacio a las obviedades ni a los lugares comunes. Es así como Martínez, usando lo que Fuentes denominaba “teatralidad e intriga”, avanza poco a poco por las memorias y las contramemorias de Perón, así como al tiempo presente del texto, con el fin de ir mostrando quién era el que realmente manejaba los hilos del poder. Mientras se va desarrollando una serie de subtramas (la infancia de Perón, su pasado en Chile, el afincamiento de López Rega en el poder, etc.) hay un arco de intrigas que va ascendiendo en Ezeiza, al mismo tiempo que el avión en que viajan Perón, López, Cámpora y otros se va alejando cada vez más de Europa y acercándose a ese aeropuerto, el que culmina con el enfrentamiento previamente diseñado por López Rega y sus huestes.

Respecto del enfrentamiento dialéctico de la voluntad contra el destino, este se presenta en forma dual en la novela de Perón. La lectura más obvia a dicho respecto es la que se puede efectuar en torno a Perón, el hombre que regresa a Argentina a cumplir con el destino que irremisiblemente debe cumplir, que es el de conducir su nación, pese a todas las dificultades reales o artificiales que encuentra en el camino. El segundo drama de alguien cuya voluntad se opone a su destino es el de López Rega, quien lucha por todos sus medios por hacerse un espacio legítimo en la historia, sin que el destino se lo permita jamás, pues es solo un doble, un imitador, un pésimo reflejo de Perón²³.

²³ Dentro de todas las características literarias antes enunciadas, en función de lo señalado por Wolfe, Chillón y Fuentes, las únicas dos que no aparecen en *La Novela de Perón* son el uso de onomatopeya y la alteración de los signos de puntuación, las cuales podríamos caracterizar como particularidades estilísticas que, por cierto, responden a las técnicas peculiares de cada autor.

¿Una inversión del Nuevo periodismo?

Como se mencionaba con anterioridad, Tomás Eloy Martínez siempre negó que *La Novela de Perón* fuera una obra que pudiera ser considerada como periodismo o novela de no ficción, ante lo cual argumentaba que lo que había hecho era construir un libro ficticio que parecía periodístico.

De hecho, dijo en distintas ocasiones que “invirtió” la técnica del Nuevo Periodismo, escribiendo una novela con una cierta estructura periodística, cuando en realidad lo que resulta evidente es que usó hechos reales (los cuales giran en torno a la matanza de Ezeiza y la vida de Perón desde su nacimiento hasta el momento en que aborda el avión de regreso a Buenos Aires) que adobó con material proveniente de su imaginación, titulándolo con el sustantivo “novela”, para indicar su ficcionalidad, asumiendo que para la mayoría de las personas el concepto de “novela” es un indicador inequívoco de un trabajo de ficción, como ya se discutía algunas páginas antes.

Al respecto, aseguró que “*La novela de Perón* no es una fábula de no ficción, ni una contribución herética al nuevo periodismo, sino lisa y llanamente una novela poblada por personajes históricos, muchos de los cuales están todavía vivos” (Martínez, 1988, p. 42). Reafirmando lo anterior, aseveró que lo que hizo en *La Novela de Perón* fue simplemente seguir una tradición literaria argentina, en orden a cruzar lo imaginario con lo histórico, y la ficción con otros discursos (la poesía, la sociología, la filosofía, el periodismo), lo que antes hicieron autores como Lucio V. Mansilla, Roberto Arlt y el propio Jorge Luis Borges.

Sin embargo, si nos atenemos a la definición de González de la Aleja y Barcelona de lo que es el “Nuevo Periodismo”, evidentemente estamos dentro de dicha categoría, pues según ellos se trata de “un reportaje periodístico que se pueda leer como novela o viceversa” (1985, p. 67).

En este caso, además, hay varios otros elementos que coadyuvan a entender que este libro es una suerte de híbrido entre ficción y no ficción que se mueve entre los márgenes de trabajo periodístico. Es más: hay al menos cuatro hechos que de algún modo conspiran en contra de la comprensión de *La Novela de Perón* como una simple entelequia ficticia y es probablemente por ello que la mayoría de los trabajos que existen acerca de este libro versan sobre los límites entre ficción y no ficción²⁴.

El primero de esos elementos incluso escapa de la esfera de la obra en sí y tiene que ver básicamente con el autor, Tomás Eloy Martínez, quien habló acerca de un “efecto de “contigüidad” para explicar por qué mucha gente creía que su libro era real.

A este respecto, Martínez argumentaba que él creía que el llevar la palabra “novela” en el título era una suerte de aviso en orden a que la obra era ficcional. Para él, esa sola palabra era “sinónimo de invención” (Martínez, 1988, p. 41).

Sin embargo, pronto se dio cuenta del “efecto de contigüidad”, que nace del hecho de que *La Novela de Perón*, al igual que *Relato de un naufrago*, se publicó inicialmente como un folletín por entregas en el semanario *El Periodista*, entre agosto de 1984 y junio de 1985, y por ende aparecía rodeada de artículos que impregnaban verosimilitud a su texto (Martínez, sin fecha).

Además, el autor se dio cuenta de que aunque la palabra “novela” estuviera en el título, junto a ella había una que era mucho más significativa para los argentinos, a quienes además remitía de inmediato al plano de la realidad: “Perón”. Tal como señala Girona, ambos términos son

²⁴ Respecto de los trabajos que ahondan en dicotomía entre la novela de ficción y la novela de no ficción, encontramos varios planteamientos teórico-críticos del propio Tomás Eloy Martínez (1988, 1996, 2005 y 2009) y otros trabajos, entre ellos los de Berg (1995), Caprara (2007), Neyret (2002) y Rossano (2006).

contradictorios entre sí y por ello “la declarada asociación de ficción con ese nombre tan consagrado en la Argentina no deja de ser maliciosa” (1995, p. 45).

Finalmente, Martínez entendió que si se escribe acerca de una figura de la vida real, de alguien de mucha connotación, y quien lo hace es un periodista conocido por escribir relatos periodísticos, entonces la mayoría del público asumirá que aquello que se escribe no es ficcional.

Toda escritura es un pacto con el lector. En la escritura periodística, el pacto está determinado por el lugar que ocupa esa escritura: ese lugar es el lugar de la verdad. Quien toma un diario o una revista se dispone a leer la verdad. Lo sorprendería que la información fuera otra cosa. En el caso del periodismo y de la historia, entonces, es el medio, el género, lo que decide que allí está la verdad. (Martínez, 2016).

Y claro, el efecto de contigüidad se acrecienta, dado que Martínez no solo habla sobre Perón, sino acerca de una multiplicidad de otros personajes bien conocidos en Argentina: Isabelita, López Rega, Cámpora, etc.

A lo anterior habría que agregar un elemento adicional: la palabra “novela” ya no define tan férreamente el que un libro sea una obra necesariamente ficcional. Un buen ejemplo de ello es *Una novela criminal*, de Jorge Volpi, obra ganadora de uno de los premios literarios más exigentes en habla hispana en su versión 2017, el concurso Alfaguara. Como el mismo autor señala en la introducción, lo que escribió es una “novela documental” o “novela sin ficción” (Volpi, 2017), pues el texto se refiere a hechos completamente reales, que no fueron ficcionados por el autor, sino, por el contrario, investigados periodísticamente²⁵.

²⁵ El libro trata sobre el caso de una pareja mexico-francesa que fue detenida por la policía y acusada de haber perpetrado varios secuestros. Además de una serie de irregularidades en la indagación penal y judicial del caso, este comenzó con una transmisión en vivo de la policía deteniendo a los supuestos culpables, en circunstancias que estos

Un segundo elemento que se suma a lo anterior es el relacionado con el contexto del Nuevo Periodismo. Si bien *La Novela de Perón* apareció en 1985, casi 20 años después de que comenzara el movimiento de dicho nombre en Estados Unidos, para la fecha de la publicación del trabajo dicho movimiento ya había convertido en celebridades mundiales a periodistas como Truman Capote, Norman Mailer o Gay Talese, y era más o menos común que los periodistas que se lanzaran a escribir libros lo hicieran siguiendo dichos cánones. Desde esa perspectiva, entonces, era fácil creer que cualquier libro escrito por un periodista (aunque dijera “novela” en su portada) era un trabajo de no ficción.

A lo anterior se suma, como tercer elemento, el hecho de que el libro tiene un manifiesto aspecto de verosimilitud, que está dado por la gran cantidad de información y la exactitud que posee respecto de los hechos reales, pues no basta con poner personajes reales en un libro para que dicho texto sea verosímil, sino que además es necesario que todo lo que los rodea, incluyendo el ambiente, el lenguaje, los objetos, los lugares y las descripciones, también lo sea. Es evidente que el autor lo sabía y en el archivo de la Fundación Tomás Eloy Martínez, en Buenos Aires, se resguardan los apuntes mecanografiados que Martínez utilizó durante la escritura del libro.

Entre ellos es posible ver, por ejemplo, fichas en las cuales figuran las marcas, modelos y calibres de las armas que se usaron en la masacre de Ezeiza, y que no son producto de la imaginación del autor, sino de su trabajo periodístico, en medio del cual recopiló todos esos antecedentes.

Del mismo modo, existen planillas en las cuales Martínez fue anotando hora por hora lo que sucedía a la misma hora en distintas partes del mundo (Madrid, en el avión y en Buenos Aires) y

habían sido arrestados bastantes horas antes y todo fue arreglado a fin de favorecer una transmisión televisiva “en vivo” del momento de las aprehensiones.

hay otras fichas escritas a máquina en las cuales se describen hasta los más mínimos detalles de las construcciones cercanas a Ezeiza, incluyendo la iglesia del barrio 1 Esteban Echeverría, por ejemplo.

En otras palabras, mientras preparaba esta novela, Martínez hizo el mismo trabajo que efectúa cualquier periodista investigador, que va a los lugares donde sucedieron o suceden los hechos que investiga, que toma apuntes de todo, que encuentra datos reales pero desconocidos (como el acta de nacimiento de Perón, la cual deja en claro que fue un hijo ilegítimo) y los pone en contexto.

Por cierto, la biblioteca de la fundación Tomás Eloy Martínez, en la cual están todos los libros que Martínez poseyó en vida, hay decenas, quizá cientos de libros sobre Perón, sobre Evita, sobre peronismo y sobre las dictaduras militares en Argentina, que obviamente utilizó en su reconstrucción de los hechos, pero también hay algunos textos que hoy son de colección, como los libros escritos por José López Rega y publicados por la editorial “Rosa de Libres” en Buenos Aires, incluyendo un ejemplar de *Astrología esotérica*, numerado con el 63 y firmado con tinta verde por su autor.

En los “reconocimientos” que figuran al final del libro, de hecho, el periodista dejó constancia de sus agradecimientos a todo quienes no solo lo ayudaron a escribir la novela o lo inspiraron, sino también a muchas personas que le ayudaron con documentación real, como Mabel Preloran y Luis César Perlinger, quienes lo ayudaron con los documentos relativos a la infancia de Perón; Julio Lanzarotti, quien investigó sobre lo ocurrido en Chile; Mercedes Villada Achával de Lonardi (la viuda de Lonardi), la que le dejó copiar su diario, y otras personas, a las cuales califica como “los Siete testigos, que me abrieron sus cajas de papeles y toleraron mis interrogatorios interminables” (Martínez, 2015, p. 469), sin identificarlos, resguardando el secretos de las fuentes, como lo hace cualquier periodista profesional.

Todo lo anterior fue lo que permitió a Martínez elaborar un relato completamente verosímil y creíble para cualquiera que conozca los hechos. No cabe duda de que muchos de quienes leyeron el libro deben haber estado en Ezeiza el día de los hechos y seguramente la lectura de lo que allí aconteció, pero en la novela, les debe haber parecido completamente ajustada a los hechos. Si es así, ¿por qué no entonces confiar en que todo lo demás es cierto también?

Lo mismo sucede con una de las frases más fuertes que pronuncia Perón en el libro, aquella de “a los amigos todo. A los enemigos, ni justicia” (Martínez, 2015, p. 322). Lo haya dicho o no, es una frase completamente verosímil, ad hoc al lenguaje y el carácter del general.

La violación sodomítica a la que el personaje ficticio Arcángelo Gobbi es sometido, como una suerte de iniciación en su entrada en los escuadrones de la muerte, también es creíble, pues es una muestra de la maldad de hombres y mujeres que durante años asolaron al país sembrando la muerte y la destrucción. Quizá no se dedicaban a violarse entre ellos, pero que el autor haya construido dicha escena es completamente compatible con la imagen de brutalidad de esos sujetos.

Martínez, de hecho, se cuidó mucho de no rebasar los límites de la verosimilitud en la novela y las escasas escenas que rayan en lo real maravilloso que hay en ella, y que de algún modo son una clave para que el lector entienda que lo que está leyendo es una fantasía, son tan sutiles que es muy fácil pasarlas por alto.

Una de ellas, por ejemplo, es cuando describe a su alter ego Zamora viajando en auto desde Francia con un amigo (el que, ya sabemos, era Fernández en la vida real), con el fin de entrevistar a Perón en España. Aunque en la vida real ese viaje solo tuvo algunas dificultades a consecuencias de una tormenta de nieve, en la ficción Zamora y su acompañante sienten que el viento entra al auto “y se puso a zumbar. No es el viento, son moscas, dijo mi amigo. Aquello se puso insistente.

Abrimos las ventanas. Fue peor. Sentimos unos tajitos en el cuello. Tuvimos que detenernos para secar la sangre” (Martínez, 2015, p. 345).

Luego de que el acompañante de Zamora recitara un conjuro contra el mal de ojo, a ambos se les rompió la pechera de la camisa. Cuando regresaban a Francia, dice Zamora, vieron una lluvia de pájaros y su amigo dijo “Es Perón” (Martínez, 2015, p. 345).

Nada de lo anterior llega a internarse derechamente por los meandros de lo real maravilloso al estilo *garciamarquiano*, ni tampoco en la tradición mágica de la literatura europea, pero son pequeños guiños que ningún lector atento podría pasar por alto.

Un cuarto elemento que es necesario agregar es el que dice relación con el primer epígrafe del libro, una frase extractada de *Paris era una fiesta*, de Ernest Hemingway: “Si el lector lo prefiere, puede considerar este libro como una obra de ficción. Siempre cabe la posibilidad de que un libro de ficción deje caer alguna luz sobre las cosas que antes fueron narradas como hechos” (Martínez, 2015, p. 11).

Como señala Girona, *La Novela de Perón* “desborda los límites de lo puramente imaginario” (1995, p. 44) y en dicho sentido, la elección del epígrafe no es una casualidad. Por el contrario, es un indicio de la voluntad del autor en dicho sentido, pese a su declarada ficcionalidad, y evidentemente es un aviso hacia el lector, una especie de señal de tránsito que confunde ficción con no ficción y que da a la entender que, bajo el manto de la primera, en realidad estamos en el campo de lo segundo.

Ficciones verdaderas

Dando una vuelta de tuerca a todas las definiciones como “Periodismo literario”, “Periodismo narrativo”, “Periodismo de no ficción”, “Novela de no ficción”, “Novela sin ficción” y otras, Martínez acuñó su propia definición para explicar qué hacía, consciente sin dudas de lo que Mattos pensaba al respecto, al señalar que pese a todos los estudios críticos que existen respecto del trabajo del periodista argentino, estos “se resisten a encajar en los parámetros de género hasta hoy consagrados. Contienen demasiada ficción para los bordes que definen las novelas históricas, las composiciones biográficas o el llamado nuevo periodismo” (Mattos, C., en Martínez, 2006, pp. 7-8)

A este respecto, Martínez explicaba que aunque el periodismo narrativo podía convertir un hecho de la vida real en drama o en comedia, pues “la realidad se estira, se retuerce, pero jamás se convierte en ficción”, de algún modo sucede lo mismo con la historia, aquello que Rancière definía como “una disposición de acciones por la cual no solo ha habido primero esto y luego esto otro, sino también una configuración que une hechos y permite presentarlos como un todo: lo que Aristóteles llama un *muthos*; una trama, un argumento” (2013, p.16).

En ese sentido, el periodista argentino pensaba que aunque es probable que en la historia no haya verdades absolutas, como sostiene Carmen Iglesias, sí existía ese *muthos* del cual hablaba Rancière, pues aseguraba que “en la historia siempre hay un orden, una lógica, que crea la ilusión de verdad”.

Dejado eso por sentado, aseguraba que dentro de la “reelaboración de lo real” existía una categoría distinta, intermedia —por situarla en algún lugar— al periodismo, al nuevo periodismo, a la historia, a la ficción, etc:

Hay una categoría que he llamado ficciones verdaderas porque, en ese caso, el gesto de apropiación de la realidad es más evidente y su interdependencia con el imaginario de la comunidad dentro de la cual el texto se produce y con el momento en el cual se produce es, también, mucho más clara. Esta actitud puede no ser deliberada, pero sin duda es inequívoca. (Martínez, 2016)

Desde ese punto de vista, Martínez señala que uno de los ejemplos más evidentes de ficción verdadera es *El reino de este mundo* y su famoso prólogo, en el cual Carpentier, en palabras del periodista, “declara su voluntad de apropiación de una cierta realidad histórica”. Aunque allí se usa por primera vez el concepto de lo *Real Maravilloso*, Martínez insiste en que se trata de una ficción verdadera, sobre todo tomando en consideración que la historia parte a consecuencias de la lectura que hizo Carpentier de las tres partes que componían la *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la parte francesa de la isla de Santo Domingo*, y que el propio autor admitiría después fue la principal fuente documental que utilizó para escribir el libro, entre 1947 y 1948, a lo cual hay que sumar, además, la famosa visita que hizo a las ruinas de los palaciones de San Souci y La Ferrière, en 1943, con lo cual inicia el prólogo de la primera edición.

Así como en este caso, Martínez relata en su libro *Ficciones verdaderas* una serie de otras grandes obras de la literatura universal que tuvieron una fuente documental seria y comprobable, entre ellas las notas periodísticas del diario *La Gazette des Tribunaux* sobre el juicio contra el religioso Antoine Berthet, a partir de las cuales Stendhal creó *Rojo y Negro*.

De acuerdo con Martínez, las ficciones verdaderas básicamente tienen tres estímulos, tres motivos por los cuales ser escritas: llenar un vacío de la realidad, escribir lo omitido o, bien, “rehacer la realidad, reescribirla, transfigurando según las leyes del propio deseo o, como bien señala Borges, del placer” (Martínez, 2016).

Desde esa perspectiva, entonces, *La Novela de Perón* cumple con los tres “estímulos” de las ficciones verdaderas, pues buscó llenar los vacíos y omisiones que Perón dejó en sus memorias y que intencionadamente se negó a incorporar y, al mismo tiempo, rehizo una realidad inquietante, dominada por el mal, en un ejercicio escritural que, qué duda cabe, debe haber prodigado importantes cuotas de placer al autor.

En dicho sentido, es importante entender que la enrevesada morfología de la novela y la polifonía de voces que posee²⁶ es un formato que le permite al autor ir exhibiendo de un modo casi indetectable el mal que habita en la novela, que es el de López Rega, un sujeto que a la luz de sus antecedentes esotéricos podía pasar por un simple demente, aunque en realidad era un hombre que tenía un plan para llegar al poder.

Por cierto, se trataba de un plan —a primera vista— delirante, que fundía supercherías baratas con intrigas políticas y asesinatos, pero si revisamos la historia ciertamente veremos que funcionó por algún tiempo, bajo la venia o la complacencia del matrimonio Perón, usando como eje el vuelo que el antiguo mandatario emprende a mediados de 1973 desde Madrid a Buenos Aires, luego de

²⁶ Neyret (2007) encontró siete voces distintas en el libro: el “autor” de la novela, que es quien transcribe las entrevistas con Perón; el “comentador”, que aparece en una nota al pie de página; el narrador homodiegético en que se convierte el Tomás Eloy Martínez del capítulo 14; el periodista Zamora, que escribe las ya mencionadas contramemorias de Perón y que, correctamente, Neyret considera un alter ego de Martínez; las memorias del general, escritas e intervenidas por José López Rega; el clásico narrador heterodiegético que va cimentando los diversos relatos, tiempos, lugares y voces, y el “no-narrador”, que configura el informe policial que aparece en el capítulo 11.

que el justicialismo retomara el poder ese año de la mano del presidente Héctor Cámpora, quien acompañaría a Perón de regreso a Argentina, tras un exilio de 18 años.

Ese viaje transoceánico es una amalgama que permitió al autor contar en forma simultánea, y con diversas voces, tres líneas narrativas que se van entrecruzando: la vida de Perón y la influencia de López Rega, el viaje como tal y, en tercer lugar, los acontecimientos que a la misma hora están sucediendo en tierra, centrados en los grupos de militantes de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y escuadrones paramilitares de derecha mandatados por López Rega, los cuales culminan con la matanza de Ezeiza, que dejó 13 muertos y más de 300 heridos.

La importancia de López Rega en *La novela de Perón* se aprecia apenas iniciada la lectura, la cual muestra a Perón despertando de un sueño, siendo de inmediato asistido por su secretario, del cual el narrador dice:

...se llamaba José López Rega, pero en la primera ocasión de intimidad pedía seriamente que lo llamaran Daniel, ya que por ese nombre astral lo conocería el señor cuando tronara el escarmiento del apocalipsis. Parecía un carnicero de barrio: era retacón y confianzudo. (Martínez, 2015, pp. 14)

Pese a dicha introducción acerca del personaje, la opinión de quienes sirve es completamente opuesta y ello queda de manifiesto en la voz de Estela Martínez de Perón, quien dice a su marido:

—¡Qué hombre tan bueno es Daniel! ¿Viste, Perón, qué hombre tan servicial nos ha mandado Dios?

—Sí —admitió el General—. Ahora déjenme dormir. (Martínez, 2015, p. 14)

Moviéndose siempre en esa dualidad, en esa dialéctica de amor y odio que despertaba en algunos y en otros, López era una suerte de censor que decidía quién veía al matrimonio Perón-

Martínez, decisión que adoptaba “según el aura de bien o de mal que exhalaban las personas y que él podía sentir con tanta claridad como un olor”, al decir de Martínez (2015, p. 17).

Sin embargo, no era solo un secretario. Era un hombre que sabía que Perón era, en 1973, un anciano exento de voluntad, “una fiera sin dientes, un viejo león herbívoro” (2015, p. 83), un triste remedo del niño perverso que había sido desde pequeño, tal como lo describía una de sus tías: “jamás he visto una criatura así, tan oscura por dentro y con tanta luz por fuera” (2015, p. 108).

Por el contrario. Ya en el ocaso de la vida, Martínez describe a Perón como un hombre adicto a la adulación (“estas tragedias pasan porque usted es demasiado bueno”, Martínez, 2015, p. 25), dolido por el exilio y por “estos doce años en los que Franco me trató como a un paria, sin tan siquiera responder a mis cartas” (2015, p. 117), e incluso carente de juicio de la realidad: “Cámpora había sido fiel, discreto, maravilloso. A veces, al caer la tarde, el General lo extrañaba y hasta le daba unas palmaditas de amistad, sin advertir que Cámpora no estaba allí sino en Buenos Aires” (2015, p. 24).

Todo eso solo fue posible de ser contado por medio de esta ficción verdadera, una mixtura de periodismo, biografía, historia y ficción relatada con diversas voces, diversos tiempos verbales y diversas estrategias narrativas, puestas todas al servicio del desnudamiento no solo del verdadero Perón, sino también del que quizá sea el sujeto más malvado que ha conocido la historia de la Argentina moderna: José López Rega.

Capítulo 3

La banalidad del mal

El 11 de agosto de 1960, la filósofa de origen judío Hannah Arendt, que a esas alturas ya era una figura mayor del pensamiento mundial gracias a su libro *Los Orígenes del totalitarismo*, mandó una breve carta al editor jefe de *The New Yorker*, William Shawn. En ella, se ofrecía para escribir uno o dos artículos sobre el juicio que se avecinaba, en contra del criminal nazi Adolf Eichmann: "I am very tempted to attend the Eichmann-trial in Isreal. I am writing you today to inquire whether *The New Yorker* would be interested in one, possibly two articles on the case", le decía, con bastante humildad (Horowitz, sin fecha).

Eichmann, un teniente coronel y jefe de la oficina de las SS nazis dedicada al transporte y asentamiento de los judíos deportados desde cientos de ciudades europeas a los más de 20 campos de concentración que el nazismo estableció en Alemania y los países vecinos, era buscado por crímenes contra la humanidad desde 1956, cuando un fiscal alemán pidió la primera orden de detención en su contra, al tribunal regional de Frankfurt. Sin embargo, no sería hasta el año siguiente cuando surgirían las primeras pistas²⁷ que indicarían que el criminal se encontraba en Argentina y no en Oriente Medio, como se creía hasta ese momento.

Desconfiando de la policía, la justicia y la inteligencia alemana (encabezada en ese momento por Reinhard Gehlen, un ex general nazi), según la versión más aceptada en la actualidad, el fiscal

²⁷ Dicha pista surgió de una carta enviada a Bauer por Lothar Hermann, un judío residente en Buenos Aires, cuya hija tenía una relación con un joven llamado Nicolás Klement, que Hermann creía —correctamente— podría estar relacionado con Eichmann padre.

Fritz Bauer optó por entregar los antecedentes al Mossad, el servicio de inteligencia exterior del entonces joven Estado de Israel, el cual envió un equipo de especialistas a Buenos Aires.

Tras varias pesquisas tendientes a comprobar su identidad, el 11 de mayo de 1960 dicha agencia de inteligencia lo secuestró en las afueras de su casa, en el sector de San Fernando (al norte de Buenos Aires), donde Eichmann vivía con una identidad falsa, y lo trasladó a Israel, drogándolo y haciéndolo pasar como miembro de la tripulación de un avión de El-Al que había viajado a Argentina, llevando a la delegación oficial israelí que participó de los festejos relativos al 150 aniversario de la independencia del país trasandino.

La aprehensión de Eichmann fue una noticia de nivel mundial. Su nombre había aparecido en varios de los juicios celebrados en contra de criminales nazis, tanto en el tribunal especial establecido en Nuremberg en 1946, como en los procesos criminales incoados con posterioridad tanto en Alemania como en Polonia²⁸, y su detención fue celebrada como un enorme triunfo por parte del pueblo judío, sobre todo porque hasta ese momento no se había dado con el paradero de ninguno de los grandes criminales que eran buscados por diversos crímenes en contra de la humanidad, como Klaus Barbie, Walther Rauff, Josef Mengele, Franz Stangl, Aribert Heim o Eduard Roschmann, todos los cuales se presumía correctamente que habían huido a América del Sur, salvo en el caso de Heim, quien murió en Egipto.

Las protestas argentinas por la violación de su soberanía no tuvieron mucho eco, ni tampoco las voces de aquellos que argumentaban que no se podía llevar a cabo un juicio contra Eichmann,

²⁸ Siguiendo el principio de la ejecución del delito, si bien los grandes jefes nazis fueron juzgados en Nuremberg (suelo alemán), los comandantes de los campos de concentración de Plaszow y Auschwitz, Amon Göth y Rudolph Höss, fueron juzgados en Polonia, donde se habían cometido los delitos que se les imputaban y por los cuales ambos oficiales de las SS fueron ejecutados. Como se indica en el texto, este principio jurídico no se aplicó en el caso de Eichmann, creándose un precedente —por ejemplo— para el procesamiento de Augusto Pinochet por parte del juez Baltazar Garzón, en España.

dada la forma ilegal en que había sido aprehendido. No obstante, el Primer Ministro de Israel, Ben Gurión, ya había anunciado que se efectuaría un juicio y que este era legal, amparándose en el hecho de que los crímenes que se imputaban a Eichmann eran tan excepcionalmente graves que se justificaba aplicar medidas excepcionales en lo que dice relación con su captura y también con el hecho de juzgarlo en un lugar distinto de aquel en que se habían cometido los crímenes que se le imputaban.

Poco después de que la noticia se conociera, Arendt ya albergaba la idea de cubrir el juicio que tendría lugar en Israel. En una carta a su amiga y confidente Mary McCarthy, del 20 de junio de 1960, le decía que “acaricio la idea de conseguir que alguna revista me envíe a hacer un reportaje sobre el juicio de Eichmann. Es una idea muy tentadora. Era uno de los más inteligentes de todos ellos. Podría ser interesante. Y horrible” (Literary Trust of Hannah Arendt & Literary Trust of Mary McCarthy West, 2016).

Young-Bruehl relata (2004) que luego de que la filósofa decidiera ofrecer sus servicios a la prestigiosa revista de Manhattan, Shawn reaccionó con mucha satisfacción, seguro de que Arendt sería una corresponsal mucho más preparada que cualquiera de sus periodistas, y recordando el gran éxito que para *The New Yorker* había significado la publicación de *Hiroshima*, en 1946.

La respuesta positiva del editor la insufló de energías. Canceló una serie de actividades académicas que tenía planificadas y solicitó a la fundación Rockefeller varios cambios respecto de los plazos de una beca que le habían concedido. En la carta que envió al respecto, revela un aspecto esencial de su motivación por asistir al juicio: “You will understand I think why I should cover this trial; I missed the Nuremberg trials, I never saw this people in flesh, and this is probably my only chance” (Young-Bruehl, 2004, p. 329).

Por cierto, ella sí había visto a los nazis, pero su apelación a que nunca los había visto “de verdad” (como podríamos traducir la expresión “in flesh”) evidentemente alude a los criminales que perpetraron algunas de las mayores matanzas que conoce la historia de la humanidad.

Nacida en 1906 en Hannover, de padre y madre judíos²⁹, entró en 1924 a la Universidad de Marburgo, donde quedó fascinada con la fenomenología de Husserl y especialmente por el profesor que enseñaba al respecto, Martin Heidegger, de quien se convirtió en amante. En 1925, este le escribía que “nunca podré poseerla, pero usted pertenecerá a partir de ahora a mi vida, y esta deberá crecer por usted” (Ludz, 2014).

Luego estudió en la Universidad de Friburgo y posteriormente cursó su doctorado en Heidelberg, donde su profesor guía fue Karl Jaspers. En 1929 se casó con el filósofo Günther Stern y en 1930 se mudaron a Berlín, donde Arendt comenzó a frecuentar cada vez más círculos intelectuales judíos pro sionistas, especialmente a causa de su amistad con el periodista Kurt Blumenfeld, el principal líder de la Organización Sionista Alemana.

Luego de que los nazis asumieran el poder e incendiaran el Reichstag (el 27 de febrero de 1933), Arendt decidió que no podía ser una simple espectadora, sobre todo a la luz de acontecimientos como el fin del símbolo del poder legislativo, los arrestos preventivos y el maltrato a los judíos. Todo ello se vio potenciando por el hecho de que su marido decidiera dejar Berlín temiendo ser detenido por la Gestapo (debido a que en la casa de Bertolt Brecht, quien era buscado por su militancia en el Partido Comunista, se había hallado una libreta con nombres y direcciones de militantes comunistas, entre los cuales figuraba Stern), tras lo cual Arendt ofreció su departamento

²⁹ Su padre fue Paul Arendt y su madre Martha Cohn. Paul Arendt falleció en 1913 y unos años más tarde Martha Cohn se casó con Martin Beerwald.

como punto de reunión para la feble resistencia antinazi que comenzaba a organizarse en un país que aún no salía de su asombro por todo lo que estaba pasando.

Por cierto, en la resistencia de aquellos años (como también sucedería después) participaban muchos militantes del Partido Comunista y ello valdría a Arendt dicho mote, a posterior. Justamente, tras la publicación de *Eichmann en Jerusalén*, Gershom Scholem se refirió a ella como parte de un grupo de “intellectuals who came from the German left” (Young-Bruehl, 2014, p. 104), por medio de una carta abierta.

En su respuesta, Arendt dejó en claro que nunca fue militante de grupo alguno y que hacia 1933 no estaba mayormente interesada en historia o política, y que “if I can be said to ‘have come from anywhere’ it is from the tradition of German philosophy” (Young-Bruehl, 2014, p. 104). Pese a ello, aceptó una propuesta de hacer trabajo político activo para el grupo de Blumenfeld y recolectar material antisemita desde la biblioteca pública de Prusia, el cual se pretendía hacer llegar a la prensa internacional, como evidencia de las políticas del nuevo régimen, encabezado por Adolf Hitler.

De ese modo, su misión consistía en buscar “for example, statements in clubs, all kind of professional clubs, all kinds of professional journals –in short, the sort of things that doesn’t become known in foreign countries” (Hannah Arendt Bluecher Literary Trust, 2013). La idea era que ella realizara ese trabajo de recolección de información porque al no ser militante formal de la Organización Sionista Alemana existía menos riesgo a que si lo hacía alguien que formaba parte del grupo, pues suponían que todos estaban fichados.

Sin embargo, en julio de 1933 fue detenida por la Gestapo, junto a su madre. La naciente policía política nazi allanó su departamento, incautando mucha documentación y escritos filosóficos de ella.

Para su fortuna, su captor resultó ser un policía común y corriente, recién transferido a la sección política, quien además de ser un hombre cortés, como lo describe Young-Bruehl, le confesó que no tenía mucha idea de qué debía hacer con ella. Fumadora empedernida, cuando la llevaban a los cuarteles de la Gestapo le dijo al oficial que tenía pocos cigarrillos, ante lo cual “he very politely stopped the car, bought her several packs of cigarettes, and helpfully suggested how she might smuggle them into her cell. The next day, as he was conducting the interrogation, she complained about the quality of the coffee, and a better cup was provided” (Young-Bruehl, 2014, p. 106).

Luego de ocho días Arendt fue dejada en libertad, como ella misma diría, “because I made friends with the official who arrested me! He was a charming fellow” (Hannah Arendt Bluecher Literary Trust, 2013). Arendt relataría más tarde que cuando aún estaba presa el policía incluso le anunció que la dejaría en libertad y le recomendó que no implicara a un abogado en la causa, por lo cual ella rehuyó del contacto con el abogado que le mandó el grupo sionista.

Como ya sabemos, el novel agente de la Gestapo cumplió su promesa y gracias a ello es que el único contacto real que alguna vez tuvo Arendt con la temible policía secreta que dependía de las SS se limitó en realidad al encuentro con un hombre encantador, amable y que ni siquiera sabía bien por qué debía interrogarla y que, además, facilitó su salida del periodo de detención. Arendt sabía que tuvo mucha suerte y que el nazismo era una doctrina malvada, pero lo ocurrido deja en claro el fondo del comentario que realizaría años más tarde, al decir que nunca había visto en persona a uno de aquellos criminales nazis que tanto dolor habían causado en el que alguna vez fuera su país.

Tan consciente estaba de su buena fortuna, que apenas quedó en libertad decidió huir de Alemania, junto a su madre. Como sus documentos estaban retenidos en la Gestapo tuvieron que salir por un paso ilegal a través de Karlsbad, por donde atravesaron la frontera de noche, eludiendo a los guardias nazis que patrullaban con perros pastores y reflectores de luz, dispuestos a disparar en cualquier momento. Madre e hija llegaron a Praga y desde allí se fueron a Ginebra, desde donde Arendt, posteriormente, viajaría a París. En esa ciudad se separó de su marido (en 1937) y se casó con el filósofo autodidacta Heinrich Blücher, convirtiéndose además en una activista de tiempo completo.

Fue allí donde decidió aprender a hablar y leer hebreo, integrándose además a la *Youth Aliyha* (Kristeva, 2001, p. 108), organización que por aquel entonces ayudaba a adolescentes judíos perseguidos a emigrar a Palestina. Sin embargo, después del estallido de la Segunda Guerra Mundial los franceses ordenaron la detención de todos los alemanes. Aunque en los hechos ella era una apátrida, en mayo de 1940 estuvo detenida por cerca de seis semanas en el campo de Internamiento de Gurs, hasta que finalmente logró escapar, debido a que las medidas del centro de internación en que se encontraba se relajaron —vaya contradicción— debido a la entrada de los nazis a París.

Esta vez, gracias a una visa humanitaria del gobierno de Estados Unidos, en 1941 pudo finalmente llegar a Nueva York, junto a su esposo, y allí fue donde comenzó a trabajar como periodista. Tiempo después, sabrían que las personas que habían quedado en Gurs habían sido enviadas a Auschwitz.

Aunque nunca se reconoció como tal³⁰, “el hecho de que Hannah Arendt no sea considerada un paradigma periodístico no se contradice con la realidad de que asumió los retos y los medios del periodismo como opción vital y como tarea profesional frecuente”, señala Gutiérrez de Cabiedes (2009), quien agrega que dentro de la amplia gama de trabajos periodísticos que Arendt ejecutó desde 1942 en adelante se encuentran la escritura de “reseñas literarias, columnas de opinión, reportajes, semblanzas necrológicas e, incluso, aporta su granito de arena para esclarecer el nacimiento de uno de los géneros que estaba siendo dado a luz en la época: el perfil periodístico”, que es justamente lo que hizo en el caso de Eichmann: construir un perfil psicológico, sociocultural y moral de quien en ese momento se había convertido en su objeto de estudio.

Su primera colaboración estable con un periódico fue la que realizó con el periódico *Aufbau*, un boletín escrito en alemán y destinado al público judío de habla alemana que residía en Estados Unidos, donde comenzó a escribir una columna quincenal, labor que alternaba con su trabajo académico y la colaboración en varios otros medios, entre ellos *Commentary*, *Partisan Review*, *Review of politics* y la muy prestigiosa *New York Review of books* (Lev, 2014). Ya mucho más decidida en su militancia antinazi, recordaría después que su compromiso se reafirmó en 1943, cuando supieron de la existencia del campo de concentración de Auschwitz, como contó en 1964 al periodista Günter Gaus.

Según dicha entrevista, al principio ni ella ni su marido creían que algo tan horroroso fuera cierto. Su esposo, que sabía bastante acerca de temas castrenses, le decía que eso no podía ser y demoraron medio año en convencerse de que era real, de que en los campos de concentración gaseaban a personas por el solo hecho de pertenecer a una etnia determinada y que sus despojos

³⁰ Por cierto, no cabe duda alguna de su valía como periodista. Como señala Gutiérrez de Cabiedes, “sus reportajes sobre el juicio a Eichmann para *The New Yorker* la llevaron a ocupar el vigésimo puesto en la selección de grandes éxitos del periodismo del siglo XX en Estados Unidos”.

(vestimentas, cabellos, implantes dentales, etc.) eran clasificados y reciclados como parte de la economía de guerra. Así se lo dijo Arendt a Gaus:

Before that we said: Well, one have enemies. That is entirely natural. Why shouldn't a people have enemies? But this was different. It was really as if an abyss had opened. Because we had the idea that amends could somehow be made for everything else, as amends can be made for just about everything at some point in politics. But not for this. This ought not to have happened. And I don't mean just the number of victims. I mean the method, the fabrication of corpses and son on —I don't need to go into that. This should not have happened. (Hannah Arendt Bluecher Literary Trust, 2013)

El descubrimiento del horror

Claro. Hasta 1943 existían testimonios diseminados por distintas partes respecto de la existencia de estos enormes campos de concentración en distintas zonas de Alemania, Polonia y Austria, pero el gobierno alemán no se pronunciaba al respecto y no existían confirmaciones oficiales de que aquello que decían algunos judíos que lograban escapar fuera cierto.

A nivel oficial, solo se conocen algunos informes secretos que dan cuenta de lo anterior, los que fueron confeccionados a fines de 1941 por el cónsul chileno en Praga, Gonzalo Montt Rivas, un filonazi de 48 años a esa fecha, que envió varios reportes al Ministerio de Relaciones Exteriores chileno, de los cuales solo sobreviven traducciones al inglés que se encuentran en los Archivos Nacionales de Estados Unidos. En dichos documentos, el diplomático explica que tenía la impresión de que los nazis exterminarían a los judíos a toda costa y que una de las opciones para

ello era enviarlos a otros países, lo que él esperaba no ocurriera con Chile, dado que además de opinar que eran unos inútiles, pensaba que “they are all propagators of communism, bolshevism and other physical and moral vices” (Breitman, Goda, Naftali y Wolfe, 2005).

Otro de sus reportes da cuenta de los intentos de varios judíos por obtener visas para entrar a Chile desde Praga, argumentando en varios casos que se habían convertido al cristianismo. Ante ello, Montt daba una clase de higiene teologal y aseveraba que “baptismal water can cleanse original sin, but not the filth accumulated during centuries in ghettos everywhere” (Breitman et al., 2005).

Como correctamente señalan los mismos autores, existe un informe escrito por Montt el 24 de noviembre de 1941, un día antes de que el Reich anunciara el decreto 11, por medio del cual se despojaba de la nacionalidad alemana a todos los judíos que residieran en el extranjero y se confiscaban sus bienes en Alemania, y dos meses antes de la famosa conferencia de la mansión de Wansee, donde se diseñó “la solución final”, una de las grandes acusaciones que posteriormente se esgrimiría en contra de Eichmann.

A la luz de lo escrito por el cónsul, sin embargo, era evidente que tanto el decreto como lo decidido en Wansee eran solo actos administrativos, que dieron una forma jurídica (y antinatural, ciertamente) a decisiones tomadas ya desde hacía mucho tiempo.

En dicho sentido, Montt planteaba que un triunfo alemán en el este dejaría a Alemania libre de judíos y aseveraba que “in proportion to the USA increasing its attacks on the Reich, Germany will expedite the destruction of semitism, as she accuses International Judaism of all the calamities which have befallen the world” (Breitman et al., 2005), opinión que él evidentemente parecía compartir.

En realidad, el mundo solo vio la evidencia incontrovertible de lo que había ocurrido como consecuencia de las políticas genocidas del nazismo después del 5 de abril de 1945. Ese día, el periodista estadounidense Meyer Levin, quien trabajaba para la *Jewish Telegraphic Agency* y la *Overseas News Agency*, llegó junto al fotógrafo francés Eric Schwab al campo de concentración de Ohrdruf, junto a una división del Ejército de Estados Unidos que penetraba el corazón de Alemania.

Con lo primero que se encontraron fue con un grupo de cadáveres de prisioneros judíos tirados en el suelo, que fueron ejecutados por los nazis antes de abandonar el campo, luego de recibir una instrucción del jefe de las SS, Heinrich Himmler, en orden a “limpiar” los campos, cuando la derrota nazi ya era un hecho.

Meyer Levin los cuenta. Son veintinueve. Los cuerpos están descarnados. Detrás de los cráneos rapados, la bala que los ha matado ha dejado un orificio. Se dará la orden de dejarlos donde están, tal como están, para dar tiempo a investigar su muerte y eventualmente identificarlos, cuenta Meyer (Wierwiorka, 2016).

Esa primera imagen jamás se borraría de las mentes de Levin y Schwab, no solo por el impacto que causaba, sino porque los cadáveres fueron dejados allí durante más de una semana, para ser sepultados recién después de una visita de los generales Patton, Eisenhower y Bradley, según explica Wierwiorka, quien añade que “en el hecho de mantener los cuerpos como están tal como están, allí donde están, ya se lee la voluntad de mostrar el horror” (2016).

Como ella misma detalla posteriormente, un coronel estadounidense tomó en los días siguientes la decisión de hacer que los concejales locales visitaran el campo, igual que pobladores del lugar.

Según el propio Levin, luego de que el alcalde de Ohrdruf y su esposa fueran obligados a visitar el campo ambos se suicidaron.

La visión de lo que ocurrió en ese campo de concentración fue grabada en cine y “ampliamente retransmitida en los noticiarios filmados”, por lo cual Wiewiorka (2016) indica que existió una “mediatización” de este primer descubrimiento, como ocurriría posteriormente con los demás campos, con el claro objetivo de que la comunidad mundial se diera cuenta de los crímenes que allí se habían cometido, lo que ayudó también a construir la imagen de los nazis como unos monstruos capaces de cualquier atrocidad.

Luego de la primera vista por el campo, las siguientes fueron igual o peores de horribles, y Schwab (cuya madre, judía, estaba internada desde 1943 en un campo de concentración) miraba azorado las pilas de cadáveres, las fosas comunes y las parrillas al aire libre en las cuales se cremaron los cuerpos, antes de la huida de las SS desde los campos.

Wiewiorka relata que si bien en las siguientes semanas Schwab tomaría cientos de fotos en los campos de concentración que los aliados fueron descubriendo a continuación, especialmente en el vecino Buchenwald, no existe ni una sola imagen de ese primer encuentro cara a cara con el horror, con ese horror en que se imaginaba podría estar —si es que había sobrevivido— su propia madre. No se sabe si tomó fotos o no, pero al menos en la agencia AFP, para la cual trabajaba, no existe ni un solo registro de aquellos días.

Lo que sí es un hecho es que a partir de ese momento, por expresa instrucción del general Eisenhower, comenzaron a multiplicarse los informes periodísticos acerca de lo que había ocurrido en esos lugares, así como los testimonios que comenzaron a tomar los oficiales aliados a los sobrevivientes y que luego se utilizarían en los juicios en contra de los nazis.

George Gaudiny, por ejemplo, contaría que en Ohrdruf habían enterrado tantos cadáveres en las fosas comunes que ya no había espacio, por lo cual en marzo de 1945 los prisioneros (como él) recibieron la instrucción de desenterrar los cuerpos, para quemarlos. El jefe del campo les mostró el procedimiento que se utilizaba en Auschwitz:

Hacíamos unas piras con tres hileras de cuerpos separadas por capas de leños. La primera capa de leños se disponía sobre dos raíles paralelos y la rociábamos con alquitrán antes de encenderla. Durante la combustión, a veces teníamos que dar vuelta a los cadáveres para que solo quedasen cenizas una vez apagado el fuego. Por este procedimiento, destruimos todos los cadáveres en la fosa medio llena. Las cenizas se echaron al fondo y volvimos a taparla. Como habíamos hechos cinco piras de 250 cuerpos cada una, esta primera fosa debía de contener unos mil doscientos cadáveres. En el momento en que llegaron los estadounidenses, los SS nos hicieron recubrir la segunda fosa de la cual la mitad de los cuerpos ya habían sido quemados. La tercera fosa estaba intacta. La pira que ve usted hoy es excepcionalmente pequeña, pues no tuvimos tiempo de terminarla, solo debe contener un centenar de cuerpos. (Wiewiorka, 2016)

Posteriormente se conocería lo ocurrido en otros campos, como Buchenwald, Auschwitz y su anexo, Birkenau; así como en Mauthausen, Treblinka, Chelm y tantos otros, y las imágenes de los cuerpos amontonados como si fueran muñecos de trapo, de personas raquílicas y de las maletas expoliadas en las locales que las SS disponían en las estaciones de trenes, llenaron todas las pantallas del mundo. Quizá nunca antes había existido una claridad tan absoluta acerca de lo que era el mal y, con la conformación del tribunal de Nuremberg y el inicio de los juicios en contra de los jerarcas, comenzaron a conocerse testimonios inenarrables acerca de una crueldad organizada en forma sistemática.

Fue allí, así como en los juicios que se realizaron en Polonia y Austria, donde comenzaron a aparecer los primeros antecedentes acerca de las SS y de sus aparatajes de inteligencia (la Gestapo y el SD, principalmente), así como respecto de los Einsantkommandos (EK), los grupos especiales de asesinos cuya misión era exterminar a grupos étnicos determinados.

También fue en esos juicios cuando aparecieron los primeros detalles acerca de la crueldad de algunos oficiales como Klaus Barbie (detenido en 1983 en Bolivia), que alguna vez golpeó a una niña judía con una cadena de bicicleta, así como los testimonios respecto de sujetos brutales como Amon Göth, el jefe del campo de concentración de Plaszow, cuya figura siniestra fue magistralmente retradada por el actor Ralph Fiennes en *La lista de Schindler*. Del mismo modo, en esos estrados se supo de la tarea acometida con gran eficiencia por Walther Rauff (que murió en Chile en 1984), a quien se le encargó diseñar camiones móviles que permitieran eliminar personas en masa, lo que “logró” al conectar los tubos de escape de diversos móviles a los contenedores herméticamente cerrados de la parte trasera, donde las víctimas eran subidas para que murieran asfixiadas por el monóxido de carbono que se generaba al moverse el vehículo.

Y no solo eso. Gracias a esos procesos el mundo se enteró también de los aberrantes experimentos “médicos” a que niños, mujeres y hombres eran sometidos en Auschwitz, los cuales hicieron famoso el nombre del médico Josef Mengele (quien murió en Brasil, en 1978), así como lo relativo al programa T-4, por medio del cual se sometió a eutanasia a cerca de 200 mil alemanes enfermos o disidentes políticos, y del uso masivo del insecticida Zyklon-B, con el fin de asesinar a cerca de seis millones de judíos solamente (cifra que emerge de los datos que el propio Adolf Eichmann manejaba y que entregó en Israel).

El mal radical

Como lo señala Bernstein (2012, p. 19), después de Auschwitz fue necesario comenzar a “repensar el sentido del mal y la responsabilidad humana”. Por su parte, Rubio precisa que:

No cabe duda de que después de Auschwitz el concepto de Mal ha sido trastocado en su raíz más profunda. Las diferentes teodiceas que hasta entonces justificaban cualquier clase de mal, ya fuese individual o colectivo, no sólo no sirven, sino que suena a elaborada burla con que apoyar la no culpabilidad y la no responsabilidad de los verdugos. (2014)

En medio de ese esquema de ideas fue cuando Arendt, ya asentada en Nueva York, escribió su primera gran obra: *Los orígenes del totalitarismo*, que en esencia gira en torno al concepto de mal kantiano, aquel mal que el gran pensador alemán decía que era cosustancial a la especie:

Pues bien, si en la naturaleza humana reside una propensión natural a la inversión de los motivos, entonces hay en el hombre una propensión natural al mal; y esta propensión misma, puesto que ha de ser finalmente buscada en un libre albedrío y, por lo tanto, puede ser imputada, es moralmente mala. Este mal es *radical*, pues corrompe el fundamento de todas las máximas; a la vez, como propensión natural, no se lo puede *exterminar* mediante fuerzas humanas, pues esto sólo podría ocurrir mediante máximas buenas, lo cual puede tener lugar si el fundamento subjetivo de todas las máximas se supone corrompido; sin embargo, ha de ser posible *prevalecer* sobre esta propensión, pues ella se encuentra en el hombre como ser que obra libremente. (Kant, 1981, p. 43-44)

Para Kant, como queda claro, el problema del mal radicaba en las máximas negativas o positivas de la volición humana (*Willkür*), la cual, explica Bernstein, “es aquel aspecto de la facultad volitiva

que implica la elección libre e irrestricta” (2012, p. 30), agregando que en sí dicha facultad no es buena ni mala, sino que es solamente el instrumento por medio del cual se toman decisiones en uno u otro sentido, y que es dominado por el *Wille*; es decir, el “aspecto puramente racional de la facultad volitiva”, como lo señala el mismo autor (Bernstein, 2012, p. 30).

Así, Kant creía que, en definitiva, la decisión sobre adoptar máximas buenas o malas era completamente libre, algo semejante a la explicación de Safranski al respecto, quien postula, en función del pecado original, que el problema del mal nace de la ontología del ser y del deber, argumentando que “el precio de la libertad humana es precisamente esta posibilidad de fracaso” (2014, p. 25).

La concepción del mal *kantiano* es bastante comprensible, sintetizada de ese modo. No obstante, cuando Arendt decidió utilizar la expresión de “mal radical” para designar la manifestación especial del mal que se vio en los campos de concentración, así como en los gulags soviéticos, entró en un terreno delicado. Kant había usado la expresión *Das radikal Böse* para referirse, en realidad, al mal inherente a la especie humana, pues, como señala Bernstein:

...utiliza el adjetivo *radikal* para calificar el *Böse* con el fin de señalar que dicha propensión tiene sus raíces en la naturaleza humana y, más específicamente, en la corrupción de la voluntad (*Willkür*); apela, así, al sentido etimológico, original del término *radikal*. No hay pruebas de que Kant quiera decir alguna otra cosa fuera de esto. (2012, p.51)

Pese a la idea de ese mal preexistente, Kant de todos modos se alejaba de los determinismos y entendía que uno de los factores más poderosos al momento de tomar decisiones tenía que ver con los incentivos primarios y secundarios que aparecen en determinados momentos y en cómo los ordenamos y subordinamos, en muchos casos.

Así entendida, la expresión original distaría del sentido que Arendt le dio en *Los orígenes del totalitarismo*, donde dice que el horror de los campos de concentración nazis “es la aparición de algún mal radical, anteriormente desconocido por nosotros” (Arendt, 2017, p. 596), agregando que:

Es inherente a toda nuestra tradición filosófica el que no podamos concebir un “mal radical”, y ello es cierto tanto para la teología cristiana, que concibió incluso para el mismo Demonio un origen celestial, como para Kant, el único filósofo que, en el término que acuñó para este fin, debió de haber sospechado al menos la existencia de este mal, aunque inmediatamente lo racionalizó en el concepto de ‘una mala voluntad pervertida’, que podría ser explicada por motivos comprensibles. Por eso no tenemos nada en qué basarnos para comprender un fenómeno que, sin embargo, nos enfrenta con su abrumadora realidad y destruye todas las normas que conocemos. Hay sólo algo que parece discernible: podemos decir que “el mal radical ha emergido en relación con un sistema en el que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos”. (Arendt, 2017, pp. 615-616)

Más allá de la forma en que ella lo lee queda claro, sin embargo, cuál es el trasfondo que otorgaba a la expresión, la cual corporizaba en forma de hombres monstruosos, cuyas categorías de conducta excedían completamente las de las personas comunes y corrientes, al aseverar que “los asesinos totalitarios son los más peligrosos de todos porque no les preocupa si ellos mismos resultan estar vivos o muertos, ni siquiera si alguna vez vivieron o nunca nacieron” (Arendt, 2017, p. 616).

Es lógico que pensara de ese modo, pues esa era la imagen imperante del nazismo y muy difícilmente podría haber existido un retrato más amable de quienes causaron los horrores que se habían perpetrado en los campos de concentración. El comentario acerca de la nula preocupación

de estos por sus propias vidas, en tanto, parece apuntar al hecho de que los máximos jefes nazis se suicidaron, ya sea antes de su captura o después de ella, como sucedió con Hitler y su esposa, con Goebbels y toda su familia, o como ocurrió posteriormente con Himmler y con Göring.

A mayor abundamiento sobre lo que pensaba acerca de los nazis, la filósofa se refiere en *Los orígenes del totalitarismo* (publicado en 1951) a los integrantes de las SS como “bestias en forma humana; es decir, hombres que en realidad pertenecían a manicomios y prisiones” (Arendt, 2017, p. 609), idea acorde a lo que clásicamente se entiende como alguien malvado, pues, como ella misma señala, “el mal, como aprendimos de niños, es algo demoníaco; su encarnación es Satán, que cae del ‘cielo como un rayo’ (Lucas 10.18) o Lucifer, el ángel caído” (Arendt, 2016, p. 30).

En otras palabras, los nazis, esas bestias con forma humana a las que se refiere Arendt, estaban convirtiéndose en monstruos y, como señala Herra, el monstruo es un ser que “reina en el reino de las fantasías” (Herra, 1988, p. 21) y que tradicionalmente “se configuran como la cara visible de poderes enormes, inhumanos, sobrehumanos o subhumanos, fuerzas premonitorias, maléficas o divinas, sobre las que debe triunfar el héroe para ser héroe” (Herra, 1988, p. 22).

Por supuesto, la existencia del monstruo no es inocua, sino que cumple con una necesidad, aquella de “contar con el mal absoluto”, (Herra, 1988, p. 26) y de reflejar, de manera inversa, lo que es bueno.

En dicho sentido, esos monstruos del mundo de la ficción se corporizaban por primera vez ante Arendt.

Los inicios de la banalidad del mal

Años más tarde, sin embargo, observando la conducta de Adolf Eichmann en el tribunal de Jerusalén, Arendt matizaría su opinión y dejaría de hablar del mal radical en la forma que lo entendía antes.

Si bien Bernstein argumenta que no existe contradicción entre los conceptos de mal radical y banalidad del mal, a simple vista pareciera desdecirse de su idea sobre la monstruosidad de los funcionarios de las cuales, debido a una de las frases más controvertidas de *Eichmann en Jerusalén*, aquella de que ese nazi, el burócrata encargado de mover por toda Europa a millones de judíos expoliados de sus propiedades y su nacionalidad, que eran enviados a guettos, campos de concentración o las cámaras de gas, “no era un monstruo” (Arendt, 2014, p. 85), idea que perfeccionó años más adelante al señalar, refiriéndose a Eichmann, que “los actos fueron monstruosos, pero el agente —al menos el responsable que estaba siendo juzgado en aquel momento— era totalmente corriente, común, ni demoníaco ni monstruoso” (Arendt, 2016, p. 30)

Claro. No es sencillo conciliar una idea con la otra pues, como dice Zimbardo:

Preferimos distanciarnos de una verdad tan básica y ver la locura de los criminales y la violencia sin sentido de los tiranos como rasgos de su manera de ser personal. El análisis de Arendt fue el primero en negar esta orientación, al observar la fluidez con que las fuerzas sociales pueden hacer que personas normales cometan actos horribles. (Zimbardo, 2012).

Pese a ello, cuesta mucho siquiera lograr entender cómo personas comunes y corrientes llegaron a participar de genocidios como el cometido por el nazismo, convirtiendo a millones de personas,

con toda su riqueza y complejidad, en elementos desechables e innecesarios; simples objetos que se pueden descartar del mismo modo en que se descarta una bolsa de papel o una basura.

Ello, detalla Bernstein basándose en una de las cartas de Arendt y Jaspers, se relaciona a su vez con “la eliminación de la impredecibilidad y la espontaneidad humana. Esto, a su vez, se conecta con lo que posteriormente ella llamó ‘Natalidad’, así como con la libertad” (2012, p. 289).

Las conductas humanas, así como la de todos los animales en general, son espontáneas y allí reside, por ejemplo, el problema de la inexactitud de muchas encuestas de opinión pública, pues factores que muchas veces ni siquiera son racionales nos llevan a tomar decisiones que muchas veces ni siquiera podemos explicar. Todas las personas cambian de opinión, toman caminos distintos al habitual, mienten, dicen la verdad, etc.

Esa *Willkür* de la cual hablaba Kant muchas veces propende a actuar sin racionalidad alguna y en ese contexto se inserta la idea de la natalidad *arendtiana*, la capacidad de la especie de seguir adelante, de reproducirse y de perpetuarse, algo que ningún gobierno totalitario quiere respecto de grupos determinados de personas.

Como lo explicó Arendt, por medio de leyes (como las que segregaron a los judíos en Alemania), se buscaba sacrificar a una parte del cuerpo social en función de un supuesto beneficio del todo. Sin embargo, para que ello ocurriera debía combatirse también la natalidad. No bastaba con gasear al enemigo, matarlo a machetazos (como sucedió no hace mucho en Rwanda, en la lucha de los hutus en contra de los tutsies) o dispararle en la nuca, pues “con cada nuevo nacimiento nace un nuevo comienzo, surge a la existencia potencialmente un nuevo mundo” (Arendt, 2017, p. 624) y allí se encuentra también la explicación respecto de por qué no había

contemplación hacia la niñez: cada niño, cada niña, representaba no solo una nueva vida en sí misma, sino también la posibilidad de la perpetuación de la etnia que se quería eliminar.

Otra idea esencialmente asociada al totalitarismo que Bernstein describe como “el delirio de omnipotencia”, es lo que en palabras de Arendt conforma el cemento que aglutina al jefe de cualquier esquema totalitario con su círculo íntimo.

Al respecto, señalaba que “lo que liga a estos hombres es una firme y sincera fe en la omnipotencia humana. Su cinismo moral, su creencia de que todo está permitido, descansa en la sólida convicción de que todo es posible” (Arendt, 2017, p. 529).

Dicha observación se vería refrendada años más tarde por algunas de las cosas que Eichmann diría en su juicio. Al respecto, es importante notar que él mismo señalaría que “a los nazis se les metió en la cabeza la idea exagerada de que eran invencibles” (Mulisch, 2014, p. 165).

A ello, Bernstein agregaba que la sola idea de un individuo que tuviera ese delirio era incompatible con la existencia de los *hombres* en plural (2012) y declaraba que el principal objetivo de cualquier dictadura totalitaria era hacer superfluos a los humanos, hacerles desaparecer como si fuera cualquier cosa y un primer paso para ello era quitarles su existencia jurídica. Es por ello que “la amenaza de superfluidad humana hace que Arendt insista en que el derecho fundamental es ‘el derecho a tener derechos’, el derecho a pertenecer a una comunidad que protege los propios derechos y en la que uno puede ejercerlos” (Bernstein, 2012, p. 291).

Al respecto, Arendt explicaba (sin dudas, teniendo en cuenta su propio caso³¹) que eliminar a la persona jurídica no era algo tan complejo:

³¹ Ella fue apátrida hasta 1951, cuando recibió la ciudadanía estadounidense.

Ello se logra, por un lado, colocando a ciertas categorías de personas fuera de la protección de la ley y obligando al mismo tiempo al mundo no totalitario, a través del instrumento de la desnaturalización, al reconocimiento de la ilegalidad; ello se logra, por otro lado, situando al campo de concentración fuera del sistema penal ordinario y seleccionando a sus internos fuera del procedimiento judicial normal en el que a un delito definido corresponde una pena previsible. (Arendt, 2017, p. 601).

Todo lo anterior, señalaba la pensadora, buscaba un solo objetivo: la aniquilación de la individualidad de las víctimas, destruyendo la persona moral y la persona jurídica. Por supuesto, la destrucción de la individualidad; es decir, “todo lo que distingue a un hombre de otro” (Arendt, 2017, p. 613) es un objetivo fundamental de cualquier totalitarismo.

Debido a las individualidades es que surgen liderazgos, disidencias y opiniones y por ello es que una de las primeras actuaciones que acomete cualquier dictadura que se respete es el control de los medios de comunicación, la intervención en los sistemas educativos y la creación de sistemas de propaganda y censura que uniformen los mensajes. En estadios más avanzados, como sucedió en la Alemania nazi respecto de judíos, gitanos y eslavos en general, se inicia la exterminación física de los supuestos oponentes en forma masiva.

Basta leer a Primo Levi para entender a cabalidad lo anterior. El primer libro de su trilogía de Auschwitz comienza con el poema “Si esto es un hombre” (que le da el título al libro), en el cual se pregunta si es un hombre alguien que trabaja en el barro, que no conoce la paz y que muere “por un sí o por un no” (cómo no recordar a Göth, por ejemplo). Ahí también se pregunta si una mujer es alguien que no tiene cabellos, nombre y “vacía la mirada y frío el regazo” (Levi, 2015):

Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si no hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre. (Levi, 2015).

El juicio en Jerusalén

Una vez que Schawn aceptó la oferta de Arendt y esta despejó su agenda partió a Jerusalén, a presenciar el histórico juicio, en 1961. Hasta ese momento, como ella misma lo reconoce en *La vida del espíritu*, la tradición filosófica imperante respecto del fenómeno del mal atribuía el origen de este a diversos pecados: el orgullo, la envidia, la debilidad, el odio o la codicia, todo lo cual de un modo u otro explica las conductas efectuadas por el nazismo en sus intentos por aniquilar a pueblos, especialmente si tenemos en consideración el orgullo, la codicia y el odio extremo.

En esta especie de catastro de causas del mal no menciona el mal radical en la forma en que ella lo entendía, pero independientemente de ello, es necesario explicar que producto de la exhibición de los horrores de los campos de concentración, de la influencia del cine y de otros factores (como los detalles acerca de la actuación de las SS, que se fueron conociendo en los juicios), la idea de una suerte de mal radical, de un “súper mal” que radicaba en el interior del nazismo se fue haciendo cada vez más frecuente a nivel popular, y no parece arriesgado proponer que la idea que primaba en dicho sentido se parangona a la hipermoral propuesta por Georges Bataille en su clásico libro sobre la relación entre la literatura y el mal, texto formado sobre la base de ocho ensayos en los cuales explora la forma en que se presenta el mal en Emily Brontë, Charles Baudelaire, Jules

Michelet, William Blake, el marqués de Sade, Marcel Proust, Franz Kafka y Jean Genet.

Gracias a esa exploración, Bataille concluía que la literatura permitía poner de manifiesto “una forma aguda del mal” (Bataille, 2010, pp. 7-8) que se expresaba por medio de la literatura y que “no supone la ausencia de moral, sino que en realidad exige una hipermoral” (Bataille, 2010, p. 8).

De acuerdo a Bataille, esta hipermoral es distinta de otros males e incluso del sadismo, al cual moteja como “el verdadero mal”, y que aparece cuando, por ejemplo, alguien mata a otro, con el fin de obtener una ventaja material.

Este mal verdadero, sin embargo, es de una entidad menor que el mal puro, el cual se presenta no solo por el hecho de matar, sino por el goce que genera dicho acto.

Para Bataille, el mal en su forma “más pura” estaba representado por Heatcliff en *Cumbres Borrascosas*, cuya conducta por cierto se relacionaba con la sensualidad, que para él “está en el lado de la energía, que es el mal, y que le confiere su significación profunda” (2010, p. 85). Asimismo, explicaba que el mal es la mayor expresión de soberanía humana y por ende está unido a “la infracción de una serie de prohibiciones” lo que ciertamente hicieron los nazis.

Tal como señala Rubio, estos estaban dominados por una apatía moral gigantesca, desde la cual se creó una “ética a-ética”, que rechazaba los tres principios mínimos requeridos para la formación de una moral: “1) pensar por uno mismo; 2) imaginarse en el lugar del otro a la hora de pensar; y 3) pensar de manera consecuente con uno mismo” (2014).

El desprecio absoluto por todos estos principios, unido a la sensación de omnipotencia de la que ya hemos hablado y muchos otros factores, fueron algunas de las causas que propiciaron el nacimiento de monstruos que gozaban torturando, matando o simplemente infundiendo el terror entre sus víctimas, personas inocentes por lo demás.

Sin embargo, cuando Arendt presencié el juicio a Eichmann en Jerusalén se dio cuenta de que “aquello que tenía ante mis ojos era un hecho totalmente distinto e innegable” (2016, p. 30), pues quien apareció en el estrado, vestido de civil, era un hombre de apariencia común y corriente, sin ninguna gran presencia o carisma. Como lo señalaba la autora al inicio de *Eichmann en Jerusalén*, “pese a los esfuerzos de Ben Gurion y de su portavoz el fiscal, allí, en el banquillo de los acusados, había un hombre de carne y hueso” (Arendt, 2014, p. 38).

Ella no fue la única que tuvo esa impresión. El capitán de la policía israelí Avner Less, quien estuvo a cargo de los interrogatorios efectuados a Eichmann apenas el Mossad lo depositó en Jerusalén, también dejó constancia de lo mismo. Según su relato, lo vio por primera vez el 29 de mayo de 1960 y lo que le impactó fue su normalidad:

My first reaction when the prisoner finally stood facing in khaki shirt and trousers and open sandals was one of disappointment. I no longer know what I expected —probably the sort of Nazi you see in the movies: tall, blond, with piercing blue eyes and brutal features expressive of domineering arrogance. Whereas this rather thin, balding man not much taller than myself utterly ordinary. The very normality of his appearance gave his dispassionate testimony and even more depressing impact than I had expected after examining the documents. (Von Lang, J., y Sybill, C., 1983, p. v)

Otro testigo del juicio, y quien también escribió un libro al respecto, el famoso escritor holandés Harry Mulisch³², coincidió con Arendt y Less. Según relataría después, luego de su captura, la prensa construyó una imagen de Eichmann muy cercana a la de Satanás. Sin embargo, escribió

³² Mulisch era judío, al igual que Arendt y Less, como se indica en la introducción de esta tesis.

que “resulta que es un ser humano: un hombre resfriado, algo mugriento y con gafas” (Mulisch, 2014, p. 51).

Peor aún, el periodista deconstruye completamente la imagen forjada por algunos medios respecto de Eichmann, al decir que “hay quien ha escrito que tiene ojos de serpiente (*France Soir*), y que cada uno de sus ojos es una cámara de gas (*Libération*). Pero en realidad son ojos dulces y algo aterciopelados, lo cual resulta todavía más escalofriante” (Mulisch, 2014, p. 52).

Es difícil saber si Mulisch tenía alguna intención en orden a humanizar de algún modo la imagen del acusado, pero su retrato acerca de él lo muestra de ese modo. Se refirió a él como “este hombre de carne y hueso, que respira, hace la digestión, estornuda” (Mulisch, 2014, p. 57) e incluso señala que “durante la audiencia, Eichmann pasa casi desapercibido [sic]. El gordo funcionario de la fiscalía, que con un grito incomprensible anuncia la llegada del Tribunal, es más importante que él” (Mulisch, 2014, p. 57).

Less también diría que se podía oler el miedo que expedía al ser interrogado, y que, además, era un hombre totalmente desprovisto de cualquier sentido del humor. Sin embargo, desde el inicio todos estaban preparados para enfrentarse a un monstruo. Un detalle revelador al respecto es que cuando fue secuestrado en Buenos Aires, dentro del comando a cargo de la operación “uno de los hombres se puso unos guantes finos, por si tenía que tocar a Eichmann; la mera idea de tocarle le llenaba de asco” (Bar-Zohar y Mishal, 2014).

Otra testigo de excepción del juicio fue la periodista estadounidense Martha Gellhorn³³, también judía y probablemente la reportera más experimentada de todos quienes estaban allí, pues en su calidad de corresponsal extranjera había cubierto los horrores de la Guerra Civil española y

³³ Gellhorn fue probablemente una de las mejores y más arriesgadas reporteras que ha conocido el periodismo, pero su historia ha quedado injustamente relegada y eclipsada por la figura de su marido, Ernest Hemingway.

casi toda la Segunda Guerra Mundial, incluyendo el desembarco en Normandía y no solo eso: a fines de abril de 1945, había llegado hasta el campo de concentración de Dachau.

Si existía alguien que había visto todas las expresiones posibles del mal, era ella. Sobre el reporte en Dachau, escribió que al entrar allí “la oscuridad invadió mi alma” (Moorehead, 2004, p. 276) y que luego de haber conocido ese lugar “sé que nunca volví a tener esa esperanza hermosa, dulce y alegre en la vida que había tenido antes, ni en la vida, ni en nuestra especie, ni en nuestro futuro en el mundo” (Moorehead, 2004, p. 276).

En Jerusalén, donde cubrió la parte final del juicio, presencié cómo Eichmann hablaba con una total frialdad, describiéndose a sí mismo como un simple burócrata. Al respecto, escribió que “la conciencia privada no es solo la última protección del mundo conquistado, es la única garantía de la dignidad del hombre” (Moorehead, 2004, p. 409), aludiendo a algo que Arendt desarrollaría con mayor detalle más adelante, la falta de conciencia del acusado. Del mismo modo, como lo relata Moorehead, mucho tiempo después de que Eichmann fuera ejecutado, Gellhorn “siguió rumiando acerca de cómo puede una persona ser perfectamente cuerda a la vez que perfectamente inhumana” (2004, p. 409).

Lo anterior se entronca con los dichos de Eichmann en el juicio, donde señaló, entre muchas otras cosas, que él no tenía razón alguna para odiar a los judíos, se jactó sobre sus conocimientos acerca de dicha religión y del pueblo de Israel y, además, explicó que él nunca había asesinado ni dado instrucciones para matar a persona alguna, de la religión o etnia que fuera. Sin embargo, “más tarde matizaría esta declaración diciendo `sencillamente, no tuve que hacerlo” (Arendt, 2014, p. 41).

Sin lugar a dudas, esa declaración, ese “no tuve que hacerlo” fue una de las primeras pistas que Arendt (así como los demás reporteros) tuvo en cuenta respecto de la personalidad del acusado, un hombre acomodaticio y que se refugiaba en la legalidad imperante (una normativa perversa que, como ya vimos, se diseñó para asesinar jurídicamente a sus víctimas y dar pie así a su exterminación física) para justificar sus actos. En efecto, si los dichos de Eichmann se leyeran en un sentido inverso, su frase relativa a “no tuve que hacerlo” podría entenderse también como una comprobación de que lo habría hecho, si se hubiera visto compelido a ello.

Otro punto que llamó poderosamente la atención de Arendt fue su absoluta falta de empatía. Según decía, “un defecto más determinado, y también más decisivo, del carácter de Eichmann, era su incapacidad casi total para considerar cualquier cosa desde el punto de vista del interlocutor” (Arendt, 2014, p. 77).

Less también observó lo mismo, e incluso fue más allá: “Eichmann obviously had no feeling for the monstrosity of his crimes, and that he did not show the slightest twinge of remorse” (Von Lang, J., y Sybill, C., 1983, p. ix).

Volviendo a la falta de empatía, sin embargo, no se trata de un hecho que se pueda achacar únicamente a Eichmann. Mulish relata con mucho detalle el momento en que el fiscal Hausner explicó cómo operaba el exterminio masivo de judíos organizado, entre otros, por Eichmann. Con crudeza, el persecutor detalló ante el tribunal cómo Eichmann presenciaba la forma en que mujeres y niños eran desnudados y enviados a las cámaras de gas y cómo, luego, les arrancaban a hachazos los dientes de oro. “A pesar de todo esto, el periodista que está sentado a mi lado se ha quedado dormido en su silla”, escribió asombrado el holandés (Mulisch, 2014, p. 67).

Eichmann era, a juicio de Arendt, un simple y triste hombre vulgar, muy lejos de la megalomanía de líderes como Goebbles, Göring o Himmler. Según detalla, era solo un sujeto que optó por el camino más fácil ante el régimen del que formaba parte, igual que la mayoría del pueblo alemán: “contra esta ciclópea mayoría se alzaban unos cuantos individuos aislados que eran plenamente conscientes de la catástrofe nacional y moral a que su país se dirigía” (Arendt, 2014, p. 146).

El acusado no era parte de ellos tampoco. Nunca tuvo mayor relación con los miembros de la aristocracia alemana que estaban en las Fuerzas Armadas, quienes diseñaron la famosa y fracasada “Operación Walkiria”, por medio de la cual intentaron asesinar a Hitler en 1944. Eichmann, de hecho, le dijo a Less que aquellos oficiales eran culpables de alta traición: “they were common traitors, oath breakers and scoundrels” (Von Lang, J., y Sybill, C., 1983, p. 280)

El teniente coronel Eichmann tampoco tenía la valía moral de George Elser, un modesto sastre que solo y sin ayuda de ninguna clase intentó también matar a Hitler mucho antes, en 1939. Tampoco, sin dudas, poseía la astucia del almirante Wilhelm Canaris, que había aprovechado la infraestructura del espionaje militar alemán para montar una estructura clandestina, la “Canaris Org”, cuyo objetivo era el derrocamiento del nazismo. Evidentemente, la cobardía moral de Eichmann está, también, muy lejos de la valentía de los jóvenes hermanos Scholl, ejecutados por repartir panfletos en contra del régimen.

Para nada. Eichmann era un sujeto promedio y común, que jamás le levantaría la voz a un superior o combatiría una injusticia, algo que por cierto tampoco hicieron millones de otros alemanes, tal vez porque, como lo intenta explicar Arendt, “en las circunstancias imperantes en el Tercer Reich, tan solo los seres ‘excepcionales’ podrían reaccionar ‘normalmente’” (Arendt, 2014, p. 47), entre otras cosas debido a la constante perversión del lenguaje y el uso de eufemismos como

“solución final”, “evacuación” y “tratamiento especial”, para evitar usar palabras como “matar”, “exterminio” u otras.

Mulisch, de hecho, se dio cuenta de que el uso de los eufemismos se extendía a las personas también. Para referirse a Himmler, Eichmann solo usaba su cargo y reflexionaba que:

No podría encontrar una mejor prueba del hecho de que, para este hombre no existen las relaciones humanas, ni entonces ni ahora, sino solo las relaciones mecánicas: no Himmler, la persona, sino ‘RfSShCddpol’³⁴, no judíos sino ‘aquellos que debían ser asesinados’, no Eichmann sino ‘yo que debía transportar a aquellos que debían ser asesinados’ (Mulisch, 2014, p. 166).

Igual que respecto de Eichmann, la enviada de *The New Yorker* llegó a la conclusión de que al interior del nazismo “los asesinos no eran sádicos, ni tampoco homicidas por naturaleza” (Arendt, 2014, p. 156) y lo mismo observaría años más tarde Primo Levi, quien dijo que la mayoría de los nazis “eran gente cualquiera. Los monstruos existen pero son demasiado pocos para ser realmente peligrosos; más peligrosos son los hombres comunes, los funcionarios dispuestos a creer y obedecer sin discutir, como Eichmann” (Levi, 2015).

Otra definición al respecto la daría el “cazanazis” Simón Wiesenthal, quien aseguró que al escuchar a Eichmann, era factible entender el concepto de “asesino de escritorio” (Posner, 2017).

Arendt, de hecho, precisa que los jefes del régimen incluso “hacían esfuerzos sistemáticos por eliminar de las organizaciones a aquellos que experimentaban un placer físico al cumplir con su misión” (2014, p. 156). En el mismo sentido, Eichmann convenció a Arendt y a otras personas

³⁴ “RfSShCddpol” es la abreviación del cargo completo de Himmler: “der Reichsführer SS und Chef der deutschen Polizei”.

presentes en el juicio de su sinceridad al mostrarse profundamente conmocionado por las cosas que observó cuando visitó el campo de concentración en Chelm:

He aquí lo que Eichmann vio: los judíos se encontraban en una gran sala; les dijeron que se desnudaran totalmente. Entonces llegó un camión que se detuvo ante la puerta de la gran estancia y se ordenó a los judíos que entrasen, desnudos, en el camión. Las puertas se cerraron y el camión se puso en marcha.

No sé cuántos judíos entraron, apenas podía mirar la escena. No, no podía. Ya no podía soportar más aquello. Los gritos... Estaba muy impresionado, y así se lo dije a Müller cuando le di cuenta de mi viaje. No, no creo que mi informe le sirviera de gran cosa. Después, seguimos al camión en automóvil, y entonces vi la escena más horrible de cuántas recuerdo. El camión se detuvo junto a un gran hoyo, abrieron las puertas y los cadáveres fueron arrojados al hoyo, al que cayeron como si los cuerpos estuvieran vivos, tal era la flexibilidad que aún conservaban. Fueron arrojados al hoyo, y me parece ver todavía al hombre vestido de paisano en el acto de extraerles los dientes con unos alicates. Aquello fue demasiado para mí. Volví a entrar en el automóvil y guardé silencio. (Arendt, 2014, p. 130)

Quizá mucho más chocante, pues se trata de algo que hizo en privado, resulta el comentario que hizo a Less, cuando le preguntó si tenía hermanos o padres vivos. El oficial israelí le respondió que su padre había sido deportado al este por las SS en enero de 1943. Ante ello, “Eichmann opened his eyes wide and cried out: ‘But that’s horrible, Herr Hauptmann! That’s horrible’” (Von Lang, J., y Sybill, C., 1983, p. ix).

Pese a esa especie de conciencia que ahora mostraba frente al horror, durante la Segunda Guerra Mundial el ex oficial de las SS no consideró por un minuto siquiera la posibilidad de renunciar al

partido nazi o a su grado de teniente coronel, ni mucho menos pasó por su cabeza la idea de entregarse a los aliados, huir a otro país o suicidarse, pese a que “Eichmann tenía la plena certeza de que él no era lo que se llama un *innerer Schweinehund*, es decir, un canalla en lo más profundo de su corazón” (Arendt, 2014, p . 46).

Tampoco ponderó la posibilidad de evadirse de aquellos horrores que se cometían en contra de personas que eran transportadas en trenes y camiones de los que él disponía, pese a haber presenciado cosas espantosas, como cuando vio “otro horrible espectáculo. Allí había habido un hoyo, que entonces estaba ya cubierto, y de la tierra surgía un chorro de sangre, como si de una fuente se tratara. Jamás había visto nada parecido” (Arendt, 2014, p. 132).

Sí, es cierto que Eichmann dijo haberse sentido conmocionado al ver aquello, pero no lo condenó ni hizo algo por aminorar el dolor de las víctimas. Su posición, además, era mucho más cómoda que la de los nazis que torturaban a sus prisioneros en persona pues, como indica Zimbardo, “para un torturador, su trabajo nunca podría ser un simple trabajo. La tortura siempre supone una relación personal” (Zimbardo, 2014).

Mirado el horror del holocausto desde hoy en día, pareciera imposible que alguien pudiera haber escapado de ello, tanto desde el lado de las víctimas como del de los victimarios. No obstante, Arendt señala que "cierto es que Eichmann dijo que su única alternativa era el suicidio, pero esto no fue más que una mentira, ya que todos sabemos cuán sorprendentemente fácil era para los miembros de los equipos de exterminio abandonar sus puestos, sin sufrir con ello graves consecuencias” (2014, pp. 135-136).

Hubo un fenómeno colectivo que resulta casi incomprensible, por medio del cual la ciudadanía de una de las naciones más educadas y civilizadas del mundo hizo la vista gorda ante la forma en

que se asesinaba y expoliaba a quienes habían sido sus vecinos, sus jefes, sus amigos, sus socios, sus amantes o sus empleados. Burleigh sostiene que la razón de ello quizá radique en el carácter religioso del nazismo, pues asevera que esta doctrina:

Superaba en la expresión de las emociones y en los gritos, no ya a los políticos republicanos que preferían la razón, sino también a sus adversarios confesionales, tomando las emociones y las formas de la religión y sintetizándolas eficazmente en una religión política. (Burleigh, 2014)

Se trata de una teoría que tiene muchos adherentes, y que se basa no solo en la ritualidad que el régimen creó en torno a sus símbolos (como el estandarte manchado con sangre del golpe de la cervecería de Munich, en 1923) y a las organizaciones que fue inventando, especialmente al interior de las SS, sino en la provisión de un estrato pseudo religioso en el cual sustentar la creencia de la raza superior, por medio de las “investigaciones” efectuadas por la Anhenenerbe³⁵, que buscaba artefactos míticos por todo el mundo, y en la creación de una especie de religión que sería “mezcla de fragmentos de la religión pagana de vikingos y teutones, símbolos wagnerianos y pura invención”, como señala Evans (2017).

El mismo autor relata también que:

Las SS establecieron sus propios ritos de matrimonio, con antiguos poemas escandinavos, cálices de fuego, música wagneriana y símbolos solares presidiendo tan extraña ceremonia. Himmler dio orden a las familias de los hombres de las SS de no celebrar la Navidad, pero sí el solsticio de verano. (Evans, 2017)

³⁵ Al respecto, véanse *El plan maestro*, de Heather Pringle (Debate, 2007), *La Cruzada de Himmler*, de Christopher Halle (Books4pocket, 2007), y *Las Ciencias secretas de Hitler*, de Nigel Pennick (Edaf, 2000).

Ciertamente, excede el campo de esta tesis el pronunciarse respecto de las causas de la indolencia de buena parte del pueblo alemán respecto de los horrores que cometía su gobierno, pero parece ser inequívoco lo que dice Arendt respecto de lo que pasó a consecuencias de aquello:

El mal, en el Tercer Reich, había perdido aquella característica por la que generalmente se le distingue, es decir, la característica de ser una tentación. Muchos alemanes y muchos nazis, probablemente la inmensa mayoría, tuvieron la tentación de no matar, de no robar, de no permitir que sus semejantes fueran enviados al exterminio (que los judíos eran enviados a la muerte lo sabían, aunque quizá muchos ignoraran los detalles más horribles), de no convertirse en cómplices de estos crímenes al beneficiarse de ellos. Pero, bien lo sabe el Señor, los nazis habían aprendido a resistir la tentación. (Arendt, 2014, pp. 219-220)

En efecto, el mal perdió su connotación ante la destrucción de la juridicidad imperante por parte de los nazis y de la implantación de un nuevo lenguaje que todo lo disimulaba. De ese modo, el mal se normalizó y al no ser ya una tentación se despojó de esa cualidad que posee cualquier tentación, que es la de ser un dilema, una opción entre algún placer mundano, por lo general, o la opción de recibir alguna sanción a consecuencias de la tentativa de conseguir aquel placer. De ese modo, las máximas morales tradicionales, especialmente el “no matarás”, habían desaparecido de la conciencia de una gran parte de los alemanes (Arendt, 2014, p.428).

Por cierto, como apunta la filósofa, ello no ocurrió en todos los países que los nazis conquistaron. En Francia, quizá uno de los países más antisemitas de la historia y cuna del episodio Dreyfus, “ni siquiera los antisemitas deseaban ser cómplices de asesinatos masivos” (Arendt, 2014, p. 241) y en Dinamarca, por citar solo de dos de los casos con que Arendt ejemplificaba la actitud de otros pueblos, cuando los nazis propusieron poner a todos los judíos del país la estrella amarilla

que los distinguía como tales, “recibieron la escueta respuesta de que el rey sería el primero en ostentarla” (Arendt, 2014, p. 250).

La terrible normalidad humana

Eichmann tenía muy en claro que él era uno de muchos y en eso se basó su defensa. Dijo que había sido engañado por el régimen nazi y negó ser un monstruo. Simplemente, aseguró, era un oficial que cumplió con las órdenes que le impartía el Estado de acuerdo con la legislación vigente y apeló a Kant, argumentando que él siempre había vivido de acuerdo a los preceptos del deber, aunque posteriormente reconoció haber abandonado los principios del filósofo alemán, desde el momento en que comenzó a implementarse la “solución final”.

Era un hombre que cumplía instrucciones y por ello consideraba que no era culpable de otra cosa que de haber sido obediente, como se trató de justificarse ante el capitán Less:

Durante toda mi vida he estado acostumbrado a la obediencia, desde la guardería hasta el 8 de mayo de 1945, una obediencia que, en los años de pertenencia a las SS, se convirtió en una obediencia de cadáver, en una obediencia incondicional. ¿Qué me habría aportado la desobediencia? ¿Y a quién habría beneficiado? (Mulisch, 2014, p. 76)

Del mismo modo, aseveró que él no había optado por el camino más simple (lo que probablemente obedecía a su cobardía):

Los que planearon, tomaron decisiones, resolvieron y dieron órdenes han eludido fácilmente su responsabilidad a través del suicidio. Otros, que pertenecían a ese círculo, han muerto o no

están presentes. Aunque no tengo sangre en las manos, sin duda me declararán culpable de complicidad en asesinato. Pero como sea, en mi fuero interno estoy dispuesto a pagar personalmente por los terribles sucesos, y sé que me espera la pena de muerte. No pido clemencia, porque no me corresponde. (Mulisch, 2014, p. 76)

Arendt concluyó que si bien Eichmann era un delincuente, que debía ser condenado por los delitos que cometió, “no era un delincuente ordinario” (Arendt, 2014, p. 359), pero tampoco se trataba del monstruo que el fiscal había retratado en su alegato de apertura.

Por el contrario, agrega, “lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales” (Arendt, 2014, p. 402), normalidad que ella califica como algo mucho peor que todos los crímenes cometidos en el holocausto, pues este tipo de delincuente, al cual calificaba como *hostis humani generi*, comete sus delitos en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad (Arendt, 2014, p. 403).

En efecto, Eichmann era un sujeto tan normal que su vida estaba determinada por una serie de errores y de decisiones completamente banales, tomadas a la ligera y sin ninguna planificación. Así sucedió, por ejemplo, cuando se integró a las SS, lo que hizo porque hacia 1931 se encontró en una manifestación en Linz (Austria) con un antiguo conocido, Ernst Kaltenbrunner (quien en ese momento era miembro de las SS y luego llegaría a ser uno de los máximos jefes de la SD), el cual al verlo le dijo “You’re going to join us!”, ante lo cual él simplemente respondió “All right” (Von Lang, J., y Sybill, C., 1983, p. 14). Posteriormente, Eichmann reconocería a Less que nunca había leído la obra capital de Hitler, *Mi lucha*, ni ninguno de los textos que sustentaban teóricamente la idea de la supuesta raza superior, como los de Alfred Rosenberg.

Mulisch, incluso, dice que:

Los interrogatorios han evidenciado que toda su carrera profesional se basó en un malentendido. Cuando Eichmann se cansó de la vida de soldado en el nuevo campo de concentración de Dachau³⁶ y se inscribió en el Sicherdienst des Reichsführer SS, pensaba que se trataba de la guardia personal de Hitler y que, como había visto en las revistas ilustradas, debería quedarse de pie en los estribos de los automóviles, conduciría mucho y vería algo de mundo. Con gran consternación suya, lo colocaron en una oficina y solo al cabo de unos días se percató de su error. (Mulisch, 2014, pp. 103-104)

Al igual que Arendt, Mulisch también concluyó que todo lo ocurrido en torno al nazismo no tenía nada de bestial (pues, argumentaba, los animales no son capaces de planificar atrocidades como aquellas), sino que se trataba de algo demasiado humano. Comentando la conferencia de la mansión de Wannsee³⁷, dice que quizá lo más espeluznante al respecto es que:

...esta humanidad se hizo visible allí en su forma más pura y más abstracta: sin que hubiera víctimas presentes, sin que se derramara una gota de sangre, únicamente como idea: pequeños grupos de caballeros con una copa de coñac en la mano y rodeados de mosaicos antiguos. (Mulisch, 2014, p. 173)

³⁶ Esa fue su primera destinación, luego de unirse a las SS.

³⁷ La conferencia de la mansión de Wannsee fue una reunión en la cual participaron 15 altos oficiales de las SS y del partido Nazi, en la cual Eichmann actuó como secretario. En ella, el jefe del SD, el aparato de inteligencia de las SS, Reinhard Heydrich, anunció que se llevaría a cabo la llamada "Solución final", la cual tenía como objetivo someter a trabajos forzados o eliminar a cerca de 11 millones de judíos. La mansión de Wannsee, actualmente un museo, se ubica en una zona acomodada de Berlín, cerca del lago del mismo nombre, y entre 1941 y 1945 fue una especie de centro de eventos de las SS, por lo cual sus refinados salones eran atendidos por elegantes mozos, que servían a los invitados las más exquisitas delicias culinarias disponibles, lo que se replicaba en cuanto a licores. Todo ello se refleja muy bien en la película *Conspiracy* (2001), dirigida por Frank Pierson y producida por Frank Doelger, en la cual Kenneth Branagh interpreta a Heydrich y Stanley Tucci hace el papel de un imperturbable y servil Eichmann.

Del mismo modo, criticó duramente al fiscal, respecto del cual dice que es sabido que pasó días entero en el museo de *Yad Vashem* y que:

Allí debió de forjarse su idea romántica de los nazis: una banda de salvajes gánsteres, que satisfacían desenfrenadamente su bestial instinto asesino. El juicio le habrá enseñado que eran una pandilla de infames y aburridos funcionarios que cumplían con su infame deber, y que todo era mucho más abstracto e insignificante. (Mulisch, 2014, p. 185)

Arendt diría años más tarde que al escribir dejó planteado un tema que ella sabía sería polémico pues, aludiendo al alegato final de Eichmann en el juicio, en el cual insistió en su inocencia y en el hecho de que solo cumplía órdenes, la filósofa enunciaba que “fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible banalidad del mal, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes” (Arendt, 2014, p. 368).

Del mismo modo, ella deja muy en claro que no pretendía formular una teoría ni nada semejante, pues señala que:

...cuando hablo de la banalidad del mal lo hago solamente a un nivel estrictamente objetivo, y me limito a señalar un fenómeno que, en el curso del juicio, resultó evidente. Eichmann no era un Yago ni era un Macbeth, y nada pudo estar más lejos de sus intenciones que “resultar un villano”, por las que solo pudo alcanzar el grado de teniente coronel de las SS³⁸. (Arendt, 2014, pp. 417-418)

³⁸ Bernstein cita dos posibles orígenes para el concepto de “Banalidad del mal”. El primero es una mención de Karl Jaspers a Arendt, en una carta que le envía en 1946, en la cual reflexiona sobre los crímenes de los nazis y dice que estos no tenían nada de satánico (pues, si así fuera, habría un elemento externo al cual culpar de sus actos). Ante ello, dice que “creo que debemos ver esas cosas en toda su banalidad, en su prosaica trivialidad” (Bernstein, 2012, p. 299). La segunda mención al respecto nace de otra carta de Jaspers a Arendt, de fines de 1963, en la cual señala que un

Tampoco se trata, como ella dice, de que Eichmann fuera un estúpido, y dicha alusión debe entenderse en función de la humanidad que ella le atribuye a la banalidad del mal: esta no puede ser cometida por alguien que no posee las capacidades mentales necesarias para pensar, pero dista mucho de la figura del monstruo, del sádico *genetiano* que disfruta matando por el solo placer de matar. Seguramente había muchos de ellos en los EK, los comandos de la muerte nazis, pero también había un altísimo número de suicidios entre los integrantes de dichas unidades y “muchos se volvían locos y los demás acababan alcoholizados” (Mulisch, 2014, p. 214).

No se puede olvidar, por ejemplo, que la orden de Himmler en orden a crear sistemas genocidas distintos del fusilamiento (que se aplicó en gran escala entre 1940 y 1941), y que dio como resultado la creación de las cámaras de gas móviles y luego de las cámaras de gas de los campos de concentración, obedeció justamente al grave efecto psicológico que causaba entre los miembros de los EK el participar varias veces al día en la muerte de personas inocentes.

Sujetos como Eichmann, sin embargo, no tenían ningún problema de conciencia, por el contrario, y contrastan violentamente con la actitud de otras personas que cumplieron órdenes terribles y que luego no pudieron seguir viviendo en forma normal.

Quizá el ejemplo más dramático al respecto, que cita Cano (2004) es el de Claude Eatherly, piloto del *Straigh Flush*, el avión de apoyo al *Enola Gay*, desde el cual se lanzó la bomba nuclear que destruyó Hiroshima. Pese a que ni siquiera estaba en el avión desde el cual se arrojó “Little boy”, la bomba que mató a 140 mil personas, Eatherly terminó “loco por un sentimiento de culpa implacable” (Cano, 2004, p. 124), lo que contrasta fuertemente con la actitud de los demás miembros de *Straigh Flush* y *Enola Gay*, y especialmente con la del capitán de este último, Paul

tercero le habría indicado que Heinrich Blumer le había sugerido a ella la frase “banalidad del mal” (Bernstein, 2012, p. 299).

Tibbets, quien fue condecorado por el presidente de Estados Unidos y siguió ascendiendo en su carrera, hasta llegar a general, luego de lo cual se convirtió en presidente de una línea aérea.

La razón de que Eatherly fuera capaz de sufrir por sus propios actos (ordenados por un tercero), precisa la autora, tiene que ver con el hecho de que se “atrevió a hacer examen de conciencia y sufrió la condena del autodesprecio y de la aversión interior” (Cano, 2004, p. 124). Solo de ese modo se explica la conducta que desplegaría una vez luego del ataque contra la ciudad japonesa. En 1947 fue dado de baja, por sufrir neurosis severa y complejo de culpa. Tras ello se estableció en Texas y allí comenzó a tener conductas muy llamativas.

En sus sueños, Eatherly creía ver los rostros desfigurados de quienes se abrazaban en el infierno de Hiroshima. Fue por esa época cuando empezó a meter billetes en sobres y a enviarlos a Hiroshima, a mandar cartas a Japón, cartas en las que unas veces se declaraba culpable y otras pedía perdón. (Anders, 2012)

Pero esta “medicina” tampoco le servía de ayuda. De modo que en 1950 —el mismo año en que el presidente Truman anunciaba que Estados Unidos iba a fabricar una bomba mucho más poderosa, la bomba de hidrógeno—, Eatherly intentó quitarse la vida en la habitación de un hotel de Nueva Orleans, ingiriendo una gran cantidad de somníferos (Anders, 2012).

Seis meses más tarde intentó suicidarse de nuevo, aquella alternativa que Eichmann dice haber considerado, pero que no fue capaz de enfrentar. Tras convencerse de que morir no era tan simple, Eatherly comenzó a buscar formas de ser castigado. Su primer delito fue falsificar un cheque por un monto menor. Recibió una condena de nueve meses, la cual no llegaría a cumplirse. Luego de eso, cometió un robo a mano armada, con una pistola de juguete, y sin llevarse el dinero. Los policías que lo detuvieron dijeron que evidentemente quería ser arrestado. El resto de su vida, hasta

1978, lo pasó entrando y saliendo de hospitales, comisarías y juzgados y soñando cada noche con los niños, las mujeres y los hombres que habían perecido como consecuencias de la bomba que lanzara sobre ellos.

Esa capacidad de sentir vergüenza, de remorderse por el mal causado a otros y de reflexionar sobre el efecto de los actos propios en los demás (sobre todo inocentes), es la mayor diferencia entre Eatherly y Eichmann, y a juicio de Arendt el motivo por el cual el segundo se convirtió en lo que fue radica en una sola circunstancia:

Únicamente la pura y simple irreflexión —que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez— fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo. Y si bien esto merece ser clasificado como “banalidad”, e incluso puede parecer cómico, y ni siquiera con la mejor voluntad cabe atribuir a Eichmann diabólica profundidad, también es cierto que tampoco podemos decir que sea algo normal o común. (Arendt, 2014, p. 418)

Podría parecer un asunto hasta baladí, pero Arendt remata señalando que “una de las lecciones que nos dio el proceso de Jerusalén fue que tal alejamiento de la realidad y tal irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana”. (Arendt, 2014, p. 418)

Así lo piensa también Nona Fernández, quien escribe en primera persona, dirigiéndose al famoso desertor del Comando Conjunto, Andrés Valenzuela, que “creo que la maldad es directamente proporcional a la tontería. Creo que ese territorio donde usted se movía angustiosamente antes de desaparecer estaba gobernando por gente tonta. No es verdad que los

criminales sean brillantes. Se necesita una dosis de estupidez muy grande para digirir las piezas de una maquinaria tan grotesca, absurda y cruel” (Fernández, 2016)³⁹.

Coincide con ella Roberto Bolaño, en un breve y agudo análisis sobre El Mal que se presenta en su obra más relevante, *Los detectives salvajes*, y que también se inserta en el contexto del golpe militar en Chile. De hecho, se trata de un parlamento del ex detective de La Moneda Abel Romero, quien en septiembre de 1989, en París, recuerda una conversación sostenida el 11 de septiembre de 1983 con un grupo de chilenos exiliados, la que derivó en el mal, y en la que participó el alter ego de Bolaño, Roberto Belano, sobre lo cual el ex detective reflexionaba que:

El meollo de la cuestión es saber si el mal (o el delito o el crimen o como usted quiera llamarle) es casual o causal. Si es causal, podemos lucha contra él, es difícil de derrotar pero hay más posibilidad, más o menos como dos boxeadores del mismo peso. Si es casual, por el contrario, estamos jodidos. Que Dios, si existe, nos pille confesados. Y a eso se resume todo. (Bolaño, 2016).

Al respecto, Rodríguez (2009) señala que el mal tiene una presencia epifánica en la novela, como parte de “la trinidad formada por la juventud, el amor y la muerte”. No obstante, en ese breve párrafo de la segunda parte de *Los Detectives salvajes* es posible escudriñar dos claves de lectura que permiten entender un significado relacionado con la banalidad del mal.

La primera de esas claves es que el 11 de septiembre de 1973, la única fuerza estatal “tradicional” que se quedó en el palacio de La Moneda fue la conformada por 17 efectivos de la

³⁹ Andrés Valenzuela, conocido como “Papudo” fue un agente del Comando Conjunto de la Fuerza Aérea de Chile (organismo que rivalizaba con la DINA en materias represivas) que desertó en 1984 y concedió una extensa entrevista a la periodista de revista Cauce Mónica González, confesando todos los crímenes en que había participado y otros delitos cometidos por el Comando Conjunto, antes de huir del país. La novela *La Dimensión desconocida* se basa en él.

Policía de Investigaciones de Chile, los cuales, sin tener mayor compromiso político con Salvador Allende, entendieron que su misión, como escoltas del presidente, era defenderlo del ataque de que estaba siendo objeto.

Uno de esos detectives era un joven oficial llamado Quintín Romero, quien fue posteriormente expulsado de la policía junto al jefe del equipo, el comisario Juan Seoane. La historia de ambos fue ampliamente conocida en los círculos de exiliados y es muy probable que Bolaño la hubiere conocido en Europa y es muy probable que así como lo hizo con su alter ego (Roberto Belano), haya efectuado la misma operación con Quintín Romero, cambiándole solo el nombre de pila.

La segunda clave yace en el hecho de que de todos los reportes que contiene la segunda parte de la novela, este es el único escrito en primera persona, con lo que se le busca conceder una suerte de autoridad a la voz que habla, la del detective Abel Romero, un ex policía —por ende, alguien que conoce de cerca el mal— que emite un juicio contundente acerca del problema, explicando, a raíz de lo acontecido en Chile, que hay un mal peor que el causal, concepto que en el contexto se entiende está referido a un mal que se presenta a consecuencias de una causa propiamente tal, como podría ser una causa política. En otras palabras, se trata de un mal que posee un origen conocido, a diferencia del mal causal, un mal que no se puede predecir ni evitar.

Así, Romero asevera con total seguridad que lo peor es lo casual y ante ello, es factible entender que dictaduras como la nazi, como la chilena o como la argentina fueron casuales, pues obedecieron a procesos políticos planificados, que consideraban la aplicación de sistemas de represión y eliminación de personas en forma sistemática, muy lejos de la casualidad. Pese a ello, para el ex policía había algo peor incluso que la maquinaria de muerte que tiene origen conocido, y es lo casual, aquello que brota sin ton ni son, desprovisto de causa.

Desde dicha perspectiva, es factible parangonar lo casual con lo banal. Ambos males, en realidad, son uno, y su común denominador es el mismo, la falta de pensamiento. Las cosas casuales ocurren sin planificación, sin causalidad, sin reflexión y es por eso que ese detective, alguien que se vio frente a frente con un mal planificado y ejecutado en forma prusiana, sabía de lo que hablaba: de que existía un mal peor que ese, y es que el que deriva de la banalidad, de lo casual, de no pensar, de no reflexionar. Es necesario puntualizar que uno y otro (mal causal y mal casual) no son antagonistas ni excluyentes sino, por el contrario, complementarios. Aunque los nazis se esforzaban por tener una maquinaria de guerra que excluyera a los psicópatas de sus escuadrones de la muerte y de los campos de concentración, junto a los sujetos crueles se sumaban muchos Eichmanns que, por indolencia, cometían o permitían que se cometieran crímenes igual o más aberrantes.

Al respecto, es imprescindible citar lo señalado por Arendt en *La vida del espíritu*, donde planteó que “la ausencia de pensamiento es un factor poderoso en los asuntos humanos, desde el punto de vista estadístico el más poderoso, y no solo en la conducta de la mayoría, sino en la de todos” (2016, p. 93) y en dicho contexto es más fácil entender la frase relativa a que la única característica constante de Eichmann era su “incapacidad para pensar” (2016, p. 30), con la cual no se refiere a la capacidad humana de abstracción o a la simple capacidad de resolver problemas cotidianos.

Para ello, explica que las tres actividades mentales básicas del ser humano son el pensamiento, la voluntad y el juicio. La primera es aquella actividad que “solo sirve para abrir los ojos del espíritu” (Arendt, 2016, pp. 32-33). Como tal, el pensamiento “tiende a y culmina en la contemplación, y esta no es activa sino pasiva; es el punto donde la actividad mental descansa” (Arendt, 2016, p. 33).

En todo caso, como bien explica Cano, “Arendt no considera que el pensamiento garantice actuar bien, ni siquiera considera que nos pueda garantizar alguna definición universal del bien y del mal, ni la máxima altura de algún otro ideal” (2004, p. 102). Simplemente, se limita a señalar que esa falta de pensamiento es lo peligroso, máxime cuando se presenta en un hombre que fue evaluado por seis psiquiatras mientras estaba en la prisión, todos los cuales concluyeron que se trataba de un hombre normal, a tal punto que “uno de ellos consideró que los rasgos psicológicos de Eichmann y amigos no eran sólo normales, sino ejemplares” (Cano, 2004, p. 103).

López precisa que la falta de pensamiento es algo más tenue, más fino, pues puede presentarse incluso en personas muy inteligentes, y argumenta que en el caso de Eichmann lo que sucedió es muy claro: “superó la necesidad de sentir, en general” (2010, p. 218), debido a la imposición de un sistema totalitario, que terminó convirtiendo a personas normales en seres banales e incapaces de distinguir el bien del mal.

Profundizando un poco más, Cano precisa que el pensamiento (*Denken*, en el original) encierra a su vez el concepto de *Selbstdenken*; es decir, pensar por uno mismo, lo que “supone cierto examen de conciencia que nos previene de aceptar algún sentido banal de la maldad y llevarlo a cabo sin remordimientos” (2004, p. 121).

En otras palabras, se trata de “la búsqueda de sentido o significado” (Comesaña y Cure de Montiel, 2006, p. 17), algo que ciertamente Eichmann nunca pretendió siquiera estudiar, pues ese sentido, ese significado de su vida, le había sido entregado por el partido, por sus directrices, sus ritualidades y sus órdenes. Aunque parezca casi un absurdo, Eichmann sentía que no necesitaba pensar por sí mismo.

Los nazis y la conciencia

A diferencia de Eichmann, sí hubo oficiales nazis que, habiendo cometido crímenes en forma mucho más directa que él, mostraron al menos algún grado de arrepentimiento al respecto, aunque con matices.

Uno de los casos más interesantes es el de Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, un miembro de las SS que había sido formado en una familia de soldados y cuyo único objetivo en la vida era ser miembro del ejército. Antes de ser ejecutado en Polonia, en 1947, dejó un largo manuscrito donde, a modo de confesión, relata sus inicios en la antigua Wehrmacht, sus inicios como agitador político de extrema derecha, después de la Segunda Guerra Mundial (debido a lo cual fue condenado a 10 años de presidio, por un homicidio), y su entrada a las SS, como guardia en el campo de concentración de Dachau, el primero en crearse, el mismo donde trabajó Eichmann y el mismo que visitó Gellhorn:

Durante la instrucción se nos decía que los prisioneros que había detrás de las alambradas eran gente peligrosa, “enemigos del Estado”, como los llamaba Eicke, inspector de campos de concentración. Nos enseñaron cómo tratarlos y en qué casos hacer uso de las armas. Se insistía en lo peligrosos que podían llegar a ser. (Höss, 2017, p. 27)

Por paradójico que resulte, el comandante de Auschwitz provee en su relato de una distinción acerca de los tres tipos de guardias que él conoció en los campos nazis.

En primer lugar estaban aquellos monstruos de la ficción, como los descritos por Herra, que adoptaban formas humanas. Estos guardias, dijo Höss, eran “los malvados, malintencionados, los individuos crueles y brutales, que consideran el recluso un objeto sobre el que ejercer sus

inclinaciones perversas” (Höss, 2017, p. 31). Se trataba, en síntesis, de hombres que correspondían a plenitud con el estereotipo del nazi salvaje y despiadado, que gozaba torturando al débil y que aumentaban exponencialmente su bestialidad si sus superiores eran monstruos de la misma ralea.

No cuesta mucho encontrar a nazis, ya fueran gendarmes o funcionarios de las SS, que encajaran con dicho perfil y quizá por ello es que hay algunos particularmente famosos.

Ese es el caso de Amon Göth, ya mencionado, cuya sed de sangre y sobre todo su afán de demostrar su poder superan incluso a las imaginaciones más fértiles. Crowe, autor de una de las biografías más recientes que existen acerca del alemán Oskar Schindler, señala al respecto que Göth era “one of the true monsters in nazi Germany’s devastating war against the jews” (2007).

De hecho, es a Göth a quien debemos el estereotipo visual del monstruo nazi, pues uno de los sobrevivientes de Plaszow, Tadeusz Pankiewixz, lo describió como un hombre alto, rubio, apuesto, de ojos azules, que usaba el clásico abrigo negro largo de las SS, que en una mano llevaba una fusta y en la otra un pequeño rifle automático. A su lado siempre iban sus dos feroces pastores alemanes, Rolf y Ralf (nombres que, por cierto, denotan una buena falta de imaginación).

Todos los judíos de dicho campo de concentración le temían y pensaban que un día u otro los mataría (y por ello todos querían entrar a trabajar a la fábrica aldeaña, que Schindler había establecido, y en la cual tenían una mayor seguridad). Uno de los tantos crímenes que cometió fue el de Adam Sztab, prisionero que junto con otros estaba encargado del cuidado de los perros, a quien Göth mató solo por considerar que los perros lo querían más que a él (Crowe, 2007).

Una de las primeras monstruosidades de Göth que Kenneally logró reconstruir acerca de su brutalidad, y que se representa fielmente en la película *La Lista de Schindler*, fue el crimen de la ingeniera y arquitecta judía Diana Reiter, a quien habían puesto a cargo a la construcción de unos

barracones, la cual había hecho ver a un suboficial de las SS una serie de errores en la construcción. Ante ello, Göth ordenó que la llevaran delante de él. Le dijo que ella había discutido con un suboficial y la profesional asintió, explicándole que la edificación debía ser hecha de nuevo, desde sus cimientos, y expuso una serie de razones técnicas para ello. Göth la escuchó como si estuviera comprendiendo, y luego ordenó al militar que había discutido con ella que la matara. “¡Mátela aquí mismo! ¡Es una orden” (Kenneally, 19989, p. 240)

En la villa donde vivía, situada en una colina desde la cual se veía todo el campo, Göth contaba con dos empleadas domésticas judías, Helen Hirsch y Helen Sternlicht, a quienes rebautizó como “Lena” y “Susana”, respectivamente. Según relata Crowe, la primera noche que Hirsch estuvo al servicio de Göth, ella retiró los platos de la cocina y botó las sobras a la basura. Minutos después entró Göth, preguntándole dónde estaban los huesos sobrantes de la cena, para dárselos a los perros. Cuando ella respondió que los había desechado, fue objeto de una brutal golpiza que se prolongó por varios minutos. En un momento, la joven logró juntar valor y le preguntó por qué le pegaba: “The reason I am beating you now is because you had the temerity to ask me why I was beating you in the first place” (Crowe, 2007).

Hirsch también fue objeto de un intento de violación por parte de Göth, de la cual se salvó por la intervención de la amante del jefe del campo de concentración. Posteriormente, otro oficial nazi diría a Helen, casi con compasión, que Göth no la mataría sino que, por el contrario, la dejaría viva hasta el final, “derived (of) a kind of sadistic satisfaction out of brutalizing her that gave him greater satisfaction than anything else in the world” (Crowe, 2007).

Desde la terraza de su villa, Göth vigilaba el campo de concentración sin camisa, con binoculares y un rifle en la mano, con el cual disparaba contra cualquier prisionero. “Nadie sabía cuáles eran sus razones concretas para elegir a un prisionero determinado; ciertamente Amon no

estaba obligado a documentar sus motivos” (Kenneally, 1998, p. 276).

Los únicos momentos en que dejó de matar fueron cuando el empresario Oskar Schindler, apelando a su ego, lo convenció de que ser piadoso con los prisioneros podía generarle una buena fama y “así como quizá Calígula tuvo alguna vez la tentación de verse *como Calígula el Bueno*, la imagen de *Amon El Bueno* habitó por un tiempo en la mente del comandante” (Kenneally, 1998, p. 316).

Klaus Barbie, “El carnicero de Lyon” es otro ejemplo del monstruo con forma humana metido dentro de un uniforme nazi. Conocido por pasearse entre sus víctimas con un látigo en la mano, en su calidad de jefe de la Gestapo en Lyon lo suyo era torturar a personas sospechosas de pertenecer a la resistencia francesa, gracias a lo cual pudo dar con su líder máximo, Jean Moulin, y asesinarlo. Uno de los métodos de tortura que empleaba, según la prensa francesa de postguerra, era quemar la piel de sus víctimas con un soplete de gas acetileno, en sesiones de tortura que se extendían a veces hasta por 48 horas (U.S. Department of Justice, 1983, p. 71). Igual que muchos oficiales de las SS, solía jactarse de su crueldad y reprendía severamente a sus subordinados, cuando estimaba que eran demasiado blandos con los detenidos.

Maurice Boudet, quien estuvo varios días en manos del nazi, decía que “Barbie era un monstruo. Siempre llevaba un látigo en la mano. Repartía latigazos sin vacilación y alentaba a otros para que hicieran lo mismo. Dirigía personalmente los interrogatorios... Disfrutaba realmente con el sufrimiento de los demás (Ascherson, Hilton y Linklater, 1985, p. 72).

Un tercer ejemplo, quizá el más cercano al Heatcliff que menciona Bataille, es el de Ilse Koch, una civil que era esposa del jefe del campo de concentración de Buchenwald, respecto de la cual “los antiguos internos del campo testificaron que le encantaba provocar sexualmente a los

prisioneros... para después ordenar que les dieran una paliza o los mataran” (Nagorski, 2017).

De Koch, a quien la prensa bautizaría como “La perra de Buchenwald”, se cuentan historias mucho más escabrosas que aquella. Según se indicó en el juicio del cual fue objeto, usaba piel humana para fabricar pantallas de lámparas o para encuadernar libros, acusaciones que sin embargo, no pudieron ser probadas. Sí se aceptó como prueba en el juicio una cabeza humana jibarizada que, según indicó el fiscal, pertenecía a un prisionero polaco que había escapado del campo, luego de lo cual fue recapturado. Ante ello, aseguró el acusador, Koch había ordenado su decapitación y la reducción de la cabeza, a fin de mostrársela a los demás presos.

Podríamos seguir citando muchos otros ejemplos de monstruos nazis tal como los que describía Höss, pero el punto parece más o menos sencillo. ¿Había hombres o mujeres que se convertían en monstruos desde la perspectiva clásica de lo que entendemos como un monstruo, que aparentemente gozaban causando dolor, torturando y humillando a otras personas? Claro que los había.

Antes de pasar a la segunda categoría de carceleros que Höss cita, revisaremos brevemente, sin embargo, la tercera (ya se entenderá a qué obedece esta alteración del orden), la que según el comandante de Auschwitz correspondía a la de vigilantes bondadosos, “hombres comprensivos y benévolos por naturaleza, capaces de sentir piedad por quienes sufren” (Höss, 2017, p. 31), aunque estos se subdividían en dos tipos: los que se atenían estrictamente a los reglamentos y otros extremadamente benévolos, que incluso creían que era imposible que hubiera personas malas entre los reclusos.

Dejamos la segunda categoría que describía el oficial nazi para el final, pues su observación al respecto coincide de una forma muy exacta con la idea de la banalidad del mal. Según Höss, la

mayor cantidad de guardias eran “los indiferentes, los que cumplen con su deber en la medida en que es imprescindible hacerlo, con mayor o menor celo” (2017, p. 31).

Al respecto, precisaba que para ellos los reos eran solo objetos de los cuales debían cuidar en función del reglamento, pero ello no impedía que cometieran atrocidades. Como si se hubiera puesto de acuerdo con Arendt, dijo que los integrantes de este grupo:

No tienen intención de hacer sufrir a nadie, pero su indiferencia, su estrechez de miras, su deseo de no complicarse la vida son tales que, sin quererlo, infligen verdaderas torturas físicas y morales a no pocos reclusos. Ellos son los principales responsables de una situación que permite a algunos presos ejercer un nefasto dominio sobre sus compañeros de desgracia. (Höss, 2017, p. 31)

Höss da en el clavo. No tenemos cómo saber si pensaba en su camarada Eichmann (a quien conoció muy bien, al punto que le dedica un par de páginas en sus memorias), pero todo indica que quizá lo tuvo en cuenta. Lo que es claro es que el comandante del peor campo de concentración que ha conocido la humanidad sabía muy bien con quienes trabajaba y tenía la certeza de que en medio de una masa a cuyos extremos estaban los monstruos y al otro los hombres con algún grado de humanidad, existía una enorme mayoría de funcionarios, personas desprovistas de cualquier empatía, que abrogaban la función de pensar (en el sentido *arendtiano*) a favor del cumplimiento de los reglamentos, por inhumanos que estos pudieran llegar a ser, simplemente porque eso era más cómodo.

Como dice Fernández, siempre refiriéndose a Andrés Valenzuela, “su figura no es parte del bien o del mal, del blanco o del negro. El hombre que imagino habita un lugar más confuso, más incómodo y difícil de clasificar” (2016).

En medio de este grupo también es factible encontrar a sujetos que cometían horrores simplemente porque les parecía necesario.

Uno de los casos más evidentes al respecto es el relativo al número dos del régimen, Hermann Göring, el jerarca de mayor nivel que los aliados lograron arrestar tras la caída de Hitler. Antes de que suicidarse en Nuremberg, Göring fue extensamente interrogado por el psiquiatra estadounidense Douglas Kelley, logrando granjearse la confianza del ex líder alemán. En ese clima, cierto día Göring habló acerca de la famosa “Noche de los cuchillos largos”, purga interna en la cual se eliminó a todos los mandos de las antiguas SA (las tropas de asalto nazi, los famosos “camisas pardas”), incluyendo a su máximo jefe, Ernst Röhm, antiguo amigo de Hitler y de Göring.

Ante la impasibilidad con que este relató cómo había mandado a matar a Röhm, el médico no pudo contenerse y le preguntó, con tono de reproche, cómo había podido hacer que asesinaran a alguien que había sido su amigo. Göring lo miró con “asombro, impaciencia y lástima” luego se encogió de hombros y respondió que “pues, es que me estorbaba...” (El-Hai, 2014).

Esa maldad utilitaria (y banal, por cierto), por definirla de algún modo, se presentaba de un modo muy evidente también en Chile en el caso de los ex agentes de la DINA, como Michael Townley, por ejemplo.

En los múltiples interrogatorios a que ha sido sometido desde 1978 en adelante (cuando fue extraditado a Estados Unidos por su participación en el homicidio del ex canciller Orlando Letelier) nunca ha mostrado mayor arrepentimiento por los brutales y descarnados crímenes que cometió mientras pertenecía a la policía secreta de Augusto Pinochet. Sus motivaciones, como veremos más adelante, eran totalmente banales, y sus excusas eran parecidas a la de los nazis, en

el sentido de que solo ejecutaba órdenes.

La única crítica formal que efectuó a su antiguo servicio la formuló durante una declaración prestada en 2013, en la cual dijo que:

Empecé a darme cuenta de que muchas de las actividades, muchas de las cosas que pasaban, tenían por objeto el enriquecimiento personal de algunos oficiales, la promoción de sus carreras personales, ambiciones, y empecé a desilusionarme. Empecé a echar pie atrás a fines del 76, principios del 77. (Basso, 2017)

En buen español, Townley no se desilusionó por darse cuenta de las atrocidades que cometían, sino simplemente porque vio un aprovechamiento económico del cual, es necesario decirlo, él también se vio beneficiado por varios años. En otras palabras, su capacidad de reflexión era casi nula y lo único que la hacía reaccionar eran motivos banales, casi infantiles, que es lo mismo que el escritor Arturo Fontaine apreció en un grupo de oficiales de la DINA a los cuales entrevistó en el antiguo Penal Cordillera, mientras preparaba una novela, con el fin de entender qué pasaba en sus mentes cuando cometían atrocidades.

Hay de todo, eso depende mucho de las personas. Pero grosso modo, eran personas de poca capacidad autorreflexiva. Son gente de acción, que disfrutaba la velocidad de los autos, se entusiasmaban hablando de golpes de karate, te describían en detalle pruebas físicas que habían superado con éxito en sus ejercicios militares... Eso fue lo que mejor pude captar de ellos, esta cosa medio simplona, física, de gallos jóvenes que en el fondo estaban desatados. Como uno me dijo, “a nosotros nos preparan para ser máquinas de matar, eso es lo que hacemos desde que entramos”. (Hopenhayn, 2018)

Regresando a Höss, parece evidente que este, sabiendo que sería ahorcado, quiso dejar de sí un

retrato más bien amable, una versión edulcorada de su persona, pero no lo logró por completo, aun cuando se autorretrató como alguien conmovido por las cosas que vio en el campo de concentración que dirigía, incluyendo actos de canibalismo, y a que en su escritura usó palabras como “ternura” o “cuerpecitos”, conceptos que denotan una cierta humanidad que nunca se apreció en el lenguaje funcionario, contenido y estructurado de Eichmann.

Sin embargo, en su libro confesó ser nacionalsocialista hasta el final y calificó como “un error proceder al exterminio de buena parte de las naciones enemigas” (Höss, 2017, p. 100), sin entender o querer entender que un genocidio no es “un error”, sino un acto criminal, y sin condenar la matanza de civiles no beligerantes, entre otras cosas. De ese modo, Höss evidentemente pensaba que sí estaba bien exterminar a las naciones enemigas.

Además, el comandante de Auschwitz culminaba su defensa deslindando la responsabilidad de los horrores sucedidos en Auschwitz en los carceleros, especialmente en aquellos del primer grupo, argumentando que “nada se puede hacer contra la maldad, la perfidia y la crueldad de algunos de esos individuos encargados de vigilar a los prisioneros, a menos que se los vigile a ellos mismos constantemente” (Höss, 2017, p. 100).

Dicho lo anterior, parecería que Höss usaba la misma estrategia de tantos altos mandos, que responsabilizaban a sus subordinados por hechos atroces de los cuales alegaban que ellos no tuvieron conocimiento. No obstante, no se refugió en ello, y al final de su relato señala que “como las cosas ocurrieron en Auschwitz, soy yo el responsable” (Höss, 2017, p. 101), admisión de culpa que a simple vista pareciera contundente y producto de su conciencia. Pese a ello, a renglón seguido escribió algo que denota el verdadero trasfondo de esta confesión, el señalar que “el reglamento lo dice expresamente: ‘El comandante es enteramente responsable de toda la extensión de su campo’” (Höss, 2017, p. 101).

En otras palabras, Höss, un hombre que fue capaz de distinguir las distintas graduaciones de la maldad y la bondad entre sus propias tropas, terminó asumiendo su culpa no porque algún imperativo ético así se lo exigiera, sino porque, pese a todo lo que había sucedido, seguía siendo un oficial obediente a un reglamento que ya ni siquiera existía⁴⁰.

Otro carcelero, Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka, razonaba de un modo muy semejante. En el segundo día de sus conversaciones con la periodista Gitta Sereny, reconoció por única vez su culpa en las atrocidades. “Tendría que haberme suicidado en 1938”, dijo a la reportera (Sereny, 2009, p. 53), luego de ser arrestado en Brasil en 1967.

Tratando de entender qué había detrás de su mente, Sereny no solo lo entrevistó extensamente, sino que además fue a ver la casa en que vivía en la ciudad de San Bernardo, y habló con su esposa. La descripción de Sereny de la vivienda del nazi no encaja para nada con el aspecto que debería tener la guardia de un monstruo. Según relataba, era una pequeña casa de color blanco y rosa, de tres habitaciones, con flores en el patio, un estante con cerca de 200 libros y pinturas de parajes austríacos en las paredes, un lugar muy normal, después de todo.

Sin embargo, el dueño de casa había trabajado en el programa Tiergartenstrasse-4 (T-4), que no era más que un sistema de eutanasia masiva que se aplicaba a los discapacitados de cualquier tipo en la Alemania Nazi y aunque al referirse a ello trataba de mantener el mismo tono monocorde de sus colegas, Sereny notó de inmediato que apenas tocaron el tema “noté por primera vez una alteración alarmante en su rostro: se volvió más áspero, al tiempo que se aflojaba y ruborizaba

⁴⁰ Höss fue sentenciado a la penal capital en un tribunal de Cracovia a inicios de abril de 1947, y colgado ese mismo mes. En su sentencia, se le encontraba culpable de la muerte de un primer grupo de 300 mil prisioneros; del asesinato de cerca de 2.5 millones de personas que fueron enviadas a Auschwitz desde distintas partes con el expreso fin de ser eliminadas, por lo cual no quedaron registros de sus nombres; de la muerte de a lo menos 12 mil prisioneros soviéticos y de haber participado en el saqueo masivo de los bienes de las víctimas, así como de haber mantenido a miles de personas en estado de esclavitud.

levemente. Se le marcaron las mejillas, empezó a sudar, y las arrugas de las mejillas y la frente se acentuaron” (Sereny, 2009, p. 71).

En otras palabras, había una reacción, una incomodidad evidente ante ese horror, y la periodista dejó constancia de ello, explicando que “Stangl, de hecho, estaba más afectado intelectual y emocionalmente por toda la cuestión de la eutanasia que otras personas con las que hablé que estaban implicada de un modo directo en el programa” (Sereny, 2009, p. 80).

El nazi se sentía avergonzado por lo que hacía y su interlocutora se dio cuenta de que él “consiguió esconder a su mujer la naturaleza de las tareas en Schloss Hartheim” (Sereny, 2009, p. 110). Dicha vergüenza, dicha indicación de que la conciencia le remordía de algún modo y por eso ocultaba sus actividades, es lo mismo que sucedió varios años después en el caso de algunos criminales chilenos. Quizá el único oficial de la desaparecida Central Nacional de Informaciones (CNI) que ha pedido perdón, Carlos Herrera Jiménez, contó a la periodista Soledad Pino algo sobre sus rutinas hogareñas que ciertamente recuerda lo que Sereny retrataba acerca de la actitud de Stangl:

Mi señora, mi segunda mujer, es matrona. Recuerdo que había días en que se daba la típica conversación de una pareja después del trabajo, al llegar a la casa. A veces me sucedió que ella se sentaba a contarme entusiasmada los detalles sobre un parto. Luego me preguntaba cómo había estado mi día. Yo le decía que todo bien, porque no podía contarle que había estado en una sesión de tortura con una mujer embarazada. (Pino, 2016, p. 74)

No obstante, ese mayor grado de conciencia que Stangl parecía mostrar quedaba a trasmano a medida que Sereny le preguntaba por otras situaciones. Una de ellas, que parecía muy doméstica,

demostraba, a juicio de la escritora, cómo existían “dos niveles de conciencia y de pensamiento” en el cerebro del nazi (Sereny, 2009, p. 165).

Según diversos testimonios recogidos por ex prisioneros del campo de prisioneros de Sobibor, el jefe de la unidad (Stangl) presenciaba la descarga de los presos desde los trenes vestido en un impecable uniforme blanco de montar, una imagen grotesca en medio de tanta miseria, maltrato y brutalidad. Emplazado ante ese hecho, Stangl dio tres explicaciones a Sereny respecto de por qué vestía así, todas distintas y ninguna de ellas creíble.

Al final de las entrevistas, sin embargo, reconoció su culpa. Dijo a Sereny que nunca había herido a nadie en forma intencionada y aseveró que era culpable por el solo hecho de haber estado allí, sin aludir a los reglamentos en los cuales se refugiaron Eichmann o Höss.

Al igual que Kant, Sereny creía que la decisión respecto de las conductas a adoptar dependía de “la capacidad individual de practicar la selección fundamental entre el Bien y el Mal” (Sereny, 2009, p. 551) y ciertamente coincidía con los planteamientos acerca de la banalidad del mal:

Sereny on Stangl has much in common with Arendt on Adolf Eichmann. Both resisted the easy characterization of evil as something done by people with horns and funny accents: that is, done by people not like you and me. What is so terrifying about the work of Sereny is that she makes evil look ordinary and everyday. And in this way she show us how close we all could be to it. (Fraser, 2012)

Las críticas

Debido a un accidente (fue atropellada) y a una serie de otros problemas, Arendt demoró más de un año y medio en entregar sus reportajes a *The New Yorker*, los que aparecieron en la famosa sección *A reporter at large*, con el título *Eichmann in Jerusalem* y el subtítulo *Adolf Eichmann and the banality of evil*. Se trató de cinco entregas sucesivas, publicadas en las ediciones del 16 y 23 de febrero y las del 2, 9 y 16 de marzo de 1963.

En mayo de ese mismo año, en tanto, su informe era publicado en formato de libro y las críticas llovieron sobre Arendt. Una de las principales era la afirmación de que “en los primeros años de la guerra, los Consejos judíos habían acatado las exigencias de los nazis entregándoles el inventario de los miembros de sus congregaciones, facilitando así su ulterior eliminación” (Literary Trust of Hannah Arendt & Literary Trust of Mary McCarthy West, 2016).

La filósofa estaba convencida de que se trataba de una campaña política y por ende no dio mucha importancia al asunto.

Otra crítica tenía que ver con la intención que se le atribuyó en orden a menoscabar la imagen de Ben Gurión y del fiscal Hausner, a quienes acusó de aprovechar propagandísticamente el juicio.

La tercera y más persistente crítica, hasta hoy en día, es la que dice relación con la valoración que hizo de Eichmann, a quien muchos querían ver monstrificado, ad hoc a las expectativas que el gobierno de Israel y los medios habían levantado. Uno de los ataques hacia ella a consecuencias de su apreciación sobre Eichmann devino de uno de sus amigos más queridos, el periodista Kurt Blumenfeld (quien además la había ayudado durante el juicio de Eichmann). Sus intentos por convencer a quienes la catalogaban como una especie de antisemita fueron desgastantes y poco

exitosos, pese a que como señala Kristeva, “Banality’ is therefore no the same as ‘innocence’. The story of Eichmann is in no way the tale of an innocent man” (2001, p. 149)

Al respecto, Stangneth, quien más extensamente ha tratado el tema en la actualidad, señala que:

...el impacto de Eichmann en Jerusalén ha llegado a conocerse y describirse efectivamente. No debe subestimarse el propósito de tal estrategia: Eichmann quería seguir con vida y justificarse. Quien desee conocer la relación entre esa versión de Eichmann en Jerusalén diseñada por él mismo y el perpetrador y sus sangrientos logros debe recurrir necesariamente al Eichmann previo a Jerusalén y atreverse también a ir más allá de las interpretaciones basadas con exclusividad en la imagen posterior. (Stangneth, 2014, p. 12)

No cabe duda de que la mención anterior tiene una destinataria con nombre y apellido: Hannah Arendt, quien formuló la “teoría” (ya sabemos que no buscaba hacer eso) de la banalidad del mal, basada en lo que vio en un juicio, pero también en la documentación sobre el nazismo a la que tuvo acceso durante su estancia en Jerusalén (documentos que le entregara en su mayoría Blumenfeld).

Sin embargo, hay otros que incluso van más allá en su crítica: “Eichmann —como dice el teólogo británico David Grumett— no fue un revelación para Arendt, sino una oportunidad para probar y desarrollar un concepto que ya poseía” (Wolfe, 2017).

Hoy, como bien lo señala Stangneth, poseemos mucho más material adicional, que permite escudriñar en detalle la personalidad de Eichmann, principalmente debido a los documentos que salieron a la luz a fines de los años ’70, producto de las miles de páginas que Eichmann dictó entre 1954 y 1957 en Argentina a otro ex oficial nazi, Wilhelm Sassen. Además, actualmente se conocen

manuscritos dejados por el criminal en posesión de su familia (con los cuales se editaron sus memorias) y también manuscritos suyos dejados en la prisión de Jerusalén.

Todo ese material da cuenta de un hombre mucho más soberbio y decidido del que Arendt vio en el tribunal. En efecto, muestra a un nazi convencido de la justicia de los crímenes cometidos, que aún poco antes de su detención firmaba orgullosamente como “Adolf Eichmann, teniente coronel retirado de las SS”. Debido a ello, Stangneth asegura que Arendt “cayó en una trampa, porque Eichmann en Jerusalén no fue más que una máscara” (2014, p. 18), aunque no reniega por completo de lo que ella estampó en *The New Yorker*, pues precisa que “nuestra comprensión de la historia depende en tal medida del momento y las circunstancias en que se desarrolló, que es imposible descartar una perspectiva como la de Arendt” (Stangneth, 2014, p. 21).

De acuerdo al perfil que Stangneth realiza acerca de Eichmann, basado principalmente en las llamadas “entrevistas Sassen”, Eichmann era un egocéntrico, un fantoche, un sujeto vulgar que tenía una imagen distorsionada de sí mismo. Así, luego de la anexión de Austria por parte de Alemania, en marzo de 1938, hizo saber a un escritor judío de Viena, Adolf Böhm, que esperaba que cuando él escribiera el segundo tomo de su historia del movimiento sionista, incluyera al menos un capítulo acerca de su persona (Stangneth, 2014, p. 31). En su afán egótico, resulta evidente también el hecho de que disfrutaba mucho cuando su jefe, Reinhard Heydrich, se refería a él como “su pequeño primer ministro” (Stangneth, 2014, p. 33).

Además, es efectivo que Eichmann participó de al menos dos montajes propagandísticos destinados a mostrar una imagen favorable de dos campos de concentración (Auschwitz y Theresienstadt) ante la prensa internacional, en 1943, (hecho que fue criticado por *Aufbau*, donde ya trabajaba Hannah Arendt), lo que demuestra que tenía conciencia de los crímenes que se estaban cometiendo y por ende intentaba ocultarlos.

Quienes lo rodeaban en las SS también estaban conscientes de aquello y, por eso, señala Stangneth, sus colegas evitaban aparecer cerca suyo cuando era inminente la derrota nazi. Paralelo a ello, previendo también lo que pasaría, Eichmann comenzó a planificar su fuga e incluso dio a entender a muchos que, dados sus contactos en Palestina, seguramente huiría a Medio Oriente, nada de lo cual es compatible con alguien que clama inocencia.

Sin embargo, siendo un hombre astuto, en vez de escapar hacia allá, huyó hacia el norte de Alemania y después a Argentina, donde vivió varios años bajo la falsa identidad de Ricardo Klement.

En sus conversaciones con Sassen y otros sujetos que de cuando en cuando se unían a las entrevistas, dijo que “no soy un asesino de masas, para demostrarlo tengo la intención de presentarme ahora oficialmente ante la justicia” (Stangneth, 2014, p. 309), pero ya sabemos que nunca lo hizo.

Del mismo modo, fanfarroneó repetidamente ante su audiencia de ex camaradas. Recordando lo que dijo a sus subalternos antes del fin de la guerra, les explicó que si debía morir “saltaré contento a la fosa, sabiendo que con nosotros murieron alrededor de cinco millones de enemigos del Reich” (Stangneth, 2014, p. 314), pero al mismo tiempo trataba de aminorar su responsabilidad: “todos... fuimos pequeños engranajes del mecanismo de la Oficina Central de Seguridad del Reich y, como tales, durante la guerra fuimos pequeños engranajes del gran engranaje del motor de exterminio: la guerra” (Stangneth, 2014, p. 322).

A fines de los años '50 seguía siendo un nazi convencido, que sentenciaba que “el único enemigo bueno del Reich es el enemigo muerto. Sobre esto debo decir en particular que si recibía

una orden, por cierto que siempre cumplía con esa orden y todavía hoy estoy orgulloso de eso” (Stangneth, 2014, p. 384).

Posteriormente, en el juicio, se mostraría como un hombre que ejecutaba una “peculiar mezcla de gimoteo, frialdad y ocasional obstinación”, (Stangneth, 2014, p. 379), y al mismo tiempo como un pacifista y una persona respetuosa de los Derechos Humanos (Stangneth, 2014, p. 519).

Todo ello, es cierto, formaba parte de una impostura, de una estudiada puesta en escena magistralmente interpretada por Eichmann, pese a que él mismo había escrito antes (en este caso, en sus memorias) que “no consideré injustas ni las exigencias que nos planteaba mi gobierno ni tampoco los objetivos que se habían fijado los gobiernos enemigos” (Eichmann, 1980, p. 391). Igualmente cínicas resultan sus últimas letras, en las cuales señala que “no existe la menor necesidad de declararme ‘culpable’ en el sentido de una complicidad, mientras que ‘la otra parte’ no demuestre una buena disposición idéntica a la mía” (Eichmann, 1980, p. 396).

Bernstein coincide con Stangneth. Dice que hoy en día efectivamente sabemos mucho más acerca del pasado de Eichmann tanto en Alemania como en Argentina, donde estuvo muy cercano a varios otros criminales nazis, con los cuales se jactó muchas veces acerca de “la solución final”, incluso exagerando su rol en ella, señala el autor, quien cita a Browning cuando este señala que Arendt fue engañada por la Eichmann (Bernstein, 2017), ante lo cual habría que añadir que, además, el nazi engañó a Mulish y en una medida un poco menor a Less y a Gellhorn.

Pese a ello, la teoría formulada casi al pasar por Arendt en su reporte sobre Eichmann sigue completamente vigente. Bernstein, quien dice que la banalidad del mal sigue completamente vigente, señala al respecto:

We tend to think of good and evil in absolute terms —as a stark dichotomy—. There are heroes and villains. There are vicious perpetrators and victims. If one commits “monstrous deeds” as Eichmann did, then one *must* be like a monster or demonic. He *must* have sadistic, monstrous, antisemitic intentions and motives —or be pathological. He *must* be like the great villains portrayed in literature, or even like the villains portrayed in popular films and culture. There is something so deep and entrenched about this way of thinking that to call in into questions is extremely disturbing. Eichmann was certainly portrayed as demonic by Gideon Hausner, the chief prosecutor. (Bernstein, 2017)

Desde este punto de vista, entonces, el problema no radicaba únicamente en lo que era Eichmann, sino en la imagen que se necesitaba proyectar de él y dicha visión, como ya lo hemos apreciado por medio de lo que dijeron otros testigos como Mulisch o Less, o por lo que señala Levi, es disonante respecto de la primera.

Ante ello, Bernstein reafirma la validez de la banalidad del mal y precisa que “Arendt’s mayor point is that we should not mythologize evil” (2017), y ese un gran ejemplo de muchas situaciones que parecieran no tener explicación, pero que, sin embargo, pertenecen a este campo.

Características de la banalidad del mal

Aunque a simple vista no pareciera tener relación, un gran ejemplo al respecto es lo que sucedió en la zona metropolitana de Concepción, luego del terremoto y tsunami del 27 de febrero de 2010. Dicho sismo sucedió a las 3.37 de la mañana, y menos de cuatro horas más tarde ya habían

estallado saqueos en distintas comunas de la conurbación, cuando aún nadie estaba al borde de la muerte por inanición o falta de agua.

Los disturbios se extendieron en forma exponencial y miles de personas que jamás en su vida habían delinquido fueron arrestadas por policías y/o militares en las jornadas subsecuentes. Entre los detenidos había trabajadores comunes y corrientes, profesores, ingenieros y médicos. Había personas que robaron harina o leche y otras sustrajeron desde los supermercados o malls saqueados elementos tecnológicos que ni siquiera servían (pues no había electricidad), como televisores, computadores, lavadoras, etc. En el Gimnasio Municipal de Concepción la Policía de Investigaciones comenzó a acumular las especies robadas que iba recuperando, a medida que iba deteniendo a los autores. Unos 10 días después del terremoto, la cancha del gimnasio estaba repleta de bienes electrónicos, muebles, sillones, cajas de licores finos, etc⁴¹.

Sin embargo, nadie fue capaz de responder a plenitud qué fue lo que movió a delinquir a toda esa gente, la mayoría de ella sin siquiera infracciones de tránsito en su historial. Hubo algunas interpretaciones políticas al respecto, que culpaban al neoliberalismo de la reacción popular, pero nadie se preguntó por qué esas personas habitualmente respetuosas de la ley y de la propiedad ajena se convirtieron en una pandilla de salvajes que robó todo lo que pudo robar. ¿Necesidad? ¿temor al desabastecimiento? ¿histeria colectiva?

Nada de ello sirve para explicar ese comportamiento. Hay ciertas teorías del área de la psicología social, como la teoría de las ventanas quebradas, de Kelling y Wilson, por ejemplo, o “el efecto Lucifer”, de Zimbardo, que permiten entender que las personas actúan motivadas por

⁴¹ Todo esto fue observado personalmente por el autor de esta tesis.

máximas malas en situaciones de desorden social, pero tampoco alcanzan a explicar fenómenos de esta magnitud.

Sin embargo, si revisamos en detalle lo que sabemos acerca de la banalidad del mal y de este mal *radikal*, ese mal que como Kant nos decía radica en el interior de cada ser humano, podemos entender perfectamente qué sucedió por aquellos días. De ese modo, podemos concluir que la banalidad del mal es un fenómeno que implica la existencia de las siguientes características:

1. Falta de pensamiento
2. Falta de empatía
3. Falta de remordimientos
4. Visión distorsionada de sí mismo

En el caso de los saqueos, es evidente la falta de pensamiento de las personas que participaron en ellos y no porque no estuvieran pensando en las consecuencias negativas que tendría para sus vidas el —por ejemplo— ser detenidas, sino porque no había ningún tipo de reflexión acerca de las consecuencias que el hecho tenía. Muchas personas acudieron junto a sus hijos pequeños a saquear el supermercado del barrio, sin detenerse por un segundo a pensar que ello no contribuye a la formación de un niño y que se trata de algo que contradice todas las normas sociales que seguramente le enseñaban en la casa. Habría bastado que hubieran hecho un mínimo examen de conciencia, como el que menciona Cano (2014), para que hubiera surgido un mínimo prurito que habría evitado que cometieran ese delito.

La falta de empatía también fue más que evidente. La ciudad quedó desprovista de alimentos y agua durante casi una semana, no porque el terremoto hubiera destruido los supermercados, sino porque las hordas de saqueadores los dejaron vacíos, desprovistos de mercadería. Varios de estos

comercios, además, fueron quemados al fin de los saqueos, como una forma de evitar que investigaciones posteriores permitieran a la policía encontrar evidencias (como huellas digitales), que a su vez les condujeran hacia los perpetradores.

Por cierto, nadie manifestó en los tribunales algún arrepentimiento. No hubo notas de prensa donde alguien dijera que estaba arrepentido y todos esos vecinos comunes y corrientes que habían participado de los saqueos se jactaban de lo mismo (siempre y cuando no hubieran sido detenidos). La idea de que los supermercados, malls y grandes tiendas pertenecen a empresas multimillonarias, que tienen enormes ganancias a raíz de los altos intereses que cobran por medio de la venta a crédito, era justificación más suficiente para que muchas personas argumentaran a favor de robarles, sin darse cuenta que al fin y al cabo, esa era la misma lógica bajo la cual los nazis aplicaron progresivamente las leyes de Nuremberg, hasta que al final despojaron a los judíos no solo de sus empresas y propiedades, sino incluso de su nacionalidad, de sus identidades y, en último término, de sus vidas.

Es una lógica-ilógica brutal, despiadada y aplastante.

Salvo los delincuentes que asumen quienes son (como lo muestra *Hijo de Ladrón*, de Manuel Rojas, por ejemplo), nadie reconoce ser un delincuente, y probablemente la mayoría de esas personas en realidad no estuvo nunca consciente de que lo que estaba haciendo es un delito y, por ende, eso las convertía en delincuentes, tal como Eichmann (amparado en otros motivos, en su caso, la obediencia a las órdenes) jamás se vio a sí mismo como un delincuente.

En el caso chileno, el director de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) de Augusto Pinochet, Manuel Contreras, quien llegó a acumular más de 500 años de presidio por sus delitos, siguió aseverando hasta sus últimos días que todos los crímenes por los cuales había sido

condenado eran mentiras, afirmando que él tenía su conciencia limpia y que jamás había violado los Derechos Humanos. Por increíble que parezca, todo indica que efectivamente él creía que así era.

Al respecto, existe un cable desclasificado de la CIA, la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, que da cuenta de una extraña situación que se vivió en 1975, cuando Augusto Pinochet decidió no permitir que una delegación de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU ingresara a Chile. Ante el escándalo mundial que ello generó, el dictador decidió enviar a Estados Unidos a un emisario de su total confianza, con la misión de explicarle a determinados actores clave de la política de EEUU que en Chile no se violaban los Derechos Humanos. ¿A quién escogió Pinochet para ello? A Manuel Contreras, el principal responsable de las violaciones a los DDHH en Chile.

El documento desclasificado a que se hace referencia en forma previa incluye una anotación en la cual el redactor señala que lo anterior daba cuenta de “la distorsionada visión de los líderes chilenos sobre su propia situación” (Basso, 2013).

Si bien no estamos sugiriendo aquí que el mal que ejerció la DINA fuera de tipo banal, pues, salvo algunos casos, pareciera ser que en general dicho organismo contó con muchos hombres y mujeres que sí gozaban causando dolor, el ejemplo sirve para ilustrar ese aspecto: la visión distorsionada de sí mismos que seguramente tienen aún hoy en día muchos de los saqueadores, que no se ven a sí mismos como personas que cometieron un delito, sino que deben justificar ese hecho en cualquier motivo. Manteniendo las distancias, es lo mismo que sucedía con los jefes de la Alemania nazi. Ya en 1940, cuando la guerra aún estaba germinando, Sebastián Haffner dejó testimonio de ello, al comentar la forma en los dirigentes del nacionalsocialismo estaban robando el erario nacional para su provecho personal:

Este punto de vista, dicho sea de paso, es compartido por los jefes nazis, que se ven a sí mismos, como acertadamente lo formulara Rauschning, como la “nueva alta nobleza”. La imagen que tienen de sí mismos, y que muchos alemanes desconcertados aceptan, no es la de unos bandidos que roban los fondos recaudados, sino la de unos aristócratas adinerados que sacrifican generosamente una parte de su diezmo en pro del bienestar público. Los dirigentes nazis han aspirado astutamente a sacar provecho de las respetadas ideas de los siglos feudales, y se han colgado la piel de armiño, que no les sienta nada bien, de los antiguos príncipes reinantes. (Haffner, 2017)

Comprendiendo todo lo anterior, es factible, entonces, generar un breve modelo que permitiría ir analizando si determinadas situaciones se pueden entender o no cómo adscritas a un mal banal, entendiendo del mismo modo que para que este tipo de mal banal se presente, es necesaria también la ausencia de la obtención de cualquier tipo de placer o satisfacción ante la aplicación de dolor físico o psicológico en contra de algún ser vivo, que es una de las principales características de los asesinos seriales, según descubrió en los años 70 la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, cuyo fundador, Robert Ressler, se dio cuenta de que la mayoría de los asesinos seriales que había entrevistado comenzaron su carrera delictual asesinando pequeñas mascotas en su infancia, por el solo placer de matar (Ressler y Shachtman, 2015).

Otro hecho que es necesario tener en cuenta es que si bien hablamos de la existencia de características como falta de pensamiento, empatía y remordimiento, en general estas manifestaciones morales son más detectables por su omisión que por su presencia. Desde esa perspectiva, entonces, es necesario recurrir a la teoría de los espacios vacíos de Wolfgang Iser, entendiendo que estos son “instrumentos de sentido, pues regulan la relacionabilidad y la

interpretación recíproca de los segmentos, mediante el salto de los puntos de visión. Organizan el eje sintagmático de la lectura” (Iser, 1987a, p. 321).

De este modo, los vacíos que Tomás Eloy Martínez —en este caso— va dejando respecto de los pensamientos íntimos de varios de los personajes en lo relativo a, por ejemplo, el autoexamen, construyen un sentido evidente, que sin embargo debe ser descubierto por quien tiene el libro en sus manos, pues como también dice Iser, “ningún autor que se precie de tal intentará nunca poner el cuadro completo ante los ojos del lector” (Iser, 1987b, p. 226). En otras palabras, estamos hablando de las mismas “zanjas ciegas” que Martínez señalaba no eran admisibles en el periodismo, donde el lector espera que el narrador entregue todos los detalles de aquello que se desea saber, pero que sí son una técnica que es aceptada por autor y lector en el caso de la ficción, en función del pacto fictivo.

Así, y teniendo presente este pequeño modelo, lo aplicaremos al objeto de este estudio, *La novela de Perón*, y al personaje quizá más interesante de toda ella, por su exotismo, su personalidad y también por su maldad evidente: José López Rega.

La banalidad del mal en La Novela de Perón

Como ya se expuso en los primeros dos capítulos, Tomás Eloy Martínez recurrió extensamente a la ficción con el fin de rellenar aquellas partes de la biografía de Perón que eran manifiestamente falsas o que no tenían explicación y lo mismo hizo respecto de las relaciones entre Perón y sus personas inmediatas, especialmente López Rega, Cámpora e Isabelita.

De ese modo, imaginando cómo pudo haber sido, Tomás Eloy Martínez generó una realidad

inquietante y perversa, en la cual un mal banal, un mal que ni siquiera se asume que está allí, es el motor básico de la actuación del gobernante de facto (López Rega).

Por cierto, no se trata de un mal común y se desarrolla en un contexto muy distinto de aquel en que Arendt lo bosquejó y hay dos diferencias esenciales al respecto. La primera es, a partir de la observación de la conducta de Eichmann en el juicio (donde, ya sabemos, interpretó un gran papel de sí mismo), la noción de que el mal banal es un tipo de mal que acontece a niveles medios.

Eichmann era un teniente coronel; es decir, un hombre de nivel medio en el interior de la oficialidad de las SS y ni siquiera se le podría calificar como un jerarca de menor nivel del régimen, como sí lo era su jefe inmediato, el general Heydrich, un hombre poderoso e importante en las altas esferas del nazismo pero que, sin embargo, no formaba parte del anillo más inmediato a Hitler, aquel donde sólo se contaban algunos nazis “históricos”, como Göring, Himmler, Goebbels, Hess (antes de su vuelo a Inglaterra, claro), Bormann y Speer.

La segunda diferencia dice relación con el contexto histórico, como se indica en la introducción. La Argentina de los años '70 no estaba sumida a nivel estatal en una cruzada antisemita⁴², antieslava o de cualquier otra naturaleza, como sí sucedía con la Alemania nazi, 30 años atrás. Sí existía una enorme inestabilidad política y los golpes de estado se habían sucedido sin piedad en las décadas previas a los hechos narrados en *La Novela de Perón*, tal como se reseña también en esta tesis.

Ante lo anterior, es legítimo preguntarse entonces si el mal banal es un tipo de mal que opera

⁴² Pese a lo anterior, el antisemitismo siempre ha sido un poder latente en Argentina. Jacobo Timerman atribuía en gran parte a él lo que le ocurrió a partir de 1977, cuando fue secuestrado, torturado y detenido por tres años por parte de la dictadura. En los procesos relativos a los atentados ocurridos explosivos en Buenos Aires en 1992 (contra la Embajada de Israel) y en 1994 (contra la AMIA) existen numerosos antecedentes respecto de grupos parapoliciales de inspiración antisemita.

en cualquier circunstancia y, como está indicado con el ejemplo que cierra el subtítulo anterior, así es. Parafraseando a Bernstein, podemos decir sin temor a equivocarnos que otra de las grandes contribuciones que nos dejó Arendt fue el habernos mostrado cómo cualquier persona, independientemente de su nivel jerárquico, de su educación y de sus circunstancias históricas, puede terminar causando catástrofes de proporciones bíblicas, por motivos muy banales.

Así, la terrible certeza que nos queda del estudio de Arendt y su idea al respecto, es que no es necesario ser Amon Göth, Heatcliff o un despiadado asesino en serie que goza coleccionando cabelleras de mujeres de determinadas características, para causar un mal que genera al final los mismos objetivos que Arendt descubrió en los totalitarismos: volver superfluas a las personas, eliminando la espontaneidad humana y obviando por completo “las tradicionales prohibiciones morales, representadas en los Diez Mandamientos” (Bernstein, 2004, p. 289).

Todo ello, como veremos a continuación, termina sucediendo en el objeto de estudio, lo que se puede apreciar en el análisis pormenorizado del mal banal en ella.

La falta de pensamiento

José López Rega es, como ya está dicho, el sujeto con más poder en toda la historia. El es quien maneja a su antojo al matrimonio Perón y quien articula todo lo que sucede a fin de que ocurra tal como él espera. En lo esencial, su papel dentro del arco narrativo principal de la novela es el de ser una suerte de titiritero que planifica la matanza de Ezeiza, con el fin de lograr un giro de Perón hacia la derecha del periodismo, al culparse del inicio de la matanza a Los Montoneros, peronistas de ultraizquierda.

Así las cosas, López Rega no era el criminal pasivo que Eichmann personificó en el juicio, un hombre que se limitaba a justificar las órdenes de sus superiores porque estas se encontraban dentro de la legalidad vigente, sino un sedicioso que conspiraba constantemente, que mentía, que manipulaba, que inventaba explicaciones esotéricas y que confundía a todo el mundo. Pese a ello, tampoco era el monstruo perverso que Arendt esperaba encontrar en Eichmann al inicio del juicio.

En dicho sentido, López era un criminal muy complejo de definir. En él no se observaban las pulsiones eróticas o netamente sádicas que gobiernan los actos de los malvados “hipermorales” contruidos por autores como Sade, Genet o Bronte, por ejemplo, ni tampoco el mal “normal” (por definirlo de alguna forma y como oposición al mal “radikal” *kantiano*) que gobierna los actos del Juan Domingo Perón que Martínez traza al relatar su vida, mostrando a un hombre traumatado por su origen ilegítimo, un ser violento, vulgar y formado en el rigor militar, habituado a mentir y a traicionar con el fin de obtener sus objetivos; alguien que cambia de versión con gran facilidad y que no trepida en usar a las personas sin pensar en las consecuencias.

Por el contrario, es un personaje que pese a jactarse de supuestos conocimientos esotéricos e incluso de tener supuestos poderes conferidos por “los superiores desconocidos” nunca reflexiona sobre lo que está haciendo, sobre la manipulación perversa que ejerce en contra de un anciano, ni respecto de la forma en que maneja a su antojo la mente de una persona con escasa cultura, como era Isabelita. La verdad es que no es algo que siquiera le preocupa, pues las más mínimas convenciones sociales incluso habían dejado de interesarle, en su camino al poder: “Se posaba como una mosca sobre todas las conversaciones, sin preocuparse en lo más mínimo por la tolerancia de la gente. En otros tiempos se habría esforzado por caer simpático, pero ya no. Ahora se vanagloriaba de su antipatía” (Martínez, 2015, pp. 14-15).

No hay reflexión de ningún tipo, en ninguna dirección. Solo actúa en función de un objetivo, de la aplicación de su plan destinado a ser más aún, de alcanzar un objetivo totalizante y de apropiarse de todo lo que los Perón han forjado (de buena o mala manera), lo que demuestra su completa falta de conciencia y de reflexión, lo que va unido, ciertamente, a la última característica, que es la visión distorsionada de sí mismo.

La falta de empatía

Arendt decía, en el caso de Eichmann, que su falta de empatía se reflejaba en una incapacidad absoluta en orden a considerar cualquier cosa desde el punto de vista del otro. Era un egótico, y como lo plantea Nona Fernández, ello va siempre, de un modo u otro, unido a la maldad y a la falta de pensamiento:

Gente pequeña, con cabezas pequeñas, que no comprenden el abismo del otro. No tienen lenguaje ni herramientas para eso. La empatía y la compasión son rasgos de lucidez, la posibilidad de ponerse en los zapatos del otro, de transmutar la piel y enmascararse con un rostro ajeno es un ejercicio de pura inteligencia. (Fernández, 2016)

Es por ello, señala la autora, que el agente Valenzuela tuvo que ir a vomitar cada vez que presenciaba una ejecución, pues quizá sin quererlo se puso en los zapatos de las víctimas y percibió, como muy bien lo señala, ese abismo que comenzaba a oscurecer sus vidas. Es el mismo abismo que seguramente sintió Eatherly multiplicado por miles, hasta el día en que murió, y es justamente esa reacción incluso física (estomacal, en el caso de Valenzuela; psiquiátrica, en el de Eatherly) algo que nunca estuvo presente en Eichmann ni mucho menos en López Rega.

A la forma arbitraria y avasalladora en la que actuaba, lo que quizá podríamos caracterizar como una suerte de falta de empatía “común”, se sumaba algo mucho más fuerte: un deseo mimético desbordante, cuyo objetivo final era apropiarse de la voluntad, el ser y la esencia del otro, sin pensar en su segundo, como es obvio, en las consecuencias de ello para su víctima (Perón). Para explicarlo de otro modo, su falta de empatía era de tal magnitud, que no solo carecía de la capacidad de ponerse en el lugar del otro, sino que quería ser el otro, sin importarle lo que ese otro pensara o sintiera.

Como ya lo hemos comentado, López Rega era quien tenía el poder. El era quien manejaba a su antojo la voluntad del político más trascendente de la historia de Argentina y de su esposa. Los movía a su antojo, conocía sus puntos débiles y hacía y deshacía con ellos, con sus amigos y con sus rivales.

Sin embargo, su proyecto mimético, su intento de ser ellos, estaba incompleto, pues el suyo era solo un poder de hecho, un poder en las sombras, pero no un poder de verdad, un poder legítimo, que es a lo que aspiraba.

Igual que Evita, igual que Isabelita, igual que Perón, López Rega quería ser un fenómeno de masas, un personaje amado, vitoreado, manoseado y santificado por las multitudes harapientas, alguien temido por sus adversarios, un personaje de fama mundial, un nombre que trascendiera en la historia como el de un gran mandatario, alguien que hiciera reventar de lado a lado la avenida 9 de julio, alguien cuyo nombre se perpetuara hasta la eternidad en calles, edificios, puentes, plazas y libros de historia, pero ello tiene un costo muy alto.

Como señalan Faúndez et al (2014, p. 60), operacionalizando las ideas de René Girard, “el deseo mimético produce violencia y sufrimiento” y López no dudaba un segundo en utilizar

cualquier instrumento que fuera necesario para obtener lo que ansiaba, aunque su fin no fuera el mal por el mal.

Desde esa perspectiva, *La Novela de Perón* puede ser leída no solo como un retrato descarnado de un Perón consumido por la senilidad, sino también como el relato íntimo de un sujeto frustrado, de un don nadie llamado José López Rega, quien encontró una fórmula para internarse por los meandros del poder, ese poder mediado por el hombre más poderoso que ha existido en Argentina y que, en 1973, estaba en el ocaso de su vida.

Tomás Eloy Martínez entendió eso a la perfección y allí reside la explicación de las magistrales escenas finales del libro, cuando el avión finalmente logra aterrizar y ese doble del autor que es el periodista Zamora va describiendo lo que sucede en el momento en que Perón efectúa su primer discurso, instante en que se aprecia ostensiblemente la relación mimética que singulariza al sujeto deseante (López Rega) y su mediador (Perón), y la lucha subterránea regida por “el deseo atroz de ser el otro” (Girard, 1985, p. 53).

En efecto, apenas Perón comienza a hablar, Zamora nota que detrás de él López Rega va diciendo las mismas palabras. Sin embargo, no es que las repita, sino que las pronuncia antes que él. Como lo comenta uno de los asistentes, “los labios de López se adelantaban al discurso” (Martínez, 2015, p. 461).

López Rega era, tal como lo indica Weldt-Basson (2012), el doble perfecto de Perón, una suerte de muñeco de ventrílocuo que no solo hace de espejo de las palabras ocultas que emite el ventrílocuo, sino que en realidad maneja a su manejador y busca apropiarse de su individualidad, de su persona, de su ser, tal como lo señala el mismo Martínez, entrevistado por Neyret (2002), al

comparar a López con Hugo Barret, el sirviente esbozado por el guión de Harold Pinter en la película del mismo nombre, quien termina usurpando a plenitud el lugar de su patrón.

Es tan desbordante el deseo mimético de López Rega que se transfiere con Perón y lo absorbe. Eso es lo que explica el que los espectadores duden de la identidad de quien tienen al frente: “ese hombre no puede ser Perón” dicen varias mujeres, luego de lo cual un campesino vaticina que “cuando Perón se entere de lo que está pasando, volverá” (Martínez, 2015, p. 461).

Recién en ese momento queda claro qué es lo que López había intentado hacer en el momento de la transfusión entre Eva e Isabel Perón. Como confiesa en ese momento al personal de seguridad que les acompaña: “voy a tener mi golem, muchachos. Todo lo que Isabel diga de ahora en adelante saldrá de mi cabeza. Cuando la oigan hablar, miren cómo se mueven mis labios. Voy a ser su ventrílocuo” (Martínez, 2015, p. 336).

Como ya sabemos, su proyecto destinado a convertir a la esposa de Perón en un golem (una clara referencia a una de las obsesiones de Borges) fracasó.

No obstante, lo que queda en evidencia al finalizar el libro es lo que sutilmente se viene sugiriendo desde el principio: que el verdadero golem era Perón, ese muñeco de ventrílocuo cuya garganta solo reverberaba las palabras de su controlador, López Rega, lo que al mismo tiempo es un indicio más de la ficcionalidad de la novela.

Pese ello, López no era más que una mala copia del original, pues como decía el mismo Martínez: “el simulacro se construye sobre la disimilitud, implica una perversión, un desvío que modifica todo” (Martínez, 2016) y allí reside la brutal falta de empatía de López Rega, un hombre que debía todo a los Perón, pero que sólo fingía amor y cariño por ellos, sentimientos que nunca

existieron pues, al contrario, lejos de ponerse en el lugar de sus patrones y ayudarlos, contrariamente los manipuló hasta los últimos momentos, haciendo lo que quiso con ellos.

La falta de remordimiento

López Rega no piensa ni por un segundo que lo que está haciendo pueda tener consecuencias negativas. Una de las grandes zanjias vacías del texto, uno de sus espacios vacíos más evidentes, es que en parte alguna aparece una palabra de remordimiento, conmiseración o lástima por las personas asesinadas en Ezeiza, pues dicha matanza se aprecia como un hecho necesario, como un paso casi administrativo en torno al objetivo de López de arrastrar hacia la derecha política al anteriormente populista Juan Domingo Perón y, de paso, hacerse definitivamente con el poder, sin importar cuántas personas fueran eliminadas en dicho cometido.

En todo el texto no aparece expresión alguna de López Rega en la cual se denote alguna palabra de lástima respecto de la suerte de otras personas y habría sido imposible que ello sucediera, pues en la banalidad de su actuar no existe espacio para ello. Cuando era confrontado a una mentira, como se relata que sucedió cuando Perón le preguntó qué hacía en el funeral de Mitre, “el secretario nunca contestaba” (Martínez, 2015, p. 69).

Esa era su actitud frente a cualquier actuación que, en el caso de otra persona, podría haber generado vergüenza, embarazo y, seguramente, arrepentimiento. López Rega, por el contrario, callaba, pues sabía también que luego de su primer silencio nadie le diría algo, como se refleja en la escena en la cual llama desde Madrid a Buenos Aires dando instrucciones a diestra y siniestra,

sin que nadie sepa a quién, y sin que se enfrente con la oposición del presidente constitucional (Cámpora) ni de Perón.

A tal grado llega su desenfado, que le dice a Cámpora que “la mejor manera de asegurarse la lealtad de un hombre es poniéndole otro al lado, para que lo vigile” (Martínez, 2015, p. 17), luego de lo cual el presidente le pregunta, en broma, quién lo vigila a él, ante lo cual recibe una respuesta que lo deja helado, de boca de la esposa de Perón: “Nosotros dos —dijo Isabel, muy seria—. Daniel y yo somos los otros de todos ustedes” (Martínez, 2015, p. 17).

Su vida es un devenir apegado al egotismo y ello resulta inequívoco. Lo mismo sucede con sus adláteres, lo que se representa magistralmente en la escena de la “iniciación de Arcángelo Gobbi”, en la cual se aprecia con mucha crudeza cómo, por medio de la violación, Gobbi es convertido en un cadáver vivo (para usar el concepto de Bernstein), luego de que su persona moral fuera destrozada por intermedio de ese acto criminal, del cual son partícipes los esbirros de José López Rega, sujetos brutales y despiadados, con actitudes más apegadas al concepto tradicional del monstruo que la de su jefe.

Sin embargo, Gobbi, Osinde y todos los demás integrantes de la Triple A eran unos simples fanáticos anticomunistas, unos fascinerosos amantes de las armas y la acción, gente “simplona”, al fin y al cabo, como Fontaine describía a los agentes de la DINA chilena, pero el que daba las órdenes, el que marcaba la pauta respecto de cómo se administraría la violencia en Ezeiza, era López Rega, quien no muestra ni un solo recato en decir “que busquen al comisario cual, experto en luchas antsubversivas. Hay que soltar (decide) a todos los perros contra las columnas sospechosas” (Martínez, 2015, p. 129).

Obedientes, sus esbirros salen a cazar y encuentran rápidamente a un blanco, un sujeto que, en un bar, ha dicho que habrá un atentado con fusil en contra de Perón, apenas aterrice el avión en el principal aeropuerto de Buenos Aires. Aunque comprueban que solo era un rumor, “le arrancaron las uñas, lo enloquecieron con la picana eléctrica, lo ahogaron en una tina llena de mierda. Nada se consiguió” (Martínez, 2015, p. 129) y tampoco nadie se disculpó, nadie se arrepintió, nadie dijo nada al respecto, muchos menos López Rega, el hombre que había liberado a la jauría anticomunista.

Ni el jefe de la asociación ilícita (López Rega), ni ninguno de sus lacayos partió al baño a vomitar, o sintió algún remordimiento, aunque tampoco hubo palabras de júbilo o alegría frente a la muerte de los rivales. Esa omisión intencionada, ese espacio emocional vacío que queda a ambos lados del crimen, cumple con un objetivo evidente: demostrar que para ellos matar era algo banal, algo cotidiano, algo que no merecía mayores comentarios ni, mucho menos, arrepentimientos.

Tampoco, como es evidente, López no sufre de algún tipo de remordimiento por aprovecharse de la senilidad de Perón, de la ingenuidad de su esposa, ni de la falta de personalidad de Cámpora, entre otros personajes. Todos sus actos y pensamientos relativos a la manipulación de quienes rodea son presentados en forma íntegra, pero el narrador en parte alguna lo muestra arrepentido, acongojado o incluso conmovido por algo. López Rega, en ese sentido, es un actor que avasalla y que en la implantación de su plan destinado a la conquista del poder sigue un sendero lleno de mal, aunque no es algo que se proponga. Igual que en el caso de los nazis, para López Rega (y también para quienes le rodeaban) las personas eran superfluas, incluso aquellas muy cercanas:

En la mesa del General coinciden doña Pilar, Valory y Licio Gelli. En la de Cámpora se instala López Rega con sus matones. Desde el mismo en que lo eligieron presidente, Cámpora ha ido sintiendo la hostilidad del secretario. De un momento a otro estallará la guerra entre los

dos y supone que el General, obligado a elegir, protegerá a su enemigo. Un periodista español, Emilio Romero, le ha hecho llegar sospechas terribles. López pretende colocar a Isabel en el gobierno, y Cámpora sería (dice) el único obstáculo.

Si eso es verdad, yo importo poco: lo ha refutado el presidente. El verdadero obstáculo es Perón. Romero insiste: ella, Isabel, descuenta que a Perón pronto lo anularía la muerte. Es un anciano de casi 78 años; basta empujarlo con delicadeza. (Martínez, 2015, pp. 126-127)

Como los anteriores, en *La novela de Perón* hay muchos párrafos en los cuales se devela la naturaleza de los planes de López Rega. Siempre son planes fríos, basados en el cálculo político, para cuya puesta en práctica mezcla supuestos saberes esotéricos con una adulación destajo hacia los Perón y con la remisión de instrucciones homicidas.

Sin embargo, como ya está dicho, en la novela nunca expresa algún tipo de arrepentimiento o remordimiento por lo obrado, tal como nunca lo hizo en la vida real. Por cierto, cuando Martínez lo ficcion  sin lugar a dudas tuvo en cuenta lo que sucedió cuando López Rega fue detenido en 1986 en Estados Unidos y, al enfrentar el proceso de extradición, dijo al juez que estaba a cargo del proceso que:

No temo a las acusaciones que me han hecho. Pido perdón para toda la gente que me hizo daño y me lo sigue haciendo. Soy inocente de todo lo que se me acusa y estoy listo para presentarme ante Dios cuándo él lo quiera. (Larraquy, 2011, p. 497)

La visión distorsionada de sí mismo

A diferencia de todas las demás características, que de un modo u otro son esbozadas por Arendt (la falta de pensamiento, de empatía y de remordimiento), esta categoría es un subproducto de la observación de la conducta de Eichmann y sobre todo de López Rega. Ambos tenían una imagen exagerada de sus personas y, recurriendo a la idea del “hermetismo banal” de De Santis (2010), necesariamente tenemos que entender que en el caso de López todas sus acciones en el campo de la política se veían influenciadas por sus pseudo conocimientos esotéricos, los que le conferían una visión completamente distorsionada de sí mismo.

Esta autoimagen partía por su exigencia de ser llamado “Daniel”, seudónimo que usaba en función de la figura del profeta bíblico del mismo nombre, pretensión en la cual podemos leer sin mayores problemas el trauma que tenía respecto de su propia ontología, a consecuencias de su origen humilde y que también revela —de nuevo— su vocación por la mimesis, su alma de fabulador, de alguien que vive simulando ser otros con un desparpajo absoluto, lo que es una nueva clave respecto del mal que es su motor supremo, asumiendo que, como lo señalara Girard, que “el que odia se odia en primer lugar a sí mismo, a causa de la admiración secreta que su odio oculta” (1985, p. 17).

En efecto, el primer objeto del odio de López Rega era el propio López Rega, un hombre común y corriente que, en vez de enorgullecerse por haber llegado tan alto, siendo un humilde cabo de la policía, prefirió crear una versión mágica de sí mismo, para no tener que confrontarse con ese sujeto banal que era, pues es evidente que se odia a sí mismo o, como lo dijo Girard, “para

querer fundirse de ese modo en la sustancia del Otro es preciso experimentar una repugnancia invencible hacia la propia sustancia” (1985, p. 54).

Ahí radica el inicio y el fin del mal de López Rega. No es quién quiere ser y, por ende, está destinado a ser un imitador, un *copycat*, una réplica que, como toda réplica, nunca será perfecta.

Como parte del mismo esquema, es necesario entender que López Rega era un hombre que, al igual que los líderes nazis, creía que “todo es posible”, por medio del delirio de omnipotencia (Bernstein, 2004, p. 296), el mismo que tenían los líderes nazis y que en su caso, forma parte de su deseo mimético desbordante.

Sin embargo, a diferencia de los nazis, López Rega no creía ser descendiente de alguna supuesta raza perdida en la Atlántida o la Hiperbórea, sino que parecía convencido (eso es lo que mostraba) de que contaba con poderes ilimitados gracias a que en él se transfundían, a su vez, personas investidas de supuestos poderes sobrenaturales, como profetas bíblicos, sumos sacerdotes egipcios, brujos africanos, hechiceros del Caribe, etc.

Una vez más, por ende, podemos apreciar qué tan arraigadas tenía esas ansias de mimesis. No solo quería ser Perón, ocupar el lugar de Evita y ser llamado Daniel, sino que armaba todo su plan de conquista del poder en función de la imitación de otros, de cualquiera que le pudiera servir para justificar sus acciones.

Así, López Rega poseía una conducta marcada por su pretendida creencia en que él poseía poderes sobrenaturales, como queda de manifiesto en la escena en que conoce a Isabel Perón, a quien se presenta diciendo: “soy un enviado de nuestro Señor” (Martínez, 2015, p. 170). Algo semejante le dice a Perón: “Yo soy la Providencia, el Padre Eterno” (Martínez, 2015, p. 224),

aunque este no se deja llevar ante esa muestra de megalomanía y le responde: “Déjese de macanas, López” (Martínez, 2015, p. 224).

Obviamente él mismo sabía que era un fraude, pero eso no lo amilanaba en la aplicación de ese plan a simple vista absurdo, consistente en hacerse pasar una suerte de mago o brujo, y allí reside la creencia que tenía en su propia omnipotencia, y eso es lo que configura un mal inquietante, aterrador y ciertamente banal.

En dicho sentido, tal como Eichmann estaba convencido de que actuaba bien (pues en su caso seguía las leyes vigentes, de acuerdo a sus razonamientos), el secretario de Perón se veía a sí mismo de un modo completamente distinto a cómo lo observabas las demás personas:

Soy una realidad por fuera pero adentro de mí hay otra que no puedo mostrarles todavía: un trébol donde se cruzan las realidades de todos ustedes. ¿Creerán que me han revirado las alturas donde me poso? No: soy un soplo. Me dictan al oído: que soy el Bien. Y en cuanto al Mal, me ordenan: tú, Daniel, exterminalo. (Martínez, 2015, p. 176-177)

Claro, sabía perfectamente bien algo que resulta clave para entender el tipo de mal que anidaba dentro de él, como se señala en *La Novela de Perón*: “López Rega había descubierto que la voluntad de poder se funda no tanto en lo que se hace sino en lo que se está dispuesto a hacer” (Martínez, 2015, p. 184).

Pese a sus desvaríos esotéricos, a su servilismo exasperante y a sus palabras altisonantes (“Una hoguera en el medio y que arda todo el zurdaje”, Martínez, 2015, p. 322), al igual que en el caso de Eichmann, y como ya está mencionado anteriormente, no se sabe que López haya torturado, violado o asesinado a alguien; es decir, no hay antecedentes que lo señalen como el

responsable físico del tormento, dolor o exterminio físico de persona alguna, que es lo que habitualmente (antes de la noción de la banalidad del mal) se entendía como “mal”.

López, en todo caso, no es el único representante del mal en *La Novela de Perón*. Además de Perón, que es retratado como un hombre frío, traumatado por su origen social, violento, mentiroso y traicionero (por el episodio de espionaje en que se vio implicado en Chile), los enemigos de López, especialmente los Montoneros, son mostrados como personas para las cuales la praxis de la política implica la misma dosis de mal banal que para el secretario:

—Necesitábamos sobrevivir —dice Nun—, y por lo tanto necesitábamos que muriera un enemigo. Cuanto más imponente fuera ese sacrificio, tanto mayor sería nuestra existencia (Martínez, 2015, p. 263-264).

Dicha explicación (de por qué terminaron asesinando a Aramburu) no difiere en lo más mínimo de la forma de razonar de López, quien impulsa la matanza de Ezeiza con el mismo fin: lograr que Perón sobreviva en el poder gracias a la derecha y luego, enfermo ya como estaba, dejara en el gobierno a su esposa y, por ende, a él.

Tal como lo señala Arendt, ese hacer sin importar las consecuencias y ese “alejamiento de la realidad”, unido a la irreflexión, “pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana” (Arendt, 2014, p. 418).

Conclusiones

En el prefacio de *La Literatura y el mal*, Bataille decía que la “la literatura es comunicación” y que, como tal, no es inocente (2010, p. 8). Desde ese punto de vista, y siguiendo con el tren de ideas *batailleano*, hay una conceptualización que es preponderante al respecto: que “la soberanía misma es quizá el Mal, y el Mal es con más certeza el Mal que cuando es castigado” (Bataille, 2010, p. 165).

Pese a las corrientes negacionistas que imperan hoy en día y que siempre han existido (siendo la más potente de ellas la que niega el holocausto causado por los nazis), efectivamente es más fácil entender y/o asumir que alguien causó algún tipo de Mal si, luego de su actuación, recibe un castigo. Hitler, Goebbels, Himmler y Göring lo sabían. Por eso optaron por el suicidio, apenas pudieron cometerlo. Augusto Pinochet, a diferencia de los dictadores argentinos como Videla, murió sin ser condenado por delito alguno y ese es uno de los argumentos que hasta el día de hoy esgrimien quienes lo defienden. De la culpabilidad de Eichmann, sin embargo, pocos dudan. Fue juzgado (aunque el tribunal no fuera imparcial, a juicio de Arendt) y recibió el único castigo posible frente a la máquina criminal de la que formó parte.

No obstante, Perón y López Rega murieron sin que nadie los condenara. En el caso del mandatario, la responsabilidad que se le podría haber achacado respecto de los crímenes cometidos por la Triple A podría haber sido política, una responsabilidad de mando como mucho, y difícilmente podría haber sido objeto de un juicio penal. Si ello hubiera ocurrido, una simple pericia psiquiátrica habría dejado en evidencia su senilidad. López Rega, sin embargo, fue perseguido, detenido y procesado, como ya hemos visto.

Pese a ello, al igual que otros célebres criminales, como Paul Schäfer, murió mientras estaba en prisión, perdido en el laberinto del proceso penal kafkiano que existe en cualquier parte del mundo, antes de que llegara a emitirse una condena en su contra; es decir, sin que —para expresarlo en lenguaje de abogados— la causa estuviera ejecutoriada o “a firme”. En otras palabras, carente de una sentencia inapelable. Al menos en Chile, mientras una causa no se encuentra ejecutoriada, la persona imputada se sigue considerando inocente, dada la posibilidad de que un tribunal superior revoque las decisiones de un tribunal de primera instancia.

Así, Tomás Eloy Martínez no solo se cobró revancha de Perón y López Rega por la charada de la cual lo hicieron partícipe al escribir sus memorias alteradas, o por la persecución que sufrió después de parte de la Triple A, sino que, sabiendo el poder comunicativo de la literatura al que aludía Bataille y sin una pizca de inocencia, utilizó las herramientas de la ficción para comunicar una gran verdad acerca del mal que residía en aquellas personas, un mal banal que radicaba esencialmente en López Rega y que se trasvasijaba de distintas maneras al matrimonio compuesto por Juan Domingo Perón y María Estela Martínez.

En dicho sentido y, tal como está indicado, sin dudas que Perón es retratado como un sujeto vulgar, desconfiado en extremo, egótico y frustrado, un amante del fascismo que goza armando pequeñas intrigas (como aquella de la que Martínez es objeto en la novela) y cuyo mayor motor era la venganza, la que hacía anidar en él un mal común, como lo entendería Bataille, aunque al menos en el marco temporal de la novela el mal no era su rasgo más determinante. Por el contrario, este era su senilidad.

López Rega, en cambio, era el mal encarnado en persona. Era un hombre miserable, desprovisto de escrúpulos, de conciencia y de empatía. Era un imitador, un falsificar descarado, dispuesto a poner en juego un plan absurdo que se basaba en sus supuestos poderes mágicos, con el fin de

detentar el poder de los Perón, y no trepidó en montar un falso ataque de la izquierda para justificar un viraje a la derecha de parte de Perón. Sin embargo, él ni siquiera gozaba o sentía algún tipo de placer eliminando a sus enemigos políticos.

A diferencia de Osinde, que era un rabioso anticomunista, o de Nun Antezana, un marxista convencido, a López no lo movía alguna ideología en particular. Se inclinaba hacia la derecha en ese momento porque le es más útil, pero perfectamente lo habría hecho hacia la izquierda si hubiera sido necesario.

Su único móvil era cumplir con su objetivo, que solo difiere de la determinación de Eichmann en la fuente de la autoridad. En el caso del teniente coronel, esta provenía de la cadena de mando, mientras que en el de López este, al verse despojado ya de la voz de mando que era Perón (y que deja de serlo, debido a su senilidad), se convirtió a sí mismo en dicha fuente de autoridad. En otras palabras, la soberanía del mal quedó radicada únicamente en él, sin depender para su legitimación en las jefaturas o los reglamentos, como alegarían en su defensa criminales como Eichmann o Höss.

Con ese contexto de fondo y sin posibilidades de que ellos lo contradijeran, Martínez puso de manifiesto el mal como un eje de sus acciones e instaló en el subconciente de los argentinos las imágenes que más perduran de Perón y López Rega, consiguiendo algo que no han podido lograr los miles de registros de no ficción (como libros, reportajes y documentales) que existen respecto de ellos, dejando así en claro que la ficción es un arma poderosísima y por ello es que la neutralización de los escritores y creadores es una tarea de primer prioridad en el manual de los dictadores de cualquier ralea, tal como sucedió con Tomás Eloy Martínez, como ocurrió con Bertold Brecht y tantos más en la Alemania nazi, o como aconteció con Fernando Alegría, Gonzalo Rojas, Patricio Manns y tantos otros en el Chile de 1973.

Por cierto, más allá incluso de esta conclusión general, este trabajo de tesis ha generado una serie de resultados en distintos ámbitos, que permitirán seguir investigando desde cualquiera de esas perspectivas.

Desde ese punto de vista, el principal resultado es la estructuración de una síntesis de las características que presenta el mal banal, con el fin de aplicarlo al análisis de textos y definir de algún modo si se presenta en determinados casos, como ocurre en el caso de *La novela de Perón*.

Si bien se trata de una construcción primigenia y es —por supuesto— perfectible, se trata de un corpus actualizado al respecto, que puede abrir nuevos caminos para el estudio del mal en la literatura actual respecto de las relaciones con el mal y, específicamente, con una de sus manifestaciones más peculiares, como es la banalidad del mal. En dicho sentido, existe un trabajo pendiente en lo que se refiere a los estudios sobre el mal en el caso chileno, particularmente, y que sería factible de realizar, entre otros autores, con algunas de las obras de Bolaño, como lo ya enunciado respecto del mal casual y el mal causal, pero también con muchas otras sus novelas, en particular con *2666* y *La parte de los crímenes*, así como con *Estrella distante* y varios de sus cuentos, sobre todo *Detectives*, que además posee un fuerte sustrato de no ficción que no ha sido suficientemente estudiado, respecto de los hechos que acontecieron cuando el autor fue detenido en el cuartel de la Policía de Investigaciones de Concepción y cómo la casualidad en este caso operó en forma inversa al mal, permitiendo que salvara con vida gracias a dos compañeros de liceo que eran detectives y que lo ayudaron⁴³.

⁴³ El autor de esta tesis era editor del diario “Crónica” de Concepción en 2003, cuando falleció Bolaño. En dicha condición, le correspondió buscar a los dos detectives (ya en retiro, en aquellos años) que habían asistido a Bolaño en dicho cuartel, uno de los cuales, Roberto Arriagada, accedió a prestar por primera vez su testimonio al respecto.

Además, este trabajo ha pretendido internarse con bastante profundidad en las relaciones existentes entre la ficción y la no ficción, pero no abordándolas desde la perspectiva vinculada a la historia, sino tratando de entender (a partir de la tesis de Peucer) por qué el periodismo fue desarrollando esquemas redaccionales que lo alejaron de la literatura clásica, y el modo en el cual estos estilos escriturales fueron posteriormente reencontrándose, sobre todo a partir del llamado “Nuevo Periodismo”.

Asimismo, esta tesis también ha permitido efectuar un trabajo recopilatorio que no se encontraba en la crítica precedente respecto del momento histórico, social y político en que escribió *La Novela de Perón*, incluyendo el relato circunstanciado de las fuerzas, lecturas y situaciones personales que influyeron en ella, y de los objetivos que Martínez buscaba con su escritura.

Sin dudas, tanto a partir de sus propios escritos al respecto, como de lo obrado por distintos estudiosos (entre los cuales Neyret es primordial), existía ya una serie de antecedentes al respecto, pero parecía necesario entender mucho más a cabalidad la forma en que se dieron los acontecimientos y los motivos por los cuales Tomás Eloy Martínez finalmente decidió prescindir del registro periodístico, para internarse por este híbrido que él denominó “ficciones verdaderas”.

Tal como lo señalara Vargas Llosa, en la cita que figura al inicio de este trabajo, el periodista argentino buscó rehacer la realidad inmediata de su país, sin dar ninguna concesión a la indulgencia con la cual muchas veces se trata de los grandes próceres, y sin un solo asomo de la misma complacencia con la cual él mismo había terminado aceptando las memorias llenas de falsedades que, por medio suyo, Perón había hecho llegar al público argentino, como si de verdades se tratara.

De ese modo, Tomas Eloy Martínez se cobró una revancha enorme y hoy, para la posteridad, el Perón que pervive en la memoria colectiva es el que él retrató, no el que el caudillo quiso imponer. Así, utilizando la estratagema del Facundo de Sarmiento, Martínez realizó, de este modo, el juicio público que nunca tuvieron Perón, su esposa y López Rega, condenándolos para siempre a ser esos personajes miserables y malvados que se despliegan por las páginas de La Novela de Perón.



Referencias

- Anders, G. (2012). *El piloto de Hiroshima*. Obtenido de Itunes.apple.com
- Arendt, H. (2014). *Eichmann en Jerusalem, un estudio sobre la banalidad del mal*, 1ra edición en Chile, 440 p., Chile, Santiago: Debolsillo.
- Arendt, H. (2016). *La vida del espíritu*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2017). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza editorial.
- Aristóteles. (sin fecha). *Poética*. Recuperado de <http://www.philosophia.cl/biblioteca/aristoteles/poetica.pdf>
- Ascherson, N., Hilton, I., y Linklater, M. (1985). *El Cuarto reich. Klaus Barbie y la conexión neo-fascista*. Barcelona: Argos-Vergara.
- Bar-Zohar, M. y Mishal, N. (2014). *Las grandes operaciones del Mossad*. Obtenido de itunes.apple.com.
- Bataille, G. (2010). *La literatura y el mal. 1957*, 1ª edic. 216 p. España, Madrid: Nortedur.
- Basso, C. (2013). Los informes secretos de la CIA sobre Jaime Guzmán, obtenido de <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2013/11/05/los-informes-secretos-de-la-cia-sobre-jaime-guzman/>
- Basso, C. (2017). *Chile Top Secret*. Obtenido de www.amazon.com.
- Bermeosolo, F. (1962). *El origen del periodismo amarillo*, 1ª edic. Madrid, España: Ediciones Rialp.

Bermeosolo, F. (1962). La opinión pública norteamericana y la guerra de los Estados Unidos contra España. *Revista de Estudios políticos*, nº 123, 219-234.

Bernstein, R. (2012). *El mal radical*, 2^{da} edic., 363 p. Argentina, Buenos Aires: Prometeo libros.

Bernstein, R. (2017). *Why read Hahhah Arendt now?*. Obtenido de www.amazon.com

Brady, K. (2016) *Ida Tarbell: Portrait of a muckracker (english edition)*. Recuperado de itunes.apple.com.

Breitman, R., Goda, J.W., Naftali, T., Wolfe, R. (2005). *U.S. Intelligence and the nazis*. Obtenido de www.amazon.com.

Bolaño, Roberto. (2016). Los detectives salvajes. Obtenido de www.amazon.com.

Burleigh, M. (2014). *El tercer reich*. Obtenido de itunes.apple.com.

Campos, V. (Ed.).(2015). *¡Extra, extra! Muckrackers. Orígenes del periodismo de denuncia*. Barcelona: Ariel.

Cano, S. (2004). “Sentido arendtiano de la ‘banalidad del mal’”. *Horizonte*, Vol. 3, n. 5, pp. 101-130.

Canemaker, J. (1995, 17 de diciembre). The kid from Hogan’s Alley. *The New York Times*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/1995/12/17/books/the-kid-from-hogan-s-alley.html?pagewanted=all>, Revisado el 12 de febrero de 2018.

Cercas, Javier. (2014). *El impostor*. Recuperado de www.amazon.com.

Chillón, A. (2014). *La palabra facticia. Literatura, periodismo y comunicación*. Obtenido de www.amazon.com.

Comas, José. (1989, 11 de junio). Muere el ministro peronista López Rega, creador de la ultraderechista Triple A, *El País*, recuperado de

https://elpais.com/diario/1989/06/11/internacional/613519219_850215.html

Comesaña, G., y Cure de Montiel, M., (2006). El pensamiento como actividad según Hannah Arendt. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 11. N° 35, pp. 11-30.

Crowe. D. M (2007). *Oskar Schindler. The untold account of his life, wartime activities, and the true story behind the list*. Obtenido de www.itunes.apple.com.

De Aguinaga, E. (1996). *Estudios sobre el mensaje periodístico* N°3, Servicio de Publicaciones UCM, Madrid.

Eagleman, D. (2017). *El cerebro*. Obtenido de itunes.apple.com.

Eagleton, T. (2016). *Una introducción a la teoría literaria (lengua y estudios literarios)*. Obtenido de www.amazon.com.

Eichmann, A. (1980). *Yo, Adolf Eichmann. Las memorias de las que el Servicio Secreto israelí no pudo apoderarse*. Barcelona: Planeta.

El-Hai, J. (2014). *El nazi y el psiquiatra. Hermann Göring y Douglas Kelley: un encuentro letal de mentes al fin de la Segunda Guerra Mundial*. Obtenido de [Itunes.apple.com](http://itunes.apple.com).

El País, Manual de Estilo (1996). 11ª edic. en <http://blogs.elpais.com/files/manual-de-estilo-de-el-pa%C3%ADs.pdf>, revisado el 22 de enero de 2018.

Evans, R. (2017). *El tercer reich en el poder*. Obtenido de itunes.apple.com.

Fraser, G. (2012). Gitta Sereny led us through our own darkness. *The Guardian*, obtenido de <https://www.theguardian.com/commentisfree/belief/2012/jun/19/gitta-sereny-led-through->

[darkness](#)

- Fernández, N. (2016). *La dimensión desconocida*. Obtenido de www.amazon.com.
- Fuentes, C. (2011). *La gran novela latinoamericana*. 1ra ed. Madrid: Alfaguara.
- García Márquez, G. (2014). *Relato de un naufrago*. Obtenido de itunes.apple.com.
- Girard, René (1985). *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama.
- Girona, N. (1995) Escrituras de la historia. La novela argentina de los años 80. *Cuadernos de Filosofía*, anejo XVII, Departamento de Filología hispánica, Universidad de Valencia.
- González de la Aleja, Manuel, y Barcelona, Manuel (1985). “Nuevo periodismo, las mentiras de Truman Capote, y otras historias”. *Atlantis*, Vol. 7, N° 1-2, pp. 67-78.
- Goodman, M. (2014). *Ochenta días*. Obtenido de www.amazon.com.
- Gutiérrez de Cabiedes, T. (2009). *El hechizo de la comprensión*. Vida y obra de Hannah Arendt. Obtenido de www.amazon.com.
- Haffner, S. (2017). *Alemania Jeckyll y Hyde*. Obtenido de itunes.apple.com.
- Hannah Arendt Bluecher Literary Trust. (2013). *Hannah Arendt: The last interview and other conversations*. Obtenido de www.amazon.com.
- Herra, R. A. (1988). *Lo monstruoso y lo bello*. San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Hersey, J. (2015). *Hiroshima*. 1ed. en castellano. Barcelona: Penguin Random House Grupo editorial.
- Höss, R. (2017). *Yo, comandante de Auschwitz*. Lexington: sin editorial.

- Iser, W. (1987a). *El acto de leer*. Madrid: Taurus.
- Iser, W. (1987b). El proceso de lectura: enfoque fenomenológico. En J. A. Mayoral, *Estética de la recepción* (págs. 215-243). Madrid: Arco.
- Junieles, John (2006). “La novela de Perón, de Tomás Eloy Martínez: Memorias de la patria perdida”. *Espéculo*, obtenido de <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/novperon.html>, revisado el 25 de enero de 2017.
- Kahn, H. (1979). *Doy fe*, 1ª edición. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Kant, I. (1981). *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kenneally, T. (1988). *La Lista de Schindler*. Santiago: Ediciones B.
- Kristeva, J. (2001). *Hannah Arendt*. Nueva York: Columbia University Press.
- Larraquy, Marcelo (2011). “*López Rega. El peronismo y la Triple A*”, 1ra. Edición. Buenos Aires: Aguilar.
- Leguineche, M. y Sánchez, G. (2017). *Yo pondré la guerra*. Obtenido de itunes.apple.com.
- Lev, Y. (2014). Finalmente, Hanna Arendt. *Enlace Judío*. Recuperado de <https://www.enlacejudio.com/2014/04/03/judaica-finalmente-hannah-arendt/>
- Literary Trust of Hannah Arendt & Literary Trust of Mary McCarthy West (2016). *Entre amigas*. Obtenido de Itunes.apple.com
- Levi, P. (2015). *La trilogía de Auschwitz*. Obtenido de www.amazon.com.
- López, J. (1962). *Astrología esotérica*. 1ra ed. Buenos Aires: Rosa de los Libres.

López, M. (2010). "Arendt, Eichmann y la banalidad del mal". *ARBOR, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXVI 742, pp. 287-292.

Ludz, U. (editora). (2014). *Hanna Arendt & Martin Heidegger. Correspondencia 1925-1975*. Obtenido de itunes.apple.com.

Hopenhayn, D. (2018, 08, 22). Arturo Fontaine: "Cualquiera que se dé una vuelta por el Museo de la Memoria entiende qué significa perder la democracia". *The Clinic online*. Recuperado de <http://www.theclinic.cl/2018/08/22/arturo-fontaine-cualquiera-que-se-de-una-vuelta-por-el-museo-de-la-memoria-entiende-que-significa-perder-la-democracia/>

-Horowitz, Glenn. (Sin fecha). LETTERS: Hannah Arendt-William Shawn Correspondence 1960-1972", Recuperado de http://www.glennhorowitz.com/dobkin/letters_hannah_arendt-william_shawn_correspondence1960-1972

Martínez, T. E. (2016). *Argentina y otras crónicas*. Obtenido de www.amazon.com.

Martínez, T. E. (1988). "Ficción e historia en La novela de Perón". *Hispanérica*, Año 17, N°49, pp. 41-49.

Martínez, T. E. (1967). La gran novela de América. *Primera Plana*, 20 de junio de 1967, N°234, pp. 54-55.

Martínez, T. E. (1966). Entrevista a Juan Domingo Perón. Recuperado de <https://www.elhistoriador.com.ar/entrevista-a-juan-domingo-peron-primera-plana/>.

Martínez, T. E. (2016). *Ficciones verdaderas*. Obtenido de www.amazon.com.

Martínez, T. E. (sin fecha). “Ficción, historia, periodismo: límites y márgenes”. Recuperado de http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/catedras/teoria_literaria2/sitio/TEM.pdf, revisado el 19 de enero de 2017.

Martínez, T. E. (1990). La Argentina de Borges y Perón, *Nexos*, Obtenido de <https://www.nexos.com.mx/?p=6008>

Martínez, T. E. (2006). *La otra realidad. Antología /Tomás Eloy Martínez, con prólogo de Cristine Mattos*. 1ra ed. Buenos Aires. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Martínez, T. E. (1996). *Las memorias del general*, 1ª edic., 218 p. Argentina, Buenos Aires: Planeta.

Martínez, T. E. (2000). *La resurrección del dictador*, diario El País, en https://elpais.com/diario/2000/04/15/opinion/955749603_850215.html, revisado el 12 de agosto de 2017.

Martínez, T. E. (2009). *La pasión según Trelew*. Obtenido de www.amazon.com.

Martínez, T. E. (2009b). *Las vidas del general, Memorias del exilio y otros textos sobre Juan Domingo Perón*, Obtenido de www.amazon.com.

Martínez, T. E. (2015). *La novela de Perón*, 1ª edic., 488 p., Argentina, Buenos Aires: Alfaguara.

Martínez, T. E.. (2014). *Lugar común la muerte*. Obtenido de www.amazon.com.

Martínez, T. E. (2005). The truth in fiction. *New Perspectives Quarterly*, junio 2005, Vol. 22(3), pp. 25-28.

Martínez, T. E. (2014b). *Tomás Eloy Martínez : Juan Domingo Perón: Encuentro en Puerta de Hierro*. 1ª ed. Buenos Aires: Fundación Tomás Eloy Martínez.

Milton, J. (2014). *The yellow kids*. Obtenido de itunes.apple.com.

Mochkovsky, G. (2012). *Timerman*. Obtenido de itunes.apple.com.

Mulisch, H. (2014). *El juicio a Eichmann. Causa penal 40/61*. Barcelona: Ariel.

Nagorski, A. (2017). *Cazadores de nazis*. Obtenido de www.amazon.com.

Neyret, J. (2007). “La im-posibilidad de la escritura de la historia en textos de Montoneros y La novela de Perón, de Tomás Eloy Martínez”. *Arrabal*, volumen 5-6, pp. 243-252.

Neyret, J. (2002). “Novela significa licencia para mentir”. *Espéculo. Revista electrónica de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid*, recuperado de https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero22/t_elay.html, revisado el 19 de enero de 2017.

Pino, S. (2016). *De armas tomar. Vidas cruzadas por el MIR*. Santiago: Catalonia-UDP.

Posner, P. (2017). *El farmacéutico de Auschwitz*. Obtenido de itunes.apple.com.

Pulitzer, J. (2015). *Sobre el periodismo*. Obtenido de www.amazon.com.

Rancière, Jacques (2013). *Figuras de la historia*. Obtenido de www.amazon.com.

Real Academia Española (sin fecha), Diccionario de la Lengua Española. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=HqnhtmK>.

Ressler, R. y Shachtman, T. (2015). *Whoever fight monsters. My twenty years tracking serial killers*. Obtenido de www.amazon.com.

Rivas, Federico (2017, junio,17). El día en que los militares argentinos bombardearon la Plaza de Mayo. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2017/06/16/argentina/1497642647_394829.html, revisado el 30 de agosto de 2017.

Rodríguez, Mario. (2009). Oír y no leer a Bolaño. “La entonación oral de la prosa”. *Revista Universum* N° 24 Vol.2, II sem. 2009, pp. 154-171.

Rubio, A. (2014). *Los nazis y el mal. La destrucción del ser humano*. Obtenido de www.amazon.com.

Safranski, R. (2014). *El mal o el drama de la libertad*. Barcelona: Tusquets.

Saganogo, Brahimán (2007). Realidad y ficción: literatura y sociedad. *Estudios Sociales Nueva Epoca*, N°1, Julio 2007. Universidad de Guadalajara, pp. 53-70.

Saer, Juan José (2016). *El concepto de la ficción*. Obtenido de www.amazon.com.

Sanford, M. R. (2013). How the yellow kid fuelled the Pulitzer/Hearts rivalry. *Mentalfloss*. Recuperado de <http://mentalfloss.com/article/48736/innocent-origin-yellow-journalism-how-yellow-kid-fueled-pulitzerhearst-rivalry>.

Santibáñez, Abraham (1974). *Periodismo interpretativo. Los secretos de la fórmula Time*. 1ª ed. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.

Scanlan, Christoher, Birth of the inverted pyramid: A child of technology, commerce and history. Poynter.org, en <https://www.poynter.org/news/birth-inverted-pyramid-child-technology-commerce-and-history>.

Scott, CP, (2017). A hundred years. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/sustainability/cp-scott-centenary-essay>.

Sereny, G. (2009). *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo Franz Stangl, comandante de Treblinka*. Buenos Aires: Edhasa.

Stangneth, B. (2014). *Adolf Eichmann. Historia de un asesino de masas*. Buenos Aires: Edhasa.

Sierra de Cózar, A. (1996). Traducción castellana y notas de la tesis de Tobías Peucer. *Estudios sobre el mensaje Periodístico*, (3), 37.

Sin autor. (1998, 17 de febrero). Destruction of the war ship Maine was the work of an enemy. *The New York Journal*, p. 1.

Sinclair, U. (2006) *The Jungle*. Obtenido de itunes.apple.com.

U.S. Department of Justice (1983). Klaus Barbie and the United States Government. A report to the attorney general of the United States. Recuperado de [https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwjC7KXy3-](https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwjC7KXy3-DcAhUGvJAKHf4JABoQFjAAegQIChAC&url=https%3A%2F%2Fwww.justice.gov%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2Fcriminal-hrsp%2Flegacy%2F2011%2F02%2F04%2F08-02-83barbie-rpt.pdf&usg=AOvVaw2Z0nvhuYfv7Y0j6w5pc9ho)

[DcAhUGvJAKHf4JABoQFjAAegQIChAC&url=https%3A%2F%2Fwww.justice.gov%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2Fcriminal-hrsp%2Flegacy%2F2011%2F02%2F04%2F08-02-83barbie-rpt.pdf&usg=AOvVaw2Z0nvhuYfv7Y0j6w5pc9ho](https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwjC7KXy3-DcAhUGvJAKHf4JABoQFjAAegQIChAC&url=https%3A%2F%2Fwww.justice.gov%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2Fcriminal-hrsp%2Flegacy%2F2011%2F02%2F04%2F08-02-83barbie-rpt.pdf&usg=AOvVaw2Z0nvhuYfv7Y0j6w5pc9ho)

Vargas Llosa, M. (2017). *Conversación en Princeton con Rubén Gallo*. Obtenido de www.amazon.com.

Vargas Llosa, M. (2015). *La verdad de las mentiras*. Obtenido de www.amazon.com.

Weingarten, M. (2013). *La banda que escribía torcido*. Obtenido de www.amazon.com.

Visuara, Martín (2012), *Primera Plana, el periodismo argentino*. *D-Revistas Magazine*. Recuperado de <http://d-revistasmagazine.com/2012/06/cuando-la-revista-primera-plana-hizo-su-aparicion-pocos-imaginaron-el-impacto-mayor-que-habria-de-causar-en-el-mercado-editorial-argentino/>, revisado el 31 de agosto de 2017.

Volpi, J. (2017). *Una novela criminal*. Obtenido de www.amazon.com.

Wolfe, A. (2017). *La maldad política. Qué es y cómo combatirla*. Obtenido de itunes.apple.com.

Wolfe, T. (2012). *El nuevo periodismo*, 2^{da} edic., 214 páginas. Barcelona, España: Anagrama.

Wolff, M. (2018). *Fuego y furia*. Obtenido de itunes.apple.com.

Von Lang, J., y Sybill, C. eds. (1983). *Eichmann interrogated*. New York: Farrar, Straus & Giroux.

Young-Bruehl, E. (2004). *For love of the world*. 2nd ed. Yale University Press.

Zimbardo, P. (2012). *El efecto Lucifer*. Obtenido de www.amazon.com.

